

Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad Nacional Autónoma de México

LA AGONIA EN LA NOVELA DE UNAMUNO

Tesis que para obtener el grado de
Doctor en Letras, presenta

Gloria Caballero García

1965

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Al Dr. Emilio O. Rabasa,
hermano de elección.*

102024

SEMBLANZA DEL HOMBRE MIGUEL DE UNAMUNO

Qu' est - ce que l' homme dans
la nature? Un néant à l' égard
de l' infini. Un tout à l' égard
du néant; un milieu entre rien
et tout.

Pascal - Pensées

La vida de Miguel de Unamuno fue materia de interés para sus contemporáneos y su indudablemente rara y atractiva personalidad, sus inquietantes contradicciones, sus violencias contra los hombres y los sucesos, su ágil pensamiento, y su voz siempre dispuesta a hacerse oír tratando de agitar la conciencia española de su tiempo, dieron tema para que se comentara y escribiera sobre ella.

Sin embargo, a pesar del gusto que sin duda puede hallar el lector al conocer los episodios, tan varios y de tan diverso matiz y valor que aparecen en la vida temporal de Miguel de Unamuno, sólo algunos influyeron en forma notoria en su pensamiento y en su obra. A modo de bosquejo, se evoca en estas páginas al hombre Miguel de Unamuno trascendente, al que vive en sus escritos, y desde ellos grita todavía su más íntima ansia de ser por siempre.

Unamuno reiteradamente reconoció vivir en sus personajes (1) y así afirmó en el epílogo a la Novela de Don Sandalio: "Sabido es, por lo demás, que toda biogra-

fía, histórica o novelesca - que para el caso es igual - es siempre autobiográfica, que todo autor que supone hablar de otro no habla en realidad más que de sí mismo y, por muy diferente que este sí mismo sea de él propio, de él tal cual se cree ser. Los más grandes historiadores son los novelistas, los que más se meten a sí mismos en sus historias, en las historias que inventan." (2)

Los seres imaginados en la novela responden a la realidad íntima de su autor, del hombre que fue, o del que soñó ser. Este hecho no es excepcional; generalmente el hombre al concebir la vida y los acontecimientos que en ella se dan, habla de la suya propia. Es su experiencia vital - más o menos rica, más o menos profunda - la que le conduce a dar sentido al existir; a través del que se es, de la intimidad irreductible, se contempla el mundo y la vida. Por ello pudo decir Unamuno, que si hablaba de sí mismo, lo hacía porque era el hombre que tenía más a mano. Y para todos, el ser que somos, nuestra persona, nuestra vida, nos son las mejor conocidas.

Esta verdad, en términos generales, es esencialmente cierta en Unamuno. Sus acusados rasgos individuales, la fuerte personalidad que tantas veces, con violencia incluso, manifestó frente a los demás, hacen que toda su creación esté sumergida en el hombre histórico y tinta en su propia a íntima experiencia vital.

La labor de recrear al hombre que fue en el tiempo, - arduo esfuerzo de crítica en muchas ocasiones - no lo es en demasía cuando de Unamuno se trata, pues su ser lo reveló con agrado, a veces se antoja que hasta con deleite, en su obra toda. Gustó, tal vez con exceso, hablar de sí mismo. De sus ansias, de sus anhelos, de sus dudas, de sus dolores, de sus pasiones, de todos en suma, los resortes de acción que impulsaron su vida y lo movieron a escribir las obras que nos legó. El que en su mundo de ficción se halle tan reiteradamente al autor, otorga un verismo humano innegable a sus escritos y por ende caracteres de universalidad y permanencia, tan difíciles de lograr. La sinceridad del creador es, sin duda, uno de los valores que de inmediato percibe el lector que se acerca a las páginas de Unamuno, porque en ellas palpita un hombre que se adentró en sí y halló íntimas contradicciones y luchas que conmovieron su ser y que pueden hacer vibrar otras sensibilidades humanas capaces de revivirlas.

Hecho singular en la vida de todo hombre es la época y el lugar de su nacimiento. No es una excepción Unamuno, pues que ambos aconteceres nos ayudarán a comprenderlo.

Nació Miguel de Unamuno el 29 de septiembre de 1864, en Bilbao. Vasco por los cuatro costados, fue sin embargo el castellano su lengua materna, pues ella se ha-

blaba en el hogar de sus padres. A su pesar, y sobre todo a partir de la opinión vertida por Ortega, (3) la crítica ha insistido en la influencia del idioma vasco en la lengua literaria de Unamuno. Mas ese su castellano cortado, recio, corresponde más bien a su personalidad misma y a sus temas de agonía. Poca dulzura y suavidad hay en su idioma, pero poca también hallamos en la obra. A su peculiar rudeza vasca añadió la sequedad castellana, que por afín, entró en su alma. Sólo en sus primeras obras hay algo del verde paisaje vasco, fresco y tierno; singularmente la región natal aparece - entre sus novelas - en Paz en la Guerra, la primera que escribió, y en la que, como bien ha visto Carlos Blanco en su estudio El Unamuno contemplativo, surge el novelista mecido por los grandes afanes, que luego desarrollará en obras posteriores, pero no tanto el agonista sino el buscador de la paz; paz, hasta en el fragor de la guerra.

No hay duda que la tierra y el modo de ser vascos y aun su lengua forman una parte importantísima del ser de Unamuno, incluso del Unamuno castellanizado, del salmantino. El sentimiento primario de su patria, lo tiene en contacto íntimo con su región natal, tan peculiar entre todas las españolas, y a lo largo de su profusa y varia producción hallamos, una y otra vez, el recuerdo de su Bilbao en el que vivió desde su nacimiento hasta el año

1880, en que, por primera vez en su vida, abandona el hogar y se adentra en la España central, en Castilla, para estudiar su carrera universitaria en Madrid.

Mas no sólo es importante conocer el lugar de nacimiento de nuestro autor para mejor captar su obra. También lo es situarlo en el tiempo. Unamuno vive por mitad su existencia en los siglos XIX y XX, ya que nació en 1864 y muere a los 72 años, en 1936. Pero tal vez, como afirma Julián Marías (4) fue esencialmente un hombre del siglo XIX, - aunque muchos de sus temas los haya recogido la filosofía de nuestros días y en varios de ellos se reconozca el acierto precursor de Unamuno - sobre todo si consideramos con Lipson, entre otros (5), que el siglo XIX, como época histórica con características específicas, acaba en 1914, más que en 1899.

Unamuno nace cuando en su tierra vasca está todavía vivo el recuerdo de la primera guerra carlista y a los nueve años perciben sus sensibles oídos de niño los estallidos de la nueva contienda civil. Jamás los olvidará. Es la sangre española que se derrama una vez más. Ya en la niñez sabe de la violencia de su tierra. Y a partir de entonces empezará a cobrar en él conciencia la problemática nacional, tema constante en su obra y en su vivir de madurez.

Desde la infancia es Unamuno, y lo sigue siendo

a lo largo de toda su vida, un asiduo lector. "Enamorábame de lo último que leía, estimando hoy verdadero lo que ayer absurdo; consumíame en ansia devoradora de esclarecer los eternos problemas; sentíame peloteado de unas ideas en otras, y este continuo vaivén, en vez de engendrar en mí un escepticismo desolador, me daba cada vez más fe en la inteligencia humana y más esperanza de alcanzar alguna vez un rayo de la Verdad" nos cuenta en Recuerdos de niñez y mocedad. (6)

Había surgido en él, firmemente, la mayor de sus aficiones: leer, el más acendrado anhelo: saber, escudriñar la verdad o las verdades que hacen vivir a los hombres y a los pueblos. Ahí está la razón de la enorme cultura que acumuló en su vida. Fue hombre de profundas lecturas, conoció varios idiomas, y sin ser un erudito, poseyó un considerable caudal de conocimientos.

Acabado el bachillerato en Bilbao, el joven Miguel de Unamuno se dirige a Madrid para estudiar en la Universidad. Corre el año de 1880; el primer contacto con la capital es desagradable para el provinciano, impresión que tardará mucho tiempo en desaparecer de su ánimo. Madrid es para él demasiado ciudad y añora el calor y el color de su tierra vasca. La impaciencia por el retorno al hogar se hace sentir en los años de formación universitaria.

Seguramente en esta época se empieza a engendrar la duda religiosa de Unamuno, tan fundamental en su vida y en su hacer, duda que jamás superó totalmente, si al testimonio de su obra nos acogemos.

Criado, huérfano de padre desde los seis años, por una madre devota, el racionalismo no mató en él el sentimiento religioso, pero salió de la ortodoxia católica, en la que no reincidió. Pero en Unamuno la pérdida de la fe ingenua de sus primeros años no significó, como en tantos otros, una lejanía de las preocupaciones trascendentes. Por el contrario, el meollo mismo de su pensamiento está movido por el afán de creer. Su problema central, el básico, es religioso, lo acompaña a lo largo de su vida toda, y vivo lo hallamos en su obra.

La veneración que sintió por su madre, y luego por su esposa, la novia de la adolescencia, (7) configuran y limitan el concepto que Miguel de Unamuno tuvo de la mujer, y así, las que salieron de su pluma, y seguramente de su alma, son sólo eso: madres. Ciertamente es que ello le permitió ahondar en el tema de la maternidad y crear figuras femeninas auténticas movidas por el ansia de ser madres, pero también lo es que aquéllas de sus mujeres que no relaciona con el tópico son pobres, humanamente hablando. Si alumbró con maestría el ser de la madre, dejó en cambio en penumbra y aun en oscuridad a la

mujer. "Unamuno se sitúa, frente a la mujer, en actitud aparentemente respetuosa y cortés pero desdeñosa en el fondo, e inclusive, si apurásemos la interpretación, en actitud defensiva". (8)

Concluída su carrera, en 1884, lo hallamos nuevamente en Bilbao, donde permanece siete años más. Durante ellos hace crisis su problema religioso; (9) estudia y toma parte en oposiciones, sin obtener las cátedras; da lecciones particulares; lee, y contrae matrimonio con su novia de siempre, Concha Lizárraga, único nombre de mujer en la vida de este hombre de excepción. Unamuno fue un amante del hogar. Su esposa y los nueve hijos que de ella tuvo llenan su vida afectiva. Y la imagen de su Concha la hallamos recreada, una y otra vez, en la novela, en el cuento, en la poesía. Ella es el símbolo viviente de la mujer - madre unamuniana.

En 1891, gana por oposición, la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca (10) y en este mismo año, se traslada a esa ciudad donde permanecerá la mayor parte del resto de su vida. El nuevo ambiente, también provinciano, pero tan distinto al de su Bilbao, va adentrándose poco a poco, pero con firmeza en la sensibilidad del vasco, a tal grado que su amor por Castilla, por la meseta austera y pobre, llena la inspiración del poeta que tardíamente despertó en él. (11)

Amor por España, la suya, la que según su atinada expresión "le dolía", gusto por sus campos - paisaje y paisanaje -; crítica a los hechos patrios del pasado y del presente; búsqueda del futuro dentro de lo español; sencillez en el decir; Castilla, símbolo de la multiplicidad española, fueron caracteres generacionales que compartió Unamuno con el grupo de hombres que la crítica ha llamado del 98, empeñados en buscar nuevos rumbos y soluciones nuevas para los viejos problemas de la vieja España.

En la obra de Unamuno - ensayo, poesía, novela, cuento - hallamos a España. El mismo se sintió exorbitadamente español. Así, en Niebla, lo oímos clamar: ¡Pues si, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español, y en español dijo: ¡sea la luz! y su verbo fue español..." (12) y buscó a España en sus campos, en sus pueblos, en la historia y en el existir cotidiano de sus hombres, - intrahistoria la llamó con afortunado decir - y cerró a veces los ojos frente a otras formas de vida, que por ajenas, no movían las fibras más íntimas de su sensibilidad.

Rico es el anecdotario de la pugna entre el catedrático salmantino y Alfonso XIII, el último de los reyes españoles, mas poco trascendió el hecho en su obra si no es que en su prolongado destierro sintió como nunca a su España, y se dolió desde tierras extranjeras, con nostalgia siempre creciente, de la ausencia de la patria. (13) No es de extrañar que en esos años haya escrito sobre todo poesía, poesía de añoranza del suelo amado, elegía de lo ausente para este español, que de nada gustó en el destierro, y dos de sus más atormentados ensayos: La Agonía del Cristianismo (14) y Cómo se hace una Novela.

A la caída de la dictadura, después de seis años de ausencia, vuelve triunfante el maestro a su Universidad a desempeñar en ella el cargo de rector, puesto que había ya ocupado desde 1901 hasta 1914. La popularidad alcanzada en la reyerta lo lleva a intervenir en la vida pública de su país, pero poca huella resta de esta actividad en su obra. El Unamuno político no llegó al fondo mismo de su ser, si no es en la aspereza y el dolor que llenan estos últimos años de su vida y viven en las creaciones literarias en ellos surgidas.

Notoria es en su producción la influencia de su profesión de maestro de filología (15). Unamuno llegaba a la entraña misma de las palabras, buscaba su más profundo e íntimo sentido, las exprimía para agotar la esen-

cia del decir humano. Su castellano adquiere de este modo, precisión y firmeza, es vibrante y auténtico, alguna vez hasta en aras de su belleza, sin querer decir que aunque parezca no buscado, carezca de valor estético.

Los últimos años de la vida del pensador vasco, son tristes. El dolor que le ocasiona la muerte de su esposa, compañera de tantos años, unido al que siente por su España, camino otra vez en su historia de la agonía bélica, aceran las angustias desesperanzadas de Unamuno.

Muere, el ilustre vasco, como había soñado en una de sus más hermosas poesías, aquélla en que proféticamente dijo:

Vendrá de noche, cuando todo duerma;
vendrá de noche, cuando el alma enferma
se emboce en vida;
vendrá de noche, con su paso quedo
volverá lumbre la fatal quejumbre;
vendrá de noche,
con su rosario; soltará las perlas
del negro sol que da ceguera verlas,
¡Todo un derroche!
Vendrá de noche, noche nuestra madre,
cuando a lo lejos el recuerdo ladre
perdido agüero.....

...Vendrá de noche sin hacer ruido,

Se apagará a lo lejos el ladrido,

Vendrá la calma.....

Vendrá la noche.....

Al anochecer del día 31 de diciembre de 1936, cuando Miguel de Unamuno había enmudecido ante el dolor de España, conoció por fin la muerte tan temida, tan íntima suya, como que la llevó dentro de sí siempre, deseando saber su significado. Llegó sin hacer ruido, dispensando al hombre que había vivido tantos años en lucha, la última agonía, y así en ese su postrero día de historia, supo por fin el misterio, síntesis de su preocupación más profunda, la que lo condujo a escribir su obra toda y movió a este hombre singular en los caminos de la filosofía y de la literatura.

A veintiocho años de su muerte, la labor creativa de Unamuno sigue siendo centro de interés creciente, mientras otros hombres que brillaron a su lado en vida, van perdiendo lozanía. Cada vez es más cierta la apreciación de Julián Marías, cuando dijo: "La obra de Unamuno está en todas las manos. Su figura ha adquirido complejidad y una profundidad mayor. Su nombre aparece en las historias de la Filosofía, y se escriben libros técnicos - acaso un punto demasiado técnicos - sobre su pensamiento filosófico. Hoy se ve que fue uno de los más innovadores,

hasta las lindes de la genialidad, entre los novelistas contemporáneos, y que en sus novelas, hay que encontrar su más original y fecunda aportación a la filosofía. Su poesía es considerada una de las más intensas y entrañables de este siglo de cimas". (16)

Tiempo antes, a raíz de la muerte del ilustre vasco, escribió proféticamente, olvidando viejas querellas, Ortega y Gasset, en la Nación de Buenos Aires, estas tristes y ciertas palabras: "La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España, desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio."

Profesor y filósofo; poeta, novelista, dramaturgo; hombre de gran cultura, empeñado en desentrañar el sentido más profundo de la vida y de la muerte; padre y esposo ejemplar; caminante infatigable de los viejos campos españoles; austero y seco, como la tierra castellana; pensador movido por grandes arrebatos y pasiones - sobre todo la de no morir -; trabajador infatigable: tal fue Miguel de Unamuno en la historia.

CITAS

1.- Sólo a guisa de ejemplos que, sin duda podrían multiplicarse: "Un joven norteamericano que prepara una tesis de doctorado sobre mi obra literaria me escribía hace poco preguntándome si saqué esta historia del Caín de Lord Byron, y tuve que contestarle que yo no he sacado mis ficciones novelescas - o novelescas - de libros, sino de la vida social que siento y sufro - y gozo - en torno mío y de mi propia vida. Todos los personajes que crea un autor, si los crea con vida; todas las creaturas de un poeta, aun las más contradictorias entre sí - y contradictorias en sí mismas - son hijas naturales y legítimas de su autor - ¡feliz si autor de sus siglos! - son partes de él". Abel Sánchez - Prólogo a la segunda edición.

"No faltará lector que al leer el título de este pequeño ensayo cívico se diga: ¡pero si nunca ha hecho usted otra cosa que hablar de sí mismo! Puede ser, pero es que mi constante esfuerzo es convertirme en categoría trascendente universal y eterna. Hay quien investiga en cuerpo químico, yo investigo mi yo concreto, personal, viviente y suficiente ¿Egotismo? tal vez; pero es el tal egotismo el que me libera de caer en el egoísmo" Sobre mi mismo en Mi vida y otros recuerdos personales - Pág. 130.

"Diríase que el autor, no atreviéndose a expresar por propia cuenta ciertos desatinos, adopta el cómodo artificio de ponerlos en boca de personajes grotescos y absurdos, soltando así en broma lo que acaso piensa en serio". Amor y Pedagogía - Prólogo - Pág. 1

2.- Pág. 95.

3.- "Fue un gran escritor. Pero conviene decir que era vasco, y que su castellano era aprendido. El lo reconocía y lo declaraba con orgullo, mas no se daba cuenta de lo que esto traía consigo. Aun siendo espléndido su castellano tiene siempre el carácter de aprendido, y, si se me quiere entender bien, como todo idioma aprendido, el carácter de lengua muerta. De aquí muchas peculiaridades de su estilo. Cuando escribimos o hablamos nuestra lengua, nuestra atención atraviesa los vocablos sin reparar en ellos.....con la lengua aprendida no pasa lo mismo. El vocablo se interpone ante nosotros y nuestro pensamiento nos obliga a entenderlo...Esa propensión etimológica a la manera de Unamuno es característica de quien escribe o habla en su idioma aprendido". Ortega y Gasset, José - En la muerte de Unamuno.

- 4.- Miguel de Unamuno.
- 5.- Lipson.- Europe in the nineteenth Century - Pág. 85.- Y también entre la múltiple bibliografía al respecto puede verse The World in the Twentieth century de Geoffrey Brunn.
- 6.- "Fuí a Madrid a estudiar Filosofía y Letras henchido de ilusiones, que en parte se ajaron, para engendrarme otras, y éstas otras a su vez. Y así mi vida toda, en continuo fluir de ilusiones, en renovación perpetua, empezando a vivir cada día." Recuerdos de niñez y mocedad - Obras completas - Tomo I - Pág. 97.
- 7.- "Unamuno es casto, Valle Inclán erótico, Unamuno fue monógamo, y Valle Inclán se sintió califa de la decadencia. En Unamuno la mujer fue siempre la madre - su madre y la madre de sus hijos - y en Valle Inclán la mujer se confunde con la amante." Cela, Camilo José - Cuatro figuras del 98 - Pág. 23.
- 8.- El Pensamiento de Unamuno - Serrano Poncela S. Pág. 191.
- 9.- "Estas crisis no eran simples episodios dentro del proceso general de maduración intelectual. Significaban algo más grave y determinante; la rotura total con un pasado, no ya personal sino familiar y comunal que le amarraba a la vieja España; el punto de partida de un proyecto de vida ulterior cuyo final habría de ser nada menos que una filosofía: la filosofía de la inmortalidad; ocupación para toda la vida. Desde diversos ángulos críticos, la Iglesia Católica ha examinado el período biográfico que comentamos considerándole como el punto de partida de la apostasía unamuniana." Serrano Poncela - Op. Cit. Pág. 14.
- 10.- "El cargo de Unamuno era, en efecto una cátedra, una cátedra de filología.....El destino era, sin embargo, mucho más que esto: era una tribuna, un alto desde el cual poder oír su voz, la voz que no calló un solo momento, porque nunca creyó haber dicho todo lo que debía." Ferrater Mora, José - Unamuno - Bosquejo de una Filosofía - Pág. 158.
- 11.- "La entrada en Castilla - en el espíritu o casta castellana, como dice Unamuno - fue una curiosa experiencia para todos los componentes de la generación del 98. Se trató, en su totalidad, de hombres de la periferia española que llegaron al predio castellano en su juventud. Unamuno y Baroja son vascos, Machado andaluz, Azorin

levantino, Valle Inclán gallego. Todas sus vivencias infantiles fueron periféricas, marineras, lejos de tierra adentro; sus paisajes delicados, blandos, luminosos y llenos de saudade, ajenos a la monocromía dolorosa por idéntica del paisaje de Castilla. Todos ellos venían influídos por formas dialectales. Todos sintieron, al entrar por vez primera en la capital española, una sensación de ahogo y repelencia. Sin embargo, todos ellos, al cabo de más o menos tiempo, fueron castellanizados, sometidos al espíritu de la "casta" por una operación absorbente que, por sí sola, justificaría en lo personal el punto de vista unamuniano, respecto a la conquista y absorción por parte de Castilla de las pluralidades regionales ibéricas." Serrano Poncela - Op. Cit. Pág. 225.

12.-Pág. 171.

13.-"Aquí, en este París, atiborrado todo él de historia, de vida social y civil, y donde es casi imposible refugiarse en algún rincón anterior a la historia y que, por lo tanto, haya de sobrevivirla. Aquí no puedo contemplar la sierra, casi todo el año coronada de nieve, que en Salamanca apacienta las raíces de mi alma, ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquieta mi alma; ni la mar sobre la que a diario veía nacer el sol en Fuerteventura. Este mismo río, el Sena, no es el Nervión de mi villa natal, Bilbao, donde se siente el pulso de la mar, el flujo y reflujo de sus mareas". La Agonía del Cristianismo - Pág. 13.

14.-"Escribo estas líneas, digo, lejos de mi España, mi madre y mi hija - sí, mi hija, porque soy uno de sus padres - y las escribo mientras mi España agoniza, a la vez que agoniza en ella el cristianismo. Quiso propagar el catolicismo a espada; proclamó la cruzada, y a espada va a morir. Y a espada envenenada. Y la agonía de mi España es la agonía de mi cristianismo. Y la agonía de mi quijotismo es también la agonía de Don Quijote." La Agonía del Cristianismo - Pág. 150.

15.-"Su combate contra los "filólogos de oficio" contra los "desenterradores" - de palabras o de tradiciones - no le impide ser, bien que en otro sentido, un filólogo, que es, en sus propias palabras, un filósofo, esto es, un hombre que eleva a la suma potencia las posibilidades del habla humana y de su propio lenguaje, que va desarrollando, como Platón hacía con el griego, las

seculares metáforas." Ferrater Mora, Op. Cit. Pág.
161.

16.-La Voz de Unamuno - La Torre - Pág. 148.

CAPITULO I

TEORIA DE LA NIVOLA.

Quelque personnage que l' homme
entreprenne, il joue toujours
le sien parmi.

Michael de Montaigne
Essais

Miguel de Unamuno sintió en grado máximo entre todas las inquietudes que llenaron su ser, la de no morir. El deseo violento y profundo de perdurar más allá de la muerte, de seguir siendo él, sin perder la conciencia individual, es el tema central de su obra. Mas su fe en la inmortalidad fue tan sólo esperanza y voluntad por creer, contradichas por la razón, y de ahí la tragedia, o el sentimiento trágico de la vida, como gustó llamarlo en pensador vasco (1). Alrededor de este tema metafísico: la inmortalidad, unidos a él aparecen otros en íntima relación de contenido. Dios, Cristo, Resurrección; (2) la vida como lucha, contradicción, íntima soledad, sueño (3) - ontología vital -; el hombre, pobre hombre, ser inmerso en esa existencia de contrarios, sujeto y supremo objeto de su filosofar; el amor, la bondad - caminos de su ética -, y la muerte, son asuntos fundamentales en sus ensayos en su poesía.

¿Cómo justificar entonces la novela de Unamuno?
¿Por qué si su problemática fundamental es religiosa y filosófica, escribe novelas, y novelas que lo son cumplida-

mente? ¿Qué razón explica que dentro de su obra el género más vivo, el que evoluciona y se perfecciona cada vez más, sea la novela? Y sin embargo, es a través de sus historias soñadas cuando con mayor eficiencia nos trasmite su concepto del mundo y de la vida (4). Cada una de ellas significan un paso dado hacia adelante en el arte de novelar, pero también la carga filosófica está cada vez más lograda. San Manuel Bueno, Mártir contiene en sus breves páginas, a no dudarlo la mejor expresión de su metafísica. Es precisamente su posición filosófica la que lo conduce al campo de la novela, ya que en ella siente poder dar vida a sus doctrinas sobre la realidad del hombre con mayor justeza que en el ensayo. Veamos por qué:

Ante todo Unamuno buscó penetrar en la verdad del hombre de carne y hueso. El hombre concreto, lejos de las abstracciones, es el sujeto de su filosofar. "Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere - sobre todo muere - el que come, y bebe y juega, y duerme, y piensa, y quiere, el hombre al que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.....Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos". (5).

En sus novelas crea a placer hombres concretos, seres que vivirán el pensamiento y el sentimiento de su creador. (6) No es ya el hombre sino este hombre, único en la historia, individualizado, el que será portavoz del pensamiento unamuniano.

"Se sirve de la poesía, la filosofía, la novelística, la dramática, porque necesita formas de expresión que comuniquen su incomunicable realidad de verdad, su ser en el mundo, su hombre de carne y hueso que trata de trascenderse". (7)

Este subjetivismo indudable que hallamos en la obra de Unamuno, el constante encontrar la personalidad del autor, es en parte manifestación de una postura romántica, frente al mundo y la vida. También lo es, el predominio del mundo afectivo sobre el racional o por lo menos la valoración del sentimiento frente a la razón.

Miguel de Unamuno busca al hombre concreto y de entre ellos, es él mismo su ser individual, insustituible por único, objeto y sujeto máximo de su filosofar.

b) El afán creador. - El Dios de Unamuno es fundamentalmente el inmortalizador. Si no ¿para qué Dios? se pregunta en Del sentimiento trágico de la vida. Pero es también el creador. Dios nos sueña y al soñarnos nos hace. Tomando el papel de ese Dios creador Miguel de Unamuno quiso dar vida a hombres que lo fueron a su imagen y

semejanza. Repetidas veces en su obra traza el paralelo entre Dios, que sueña nuestras vidas, y el creador de vidas de ficción, que imagina existencias y da el ser a hombres, nacidos de su intimidad intransferible.

Mas si crea hombres, y toma respecto a ellos el papel de Dios, es para mejor conocer la vida, y sus personajes mueren para que a su autor le sea dado acercarse a la muerte, entenderla, verla llegar a la vida, consumán-dola. (8)

A veces los hombres imaginados mueren en rebel-día con su creador, le increpan pidiéndole, exigiéndole seguir viviendo, aunque sea en dolor. Sus agonistas buscan, al modo como lo hizo Unamuno, la inmortalidad de la propia existencia y llegan a su fin angustiados ante la idea de dejar de ser. El escritor se recrea al describir las vidas de sus hombres de ficción.

Pero a medida que evoluciona la novela, Unamuno va alejándose de la posición de Dios, para ser frente a sus personajes otro hombre, por muy semejantes que a él mismo sean.

c) Método de conocimiento.-, La novela, en Una-muno, es el más eficaz método de conocimiento de la reali-dad humana y de su afán trascendente. Su finalidad por tanto es en mayor grado cognoscitiva que estética. Los entes de ficción viven para que su creador comprenda, al

hacer en ellos al hombre, la realidad misma de la vida y de la muerte, hasta el límite último donde le es dado al simple mortal, por mucho que su genio sea, adentrarse en el morir ajeno.

Sus relatos tienen una finalidad filosófica: llevarlo a conocer la verdad de la persona humana, penetrando hasta el fondo mismo del alma de los personajes que crea, sin reparar en otras realidades. Tal vez por este motivo nos producen sensación de desasosiego ya que son con frecuencia, seres descarnados y hasta sólo esqueletos. Y es que se nos da la esencia de su personalidad, su más profundo ser, despojándolos de toda envoltura exterior. (9)

El propio Unamuno explicó en repetidas ocasiones el papel metodológico de su novela. Así, en una carta dirigida a Warner Fite, el traductor norteamericano de Niebla, dice, refiriéndose a la autonomía del ente de ficción: "lo expuse en una novela porque no lo habría podido hacer en un tratado didáctico de filosofía, donde la argumentación, a falta de fantasía, pierde toda fuerza, y ello aun a riesgo de que digan de mi, como de Royce, que he escrito libros de filosofía y.....inovelas! Porque yo sé que la honda filosofía del siglo XIX europeo hay que buscarla en novelas. ¡Pobres filósofos sin novelería!" (10)

d) Irracionalismo.- En Del sentimiento trágico

de la vida expuso Unamuno, y volvió a decirlo en otras de sus obras, que la razón era insuficiente para satisfacer los más entrañables deseos de la vida, y por tanto, la interpretación del existir exclusivamente racional dejaba en oscuridad la esencia de lo humano.

"¿Qué importan las ideas, las ideas intelectuales? Por esto el sentimiento, no la concepción racional del universo y de la vida, se refleja mejor que en un sistema filosófico en una novela" aunque todo y sobre todo la filosofía, es, rigor, novela o leyenda (11) dijo, y repitió estos conceptos con otras palabras en innúmeras ocasiones.

El pensamiento de Unamuno que quiere fundamentarse más en la vida que en la razón, lo aparta de la filosofía sistemática - racionalismo, idealismo y especialmente del positivismo - y lo acerca a la poesía, entendida esta palabra en su acepción etimológica de creación. Por ello, para enseñarnos su concepción del mundo, pero sobre todo del hombre, creará vidas imaginarias, y así, y no sólo a través de la razón expuesta doctrinariamente, nos dará a conocer sus conceptos existenciales, pues que el vivir que es razón, también es sinrazón. "Lo que va a seguir - dice en Del sentimiento trágico de la vida - no me ha salido de la razón, sino de la vida, aunque para transmitíroslo tengo en cierto modo que racionalizarlo"

(12) Y en la propia obra: "y llegado aquí os he dicho que hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él. Ahora me queda el exponeros cómo, a mi sentir y hasta a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica. Pero en lo que va a seguir habrá tanto de fantasía como de raciocinio; es decir, mucho más..... No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino..... poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso" (13) Y así se podrían seguir multiplicando las citas. Pero es innecesario, baste subrayar la posición irracionalista de Unamuno que estimó al intelecto insuficiente para entender y hallar el más íntimo significado a la vida, y aun su irritada posición frente al racionalismo, que le negaba su más caro anhelo.

Este irracionalismo de Unamuno apenas vela al enorme razonador que él mismo fue. Y su desprecio frente al saber racional - por contra-posición al vital - es en parte, resultado de que pese a sus deseos, Miguel de Unamuno fue un pensador, y si su profundo sentimiento religioso está siempre envuelto en dudas, es porque su razón no le permitió volver a la confiada fe de su niñez.

(14)

Así, por esta posición filosófica, y por los

demás motivos anteriormente señalados, Unamuno escribe novelas, y en ellas, con frecuencia, hace escarnio de lo racional, dejando correr su vena irónica. Este es el tema fundamental de Amor y Pedagogía, en que emplea el arte de caricatura, aunque, a decir verdad, la crítica va más directamente dirigida a la ciencia, que a la razón. (15)

Su problemática filosófica lo lleva, pues, a escribir novelas, y parece interesante el analizar sus características fundamentales.

1.- Realismo y realidad.- En el momento en que aparece Unamuno en el panorama de la novela española - 1897 fecha de publicación de Paz en la guerra - ésta corría por los cauces del realismo y era D. Benito Pérez Galdós el máximo exponente de su estética.

Paz en la guerra no es una obra perteneciente al realismo galdosiano, aunque alguna vez se haya señalado por la crítica (16) un posible influjo de los Episodios Nacionales en esta primera manifestación de la novela de Unamuno. Ciertamente es que en ella hay descripciones - que después desaparecerán en sus demás producciones -, pero distintas a las empleadas en el arte realista. Son más bien pinceladas para colocar al lector dentro de la vida cotidiana de los personajes. Se nos narran unas vidas que corren, calladas, en la intrahistoria de Bilbao, inmediatamente anterior a la segunda guerra carlista, y que de pron

to ven la monotonía de su existir cotidiano roto por la irrupción de la historia. (17)

El personaje central de Paz en la guerra es el pueblo de Bilbao, una existencia colectiva. El tema es la paz y la guerra, la historia y la intrahistoria de la ciudad natal de Unamuno, en un momento de su vivir que compartió de niño y que hirió profundamente su sensibilidad infantil.

El escritor tiene la virtud, en esta obra, de sumergirnos sobriamente en el mundo de lo cotidiano, y sus narraciones del vivir de Pedro Antonio, Josefa Ignacia, Ignacio, Pachico Zabalbide, Don Juan Arana, Juan José, Rafaela, y de los demás personajes de la novela, son apuntes magistrales de un arte que, fuera del realismo dominante, recrean el existir comunal de un pueblo de España.

Pachico Zabalbide es "antes que nada, como ya lo ha dicho Sánchez Barbudo, Unamuno mismo. Lo que éste nos cuenta de la crisis religiosa de Pachico y de sus lecturas de Chateaubriand y demás divagaciones del romanticismo, es autobiográfico". (18) Y así, desde su primera novela, irrumpe el autor en el mundo imaginario, aunque esta vez sea a través de uno de los personajes, discreción que no siempre conservará.

Carlos Blanco ha analizado con maestría (19) al

Unamuno de Paz en la Guerra, y nos descubre al autor colocado al margen de la agonía, posición que adoptará después en el resto de sus novelas, y es que a pesar del tema bélico, en la obra hay paz, aun en medio de la guerra. Los personajes mantienen una actitud de serenidad ante el dolor y la muerte. Es el sufrir callado, sin gritos, y el gusto por la vida monótona de días siempre iguales. Esta actitud, tan contraria a la del Unamuno agónico, dan a Paz en la guerra un sabor especial dentro de la novelística unamuniana. Además en la obra, hay paisaje, aunque no profusamente, y descripciones precisas, breves y evocadoras.

Después de esta su primera novela Unamuno crea un arte novelístico descarnado. El mismo se ocupó en distintos prólogos - pero fundamentalmente en el que escribió para "Tres novelas ejemplares" - de explicar la técnica empleada. Sus relatos caen ya totalmente fuera del realismo literario del siglo XIX. Carecen de descripciones, para dejar desnudos de circunstancia a los personajes.

"La realidad - nos dice - no la constituyen las bambalinas, ni las decoraciones, ni el traje, ni el paisaje, ni el mobiliario". (20) "En lugar de todo esto, Unamuno se atiene al nudo relato. Esto es lo decisivo: el relato. No descripción de cosas, ni siquiera de caracte-

res o costumbres, ni aun estados de ánimo, sino narración, drama. Lo que le pasa en verdad al personaje, lo que éste se va haciendo, lo que es. Y adviértase que lo que el personaje es no nos lo puede decir el novelista desde el principio, como quien está en el secreto, sino que lo que el personaje es, mejor dicho, llega a ser, va siendo, eso es la novela. No olvidemos que la novela es algo que se cuenta, es historia, algo que se mueve esencialmente en el tiempo." (21)

Para Unamuno la realidad humana, el ser verdadero e íntimo del hombre, no está en la circunstancia que lo rodea, fuere física o social. Ni siquiera en el ser biológico o psicológico. La verdad de la persona es su misma intimidad, su profundidad existencial, su yo, y no tanto el que es, o el que aparenta, sino el que desea apasionadamente ser. Ahí, en ese profundo querer ser, cree hallar el novelista la verdadera realidad personal. Para crear o recrear hombres nos dice (22) "no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo conviven, sino trátalos, excítalos si puedes, quiérellos sobre todo y espera a que un día - acaso nunca saquen a luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser, en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en ti y deja que como un germen se te desarrolle en el personaje de verdad, en el que es de

veras real".

Nuestro autor quiere llegar al fondo mismo del hombre, sin que le importe mucho para hallarlo el ambiente en el que se mueve; más aún, en su concepto, tal vez el exterior es lo que impide a veces llegar a la esencia misma de los seres.

Pero a pesar de estas razones, hasta en sus novelas más desnudas no puede prescindir absolutamente de lo circundante, pues que entonces serían sus personajes abstracciones inauténticas, meros muñecos movidos fuera del mundo flotando en el vacío de la nada.

Y es que el hombre no sólo se hace en el mundo, además, y esto es evidente, su mundo vive en él. Abstracción irreal es diluir la circunstancia que lo rodea - física y social -, pero aun al emplear esta técnica, ese ser aislado, si en verdad es un hombre, lleva dentro de sí el mundo. De lo contrario observaríamos a un animal. De la circunstancia social aprendió el lenguaje, las costumbres, la cultura. Y es que el hombre es un ser que tiene historia y en ella vive y se realiza.

Por ello, en los personajes de Unamuno, incluso en aquellas de sus novelas en que llevó a extremos su afán de darnos - sin escenario - una vida humana aislada, está el mundo. Sin duda Augusto Pérez y Joaquín Monegro son hombres verdaderos a quienes nos es dado situar en el

tiempo y en el espacio pese a los esfuerzos que el autor realizó por difuminarlos.

En sus novelas - sobre todo en las que escribe entre 1914 y 1924 - olvida la realidad de las cosas buscando el fondo de una persona, que se mueve en un ambiente vago que flota más bien en él, destacando de esas tinieblas marginales su personalidad irreductible.

El realismo literario buscó el valor de lo humano, reflejando dentro de su arte tanto la circunstancia ambiental en que se mueven los personajes, representada por la sociedad de un lugar en un momento determinado, como la exterioridad del ser humano novelado. Se complace en describirnos la vida individual y social, así como la del mundo físico que las circunda, que suele coincidir con el del novelista. Balzac, para buscar un auténtico exponente de este arte, no sólo creó en sus novelas hombres que por su veracidad trascienden de su época y de su país, adquiriendo categoría universal, sino que también nos legó el más vivo testimonio para entender la sociedad de la Francia burguesa del siglo XIX, ya que en sus novelas vive ese mundo, con mayor fidelidad que en un tratado de Historia.

Por el contrario en las novelas de Unamuno, excepción hecha en Paz en la Guerra, han desaparecido casi en su totalidad las descripciones (23). Nada general

mente sabemos del medio en que se desenvuelve la vida del personaje. Rara vez se nos dice cómo es el protagonista. Sólo al verlo vivir en las páginas de la novela es cuando el lector conoce y se adentra en su vida soñada.

Sin embargo, las novelas de Unamuno dan sensación de realidad vital. Sus seres imaginados son hombres auténticos. Nadie puede decir que las últimas páginas de Niebla, - las más falsas de acuerdo con los cánones realistas - no produzcan en el lector una profunda sensación de humana angustia.

En medio de lo irreal del ambiente, surge un hombre cabal. Los gritos frenéticos de Augusto Pérez, que quiere vivir, ser, sentirse, son de un verismo sorprendente. En él está el hombre, que ama su existir con el ansia más auténtica, independientemente de los dolores que sufra, a pesar de ellos.

Lo anterior nos debe llevar a concluir, por lo menos, que el realismo literario no es la única forma figurativa capaz de adentrarnos en la verdad humana. Esta puede vibrar en obras totalmente ajenas a tal tendencia.

La supresión de descripciones que aparece en la novela unamuniana, sobre todo a partir de Niebla disminuye paulatinamente, y en San Manuel Bueno, Mártir el lector encuentra de nuevo la circunstancia física y social. Hay un mundo alrededor del sacerdote incrédulo, un mundo

en el que el protagonista se sumerge, en el que tal vez espera salvarse. Pero este ambiente de San Manuel, no es el del realismo, ni tampoco el del romántico. Valverde de Lucerna es la circunstancia en que se desarrollan las vidas personales de San Manuel, Angela Carballedo y su hermano Lázaro. Y así advierte Unamuno desde el prólogo de la obra: "Escenario hay en San Manuel Bueno, Mártir, sugerido por el maravilloso y tan sugestivo lago de San Martín de la Castañeda, en Sanabria, al pie de las ruinas de un convento de Bernardos y donde vive la leyenda de una ciudad, Valverde de Lucerna, que yace en el fondo de las aguas del lago." (24) De este modo rectifica con indudable acierto su técnica anterior. Es curioso observar que en el ensayo, a partir de 1913, fecha de publicación Del sentimiento trágico de la vida, Unamuno llega a su plenitud en el género a tal grado que, en los posteriores, volverá, sin notorias modificaciones, a lo ya dicho. Por el contrario, cada una de sus novelas significa un progreso en relación con la anterior, y la última, San Manuel Bueno, Mártir, es la más cumplida de cuantas concibió. De ahí la afirmación que queda sentada en páginas anteriores, de que es la novela - y tal vez la poesía - el género más vivo dentro de la obra unamuniana.

Efectivamente, y en ello reside un aspecto del

indudable valor de San Manuel Bueno, Mártir, el hombre lo es siempre dentro de un mundo y la supresión de éste, sólo cayendo en la abstracción puede lograrse y en último término, en perjuicio de la verdadera realidad de la existencia humana, lo que explica la sensación abrumadora que produce la lectura de las novelas de Unamuno, cuando los protagonistas son arrancados del contorno cósmico y humano. Son hombres auténticos pero de los que se nos descubre sólo, iluminándola con profusa luz, su intimidad más personal, restando en la oscuridad una parte de su totalidad humana, la referida al ambiente en que forzosamente viven, temporal y especialmente limitados.

Y no es que Unamuno olvide el mundo exterior - sobre todo el de la naturaleza - a fuerza de querer ahondar en el alma humana, sino que separa los dos temas para, en su concepto, dar a ambos más vigor. Busca así que sus libros descriptivos sean más poéticos; fuera de la influencia de la trama novelística, deja el paisaje de ser mero marco para convertirse en el cuadro mismo. Por otra parte, aspira a que los protagonistas de sus novelas tengan mayor fuerza por ellos mismos, sin que ésta provenga de la circunstancia que los rodean. En el prólogo a San Manuel Bueno, Mártir, obra en la que su técnica novelista, ya rectificadora, admite la aparición del mundo exterior, aunque todavía las descripciones sean pocas y breves, di-

ce Unamuno: "y es que creo que dando el espíritu de la carne, del hueso, de la roca, del agua, de la nube, de todo lo demás visible, se da la verdadera e íntima realidad" (25); y enseguida: "y ahora, tratando de narrar la oscura y dolorosa congoja cotidiana que atormenta al espíritu de la carne y al espíritu del hueso de hombres y mujeres de carne y hueso espirituales ¿iba a entretenerme en la tan hacedera tarea de describir revestimientos pasajeros y de puro viso?" (26)

Esta teoría unamunesca de novelar sin descripciones en olvido del mundo circundante llegó a sus últimas consecuencias en una pequeña obra que publicó con el nombre La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez escrita en 1930 y que figura en el tomo de San Manuel Bueno, Mártir, y tres historias más. En ella encontramos algo asombroso y nuevo dentro de la novelística castellana y es la falta de argumento. La obra da la sensación de inconclusa, de vida humana que sigue su curso, a pesar de la muerte de Don Sandalio. Refiriéndose a este extraño relato, dijo su autor: "Pero voy más lejos aún, y es que no tan sólo importan poco para una novela, para una verdadera novela, para la tragedia o la comedia de unas almas, las fisonomías, el vestuario, los gestos materiales, el ámbito material, sino tampoco importa mucho lo que suele llamarse el argumento de ella." (27)

Despoja Unamuno a Don Sandalio de atributos que había dado a sus otros agonistas. Nada se sabe de su vida y sin embargo, pese a su desnudez, el relato produce sensación de realidad, de existir humano; puede oírse latir toda una vida, tan verdadera como la del hombre de carne y hueso que pasa por la calle y de la cual nada sabemos, por sernos totalmente ajena. (28)

En el estilo de la novela - o novela, - como la llamó su autor - (29) sin descripciones, tiene gran importancia el diálogo. En Niebla señaladamente, todo es diálogo y cuando el personaje piensa, lo hace consigo mismo y aparece el monólogo o el diálogo con un interlocutor mudo, como sucede con Orfeo, el perro de Augusto Pérez.

Realmente los diálogos de Unamuno en sus novelas suelen ser siempre monólogos, ya que no es difícil descubrir la personalidad del autor en los personajes soñados. El propio Unamuno acepta esta afirmación cuando escribe: "¿Monólogos? Así han dado en decir mis.....los llamaré críticos, que no escribo sino monólogos. Acaso podría llamarlos monodiálogos; pero será mejor autodiálogos, o sea diálogos consigo mismo. Y un autodiálogo no es un monólogo. El que dialoga, el que conversa consigo mismo repartiéndose en dos, o en tres, o en más, o en todo un pueblo, no monologa. Los dogmáticos son los que monologan y hasta cuando parecen dialogar, como los catecismos, por pregun-

tas y respuestas". (30)

El escribir en forma de diálogo da a la novela un tono polémico, cortado, de lucha entre contrarios, conceptos todos ellos de la más pura cepa unamuniana. Además por su afán de poner en pie hombres verdaderos, de crear vidas humanas, que se hacen en el tiempo, halló en la voz, en la palabra de sus hombres soñados, parte de esa entrañable personalidad, que, sin duda, nos desvela el novelista.

Tal vez sea Niebla donde este arte del diálogo sea más profuso. Después, acertadamente, lo irá alternando con párrafos narrativos, en los que nos contará la historia de los hombres y de las mujeres que se mueven en su mundo de ficción.

Por ser la novela un método de conocimiento humano encuentra Unamuno - siguiendo la tradición socrática - que el diálogo es forma más adecuada para llegar a la verdad que el discurso, y como en último término más que de exponer se trata de conocer, emplea reiteradamente el estilo dialogado.

Cierto es que la técnica novelística de Unamuno es atractiva, cierto que nos pone en contacto - fuera del estilo propio del realismo literario - con auténtica realidad humana (31) y logra cumplidamente introducir al lector en el mundo imaginario de sus torturados entes de

ficción. Pero también lo es que la lectura frecuente de sus novelas es fatigosa, no sólo por la reiteración temática (32) sino también porque los personajes resultan descarnados, tanto quiso su autor sintetizar y quintaesenciar en ellos la angustia humana, y mostrarnos sólo el fondo último de sus seres.

2.- La novela personal. - Después de Amor y Pedagogía, escribe Unamuno sus relatos más característicos, a los que, agrupándolos ha llamado Julián Marías la novela personal.

Efectivamente, los seres que toman vida en esas novelas, son personas. No se trata de describir al hombre físico, ni tampoco de narrarnos estados diversos de conciencia, ni siquiera son los sentimientos o pasiones lo que encontramos en los personajes de las novelas, sino al hombre que sustenta todo eso. (33) Es el ser del hombre; el ser verdadero e íntimo de cada hombre lo que interesaba a Unamuno. Por eso llegará hasta la entraña misma de sus criaturas, hasta el hondón de sus almas.

No hay que olvidar que la novela es para Unamuno un método de conocimiento, y por su cauce quiere descubrir la realidad más íntima del existir, ya que creando hombres auténticos "se puede ver la vida humana desde ella misma, reviviéndola, sin convertirla en cosa, sin mirarla como algo hecho que está fuera de nosotros." (34)

Como en páginas anteriores queda dicho, Unamuno estimó insuficiente a la razón para entender y explicar cumplidamente la vida, y por ello acude a la novela, creando existencias que tienen un sentido, donde él puede sumergirse y conocer su ser más entrañable. Ya en Del sentimiento trágico de la vida había escrito: (35) "¿Es que el ensueño y el mito no son acaso reveladores de una verdad inefable, de una verdad irracional, de una verdad que no puede probarse?" Y al mito acude para entender la vida humana, y al ensueño poético con el propósito de comprender la muerte.

Por eso, poco importa a nuestro autor en su afán de poner en pie hombres de carne y hueso, la realidad física, social, biológica y psicológica que envuelve a los personajes. Lo que desea es narrar la historia de unos seres y desvelarnos lo más profundo de sus personas, con la mayor desnudez y autenticidad posibles. (36)

Mediante la novela puede llegar el pensador sin abstracciones al hombre concreto, al de carne y hueso, su jeto y supremo objeto de su filosofar, y penetrar hasta el último sentido de esta vida temporal, inserta entre el nacer y el morir, creando al hombre que nace, sufre y muere. Y así contemplar el existir humano sin objetivarlo, sin colocarlo en un plano ajeno, exterior a la realidad que trata de conocer, sin convertirlo en cosa.

Si en sus novelas "hay odio, tristeza, envidia... no son nunca estados de conciencia, sino modos de ser"

(37) Lo verdaderamente importante en los personajes de Unamuno es lo que son, no sus sentimientos, cualesquiera que éstos sean. Esta novela personal o existencial está distante de la llamada psicológica, en la que el novelista lo era de los diversos estados de ánimo - cólore, tedio, amor, etc. - por los que pasaban los entes de ficción.

(38)

Los seres que viven en las novelas de Unamuno, son todos, en cierto modo, trasuntos de su autor, quien afirmó repetidamente, que habían nacido de él, que eran los hijos de su espíritu. La voz de Unamuno resuena, a veces en tono excesivamente alto, en la de sus personajes. Es más en Niebla aparece el creador en diálogo con la criatura, hecho que repite en Cómo se hace una novela. En este ensayo novelado, su "alter ego" U. Jugo de la Raza se ve interrumpido en su decir por Unamuno mismo que así se hace presente en el mundo de ficción. (39)

Sin embargo, con frecuencia dijo Unamuno, que a pesar de la paternidad que lo relaciona íntimamente con todos sus entes de ficción, éstos tienen una personalidad independiente a la suya, y hasta su propia lógica. "También de una novela, como de una epopeya o de un drama, se hace un plano; pero luego la novela, la epopeya o el dra-

ma se imponen al que se cree su autor" (40)

Trata de dar autonomía al personaje frente al autor y para demostrarnos tal independencia, lo enfrenta a su creador, convirtiéndose éste así en actor de la historia soñada. Unamuno en Niebla, como personaje, juega un papel importantísimo en la historia del protagonista. Es el dios creador de Augusto Pérez, pero es también el que dispone de su vida y decide sobre su muerte.

Personaje novelístico, Unamuno se encuentra situado en un plano de superioridad ontológica frente a los seres que sueña. Es concretamente en Niebla donde el protagonista dialoga con el autor, Augusto Pérez al ver negada su realidad de hombre de carne y hueso, airadamente dice a Unamuno: "No sea, mi querido Don Miguel... que sea usted y no yo el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo" (41). Pensamiento que se encuentra ampliamente desarrollado en La Vida de Don Quijote y Sancho. Y en Niebla aparece también expuesta la idea de que el novelista cobra realidad, se realiza en sus obras, (42) se inmortaliza en ellas.

Este afán de mezclarse con los personajes, de entreverar los planos de la vida imaginaria con los de la real responden, en Unamuno, al deseo de acortar las dis-

tancias entre ambos (43). No hay que olvidar el papel que se atribuye él mismo de dios frente a seres que imagina y si gusta borrar el abismo que separa al hombre del personaje fabulado es con el íntimo anhelo de acortar la distancia existente entre el Dios creador y el hombre creado, entre Don Miguel de Unamuno, que no quería que la muerte fuese el fin de su vida personal, íntima, intransferible, y su Dios inmortalizador.

Sin embargo, y a pesar de su técnica novelística que busca esa autonomía de la criatura respecto al creador, el lector de las novelas de Unamuno se siente en inmediata e íntima relación con el hombre autor, un hombre que no es sólo razón, sino también sinrazón, sentimiento, congoja, contradicción, agonía.

Más aún, es la novela el lugar donde Unamuno vive a placer su más velada personalidad, y en ella desarrolla - en mayor proporción que en los ensayos - su ontología y su metafísica.

En la novela hallamos entero lo más íntimo e irreductible del hombre histórico, que al soñar otras vidas va en ellas creando al ser que lleva dentro, al más auténtico e individual. Los personajes pueden decir y hacer lo que su autor no podría tal vez realizar en primera persona, y esto sin querer agraviar la conocida honradez que para exponer su sentir tuvo siempre ante el mundo Mi-

guel de Unamuno.

3.- La creación de la muerte.- Tema capital dentro de la obra de Unamuno es el de la muerte. Y como siempre su actitud frente a ella es la de saber su significado. Poesía, novela, ensayo, están llenos de este afán por conocer su ser verdadero. (44)

En la novela, más que hablar de la muerte, la crea. Así como hace vivir a sus personajes, y para que esos existires imaginados sean cabales, los hace morir.

Fue tema de máximo interés para Unamuno la muerte propia, y como su experiencia cae fuera de la vida misma, como no podía conocer y sentir su verdad, la crea imaginativamente en los hombres soñados. De este modo se anticipa a su llegada, aunque con la forzosa limitación que ello supone.

Efectivamente Unamuno puede acompañar a sus criaturas hasta el momento mismo de la muerte y desde dentro de sus seres de ficción darnos la vivencia de su cercanía. Mas en cuanto la agonía cesa, su autor tiene que permanecer fuera de la muerte, como un espectador, y muy a su pesar contemplarla precariamente como algo ajeno, ya que desde la vida no puede penetrarse en su realidad. Y en el umbral del arcano tiene que detenerse - aunque no fuera este su deseo -, para objetivamente contarnos esa "cosa", en último término desconocida, que

es la muerte de otro.

Aun entre los seres unidos por el amor, máxima vinculación de dos personalidades, la muerte de uno de ellos es individual, intransferible, incomunicable, por eso es suprema soledad, y así, una y otra vez la contempla Unamuno. (45) Los hombres vivimos con los demás; con frecuencia, parcialmente para los demás. Amamos, en dulce dejación, y nuestra radical personalidad se comparte con el ser amado. Pero el morir no puede compartirse.

En la soledad absoluta frente al mundo y los hombres que en él continúan sus historias únicas, sin posible reiteración.

La novela sirvió a Unamuno, hasta donde esto es posible, para crear figurativa la muerte, una y otra vez. Se acerca a ella en todas las que escribió, trata de conocer, de interpretar, pero en último término el autor tiene que conformarse con el papel de espectador, ante el misterio que en vano luchó en la vida por desentrañar.

En Del sentimiento trágico de la vida, se encuentra esta angustiosa visión de la muerte: "Aunque al pronto nos sea congojosa esta meditación de nuestra mortalidad, nos es al cabo corroboradora. Recógete, lector, en tí mismo, y figúrate un lento deshacerte de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio; se te derritan entre las

manos los objetos asideros, se te escurra debajo los pies el piso, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra." (46) Es el terror de soñarse no existente lo que lo defiende de la nada. (47) No es la razón sino el sentimiento, la necesidad vital, realísimamente sentida en su conciencia agónica, sujeta al "tormento del potro" - para emplear la feliz expresión del Dr. García Bacca - la vía que Unamuno sigue en su búsqueda infatigable de la vida trascendente.

En mayor proporción que en el ensayo es seguramente en la poesía y en la novela, desde Paz en la guerra hasta San Manuel Bueno, Mártir, donde este hombre preocupado por la verdad de la muerte, se acerca más a ella, e imaginativamente siente - y nos hace sentir a nosotros, sus lectores - su ignorada realidad.

NOTAS DEL CAPITULO I

- 1.- "Por eso la tragedia del hombre Unamuno es doblemente conmovedora, porque no se trata del hombre que huye de la sinrazón y del mundo de los sueños para acogerse a la luz de la razón, ni del que escapa del universo racional para vivir en la cálida mansión de su propio universo, sino justamente de aquel en quien la razón y la sinrazón, el universo de todos y de cada uno, el reconocimiento de la ferocidad de la propia aniquilación y la rebelión contra ella son elementos inseparables." - Ferrater Mora José - Op. Cit. - Pág. 55.
- 2.- "La religión en él es un proceso que abraza su existencia toda; es más: es su existencia misma que se abre paso; es vida, búsqueda de la verdad que sustenta, del futuro inalcanzable que ha de ser alcanzado." Zambrano, María - La religión poética de Unamuno - La Torre - Pág. 213.
- 3.- "Porque no se trata de total entrega a una intuición irracional o a un fideísmo libre de todo control de pensamiento, no se trata de fe ciega, sino de una lucha por racionalizar la fe y al propio tiempo por infundir fe a la razón, de un intento por mantener la tensión dinámica entre ambas." Carpio, Adolfo - Unamuno, filósofo de la subjetividad - La Torre - Pág. 288.
- 4.- "Su manera de comprender hombre y mundo, es decir, de comprenderse a sí mismo y de entender la vida, produce una obra literaria cuyas características formales deben reflejarla y comunicársela al lector con eficacia máxima." Ayala, Francisco - El arte de novelar en Unamuno - La Torre - Pág. 350.
- 5.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 91.
- 6.- "La novela de Unamuno nos pone en contacto con esa verdadera realidad que es el hombre. Este es, ante todo, su papel. Otros modos de pensar - porque de pensar se trata parten de esquemas previos y abstractos; por ejemplo, consideran la vida humana desde un punto de vista biológico, apoyándose en el supuesto, tal vez inconsciente, de la identidad fundamental de todo lo que es vida; y así vierten la realidad humana en modos de aprehensión que le son ajenos y no la pueden contener sin deformarla. O bien se mueven, desde luego, en el ámbito de lo que podemos llamar "cultura",

llevando a una visión sumamente deficiente e inessential del hombre. Unamuno, en cambio, procura la mayor desnudez y autenticidad posibles en el objeto que trata de abordar. Intenta llegar hasta la inmediatez misma del drama humano y contarlo, simplemente, dejándolo ser lo que es. La misión de la novela existencial o personal es hacernos patente la historia de la persona, dejándola desarrollar ante nosotros, en la luz, sus íntimos movimientos, para desvelar así su núcleo último. Se propone, simplemente, mostrar en su verdad la existencia humana." Marías Julián - Op. Cit. Pág. 68.

7.- Serrano Poncela - Op. Cit. Pág. 61.

8.- "Y a la vez necesitaba unas existencias respecto a las que fuese superior, de modo que de él recibiesen vida y muerte, lo que equivalía a ponerse él, siquiera figurativamente, por encima de éstas, a salvo, pues, de su angustia. En el fondo de lo que se trataba era de representar respecto a sus criaturas el papel de Dios para con el mismo Unamuno. Por eso tiene un hondo sentido dramático, a pesar de su deliberado convencionalismo, aquel diálogo de Don Miguel con Augusto Pérez, el protagonista de Niebla, en que éste se rebela ante la decisión de que ha de morir, y le hace constar a su autor - ésta es la palabra - la certeza de que morirá también." - Marías Julián - Op. Cit. - Pág. 36.

9.- Serrano Poncela - Op. Cit. - Pág. 66.

10.- Citado por Francisco Ayala en El arte de novelar en Unamuno - La Torre - Pág. 336.

11.- Se lee en el prólogo-epílogo a la segunda edición de Amor y pedagogía - Pág. 17.

12.- Pág. 109.

13.- Pág. 109.

14.- "Porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, antivital. Y esta es la base del sentimiento trágico de la vida." Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 36.

- 15.- "Excluída la razón, que, según él piensa, es contraria a la vida, ésta se reducirá al puro enfrenta-
miento del individuo con lo eterno. Acaso el momen-
to de la racionalidad - se me ocurre a mi sugerir -
sea precisamente aquél que inserta trascendencia en
la vida cotidiana, pero habiendo rechazado Unamuno
por principio lo racional al plano cómico...sus no-
velas son ventanas siempre abiertas sobre la pers-
pectiva de la muerte, del vacío que nos quiere sor-
ber sin que podamos agarrarnos a cosa alguna, y de
ahí el vértigo que producen." - Ayala, Francisco -
El arte de novelar en Unamuno - La Torre - Pág.359.
- 16.- Véase - Ayala, Francisco - Op. Cit. - Pág. 343.
- 17.- "El olor a pólvora en el sitio de Bilbao dio luego
origen a Paz en la guerra, cuando a sus experien-
cias de la infancia se sobrepuso el conocimiento
exacto y minucioso de lo que había acontecido. Una-
muno pensó sin duda hacer de esta novela una epope-
ya objetiva de la lucha de España, al modo como la
Iliada había sido la epopeya objetiva de la guerra
de Troya. Y en efecto, lo que en Paz en la guerra
se novela, comenzando por su título, es menos un
acontecimiento histórico que la esencia de un pue-
blo, es menos un hecho que un alma." - Ferrater Mo-
ra - Op. Cit. - Pág. 18. Tal vez el modelo más
cercano a la vista de Unamuno haya sido la epopeya
de Tolstoi, y ésta inspiradora del nombre.
- 18.- González, Francisco - Tres novelas de Unamuno - La
Torre - Pág. 433.
- 19.- Unamuno contemplativo.
- 20.- Tres novelas ejemplares y un prólogo - Pág. 16.
- 21.- Marías, Julián - Miguel de Unamuno - Pág. 40.
- 22.- Tres novelas ejemplares y un prólogo - Pág. 20.
- 23.- ".....procederá Unamuno a descarnar a sus personajes,
desnudándolos del ambiente, sacándolos de toda cir-
cunstancia concreta (y con eso, prescindiendo de las
"cosas" y de lo que el hombre mismo tiene de cosa),
para reducirlos, más allá de cualquier complejida-
des psicológicas, al núcleo esencial de la personali-
dad, que puede serlo, acaso, la pasión de la envidia,
como en Abel Sánchez; o el ansia de una maternidad

dominante, como en Los hijos espirituales o en Dos Madres; o la autoafirmación frenética, como en Nada menos que todo un hombre. Resultado de todo ello es la intensidad casi insufrible de la novela unamunescas. El lector se siente enervado por el zumbido incesante de la alta tensión en que los personajes viven." - Ayala, Francisco - Op. Cit. - La Torre - Pág. 351.

24.- Pág. 10.

25.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 10.

26.- Pág. 12.

27.- Pág. 13.

28.- "Sólo la personalidad. Dejándola en hueco, Unamuno muestra su realidad irreductible. ¿Dónde vive, qué hace, qué piensa, qué tiene Don Sandalio? No lo sabe, no quiere saberlo, no importa para nada. Después de esa violenta supresión de toda otra realidad, queda en pie, señero e insustituible, un tú que es a la vez un yo, el de Don Sandalio: un quién, una persona." Marías, Julián - Op. Cit. - Pág. 112.

29.- "Pues así como mi novela, no va a ser novela, sino... ¿cómo dije? navilo...nebuloso, no, no, nivola, eso es, inivola! Así nadie tendrá derecho a decir que deroga las leyes de su género...Invento el género, e inventar un género no es más que darle un nombre nuevo, y le doy las leyes que me place. ¡Y mucho diálogo!" Niebla - Pág. 101.

30.- La agonía del cristianismo - Pág. 10.

31.- "Por eso puede este realismo ser calificado muy justamente de poético, porque no hace referencia a una realidad que se limita a ser lo que es, sino a "una realidad íntima, creativa y de voluntad". Y por eso también dice Unamuno que es el sueño vida, realidad y creación. La idea y el sentimiento del hombre en Unamuno pueden encontrarse precisamente allí donde ha intentado crear hombres y no sólomente hablar de ellos: en sus novelas." Ferrater Mora - Op. Cit. Pág. 61.

32.- "El tema de Unamuno, ya con alguna precisión, es, pues, el hombre en su integridad, que va de su nacimiento a su muerte, con su carne, su vida, su per-

hombre? Sea hombre de carne y hueso, o sea de los que llamamos de ficción, que es igual. Porque don Quijote es tan real como Cervantes, Hamlet o Macbeth tanto como Shakespeare, y mi Augusto Pérez tenía acaso sus razones al decirme como dijo...que tal vez no fuese yo sino un pretexto para que su historia y las de otros, incluso la mía misma lleguen al mundo..... ¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo! se me dirá. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima - que es todo un pueblo - y otra cosa es que sean yo mismo. Porque ¿Quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues...uno de mis personajes, una de mis creaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente - o inmanente - ¿quién es? Dios lo sabe...Acaso Dios mismo". Tres novelas ejemplares y un prólogo - Págs. 13 y 19.

- 44.- "Por tanto, - en esto vió Unamuno con plena claridad la certidumbre radical que yo necesito es la que se refiere a mi propia perduración. En este sentido concreto, la interpretación de la muerte es clave de mi concepción del mundo y de la vida, y el afán de inmortalidad, por ende, se convierte en efectivo motor - si bien no el único - del filosofar." Marías, Julián Op. Cit. 170.
- 45.- "La vida humana es soledad (todo esto lo ha hecho ver Ortega con máxima evidencia), pero la muerte es el último acendramiento de la más irremisible y absoluta soledad. Ortega expresaba este hecho sutilmente, diciendo que, más que quedarse solos los muertos - según la expresión del poeta - son los vivos los que se quedan solos del que muere, con lo que daba a entender que no hay soledad en abstracto, sino que toda soledad lo es de alguien - donde ese de tiene el valor de un genitivo a la vez subjetivo y objetivo--." Rodríguez Huéscar, Antonio - La Torre - Pág. 315.
- 46.- Pág. 42.
- 47.- "Por la imposibilidad real de representarse no existiendo de pensarse, de imaginarse...no existiendo -, ha conseguido Unamuno, y podemos todos llegar a ello, una primera potenciación real de la conciencia, superior a la potencia cero de la pura presentación cartesiana y aún heideggeriana de que "yo existo", aunque

todos los objetos desaparezcan, por duda metódica o por angustia. Empero por el horror y repugnancia que en ese intento de imaginarme, pensarme...no existente surge en mí, la conciencia de mi realidad asciende a segunda potencia, a necesidad sentida de ser; y lo más notable es que mi realidad misma asciende a ser más seguramente, pasando, con la terminología que anteriormente introdujimos, de ser o existir como necesaria en potencia o virtud a existir y ser necesaria en acto, dentro de los límites de ese horror y repugnancia real a no ser". - García Bacca, Juan David - Op. Cit. Pág. 116.

CAPITULO II

LA AGONIA EN EL VIVIR

*Hominis tota vita nihil aliud
quam ad mortem iter.*

- Séneca -

1.- El concepto de la agonía en Unamuno.- Unamuno otorga a la voz "agonía" el significado etimológico de lucha, de tal modo que su vivir agónico es equivalente a la expresión existir en lucha y también en contradicción. Y por la importancia decisiva que la muerte tuvo en su pensamiento y porque además su máximo esfuerzo vital fue contra la idea de la propia aniquilación, tiene un especial valor la palabra "agonía" para designar la postura de Unamuno en gran parte de su obra literaria - novela, drama, ensayo, poesía - .

La actitud de lucha entre eternos contrarios que dentro del hombre viven tiene, en nuestro autor, las más profundas consecuencias: constituye uno de los problemas fundamentales de su pensamiento y fue móvil de su creación. En sus íntimas contradicciones ontológicas halló además temas trágicos y desgarrados, en los que sin duda apreció valor y belleza de validez universales.

La angustia primaria - raíz y base de las demás arranca de la dualidad entre el deseo de ser inmortal y la temporalidad forzosa del vivir humano. Ante el tiempo, que inexorablemente pasa, y ante la vida, continuo devenir

hacia una muerte cierta, se despierta la agonía de Unamuno. Es la temporalidad de su propio existir, perdida la fe religiosa de su niñez y de su primera juventud, la que arranca los gritos de este hombre angustiado, que quiere lograr la propia perduración.

El tema de la inmortalidad es el centro del pensar unamuniano. No sólo de su postura agónica, también de aquella otra faceta que la crítica ha llamado contemplativa, en la que, con raíz en la misma problemática vital, busca otras soluciones - la paz, el anegarse en un todo, el disolverse (1), lejos de la lucha de su obra más característica.

Unamuno no quiso resignarse a la incredulidad a que su razón le conducía. Dentro de él, el católico ferviente que un día fue se sublevaba, y así, razón y sentimiento en lucha, constituyen una de sus íntimas contradicciones, aunque no la única, pues que hizo de la contradicción el centro mismo de su realidad vital. Y así lo manifestó en múltiples ocasiones. (2)

"Mi vida toda - escribió - se mueve en un principio de íntima contradicción. Me atrae la lucha y siento ansias de quietud y paz; estudio ciencias y caigo en poeta; soy cristiano anti-pagano de corazón y explico clásicos griegos." (3)

Y puesto en el camino de ver a la vida humana y

al hombre mismo como la lucha entre contrarios irreducibles, Unamuno hallará múltiples formas de expresión dualística: razón y fe (4), paz y guerra (5), muerte y vida (6), pasado y futuro (7), historia e intrahistoria, realidad y ficción (8), sueño y vigilia (9), son tan sólo ejemplos de los muchos que pudieran citarse de su dialéctica.

Alrededor del problema vital del ansia de inmortalidad, nace y crece la obra de Unamuno; sus temas filosófico-religiosos no son, como veremos, materia exclusiva de los ensayos, sino por el contrario, viven en la novela. Más aún, es en la novela donde Unamuno expone con mayor perfección su concepto del mundo y de la vida. (10)

La angustia vital, la del hombre Miguel de Unamuno, que tan bien expresó en La agonía del cristianismo, con estas palabras: "Afirmo, creo como poeta, como creador, mirando el pasado, al recuerdo; niego, descreo, como razonador, como ciudadano, mirando al presente, y dudo, lucho, agonizo como hombre, como cristiano, mirando al porvenir irrealizable, a la eternidad" (11), y la tendrán los entes de ficción de él nacidos, y sus vidas se moverán a impulsos del deseo de ser, de vivir, pero sobre todo de sobrevivir. Baste recordar la congoja que llenó los días y las noches de San Manuel Bueno, al no poder creer en la inmortalidad y callar esa verdad mortal, con la que su pueblo no hubiera podido vivir. La mentira es fuente de

caridad y de amor cristianos, porque, y es ésta una idea que hallamos repetidamente en la obra unamuniana, verdad es lo que da vida, no lo que hace pensar, no la verdad de la razón o de la lógica, sino la vital, la que impulsa a obrar bien y a que cumpla el hombre gozosamente su destino. (12)

Juan David García Bacca, en el excelente estudio que dedica al pensamiento del ilustre rector salmantino (13), analiza con profundo saber, ese método doloroso, de congoja, que sigue el autor en Del sentimiento trágico de la vida, para tener conciencia de la propia realidad vital actual y trascendente, y aun de la de Dios mismo y de él dice: "Pues ¿por qué no ponernos en sadismo ontológico general, hacer que nos duela todo el ser, y así descubriremos lo que nos pertenece realmente, el grado de su unión y el de nuestra unidad interior, qué cosas nos pertenecen real y verdaderamente y qué otras sólo como objetos presentes en nuestra conciencia presentacional pura y simple, qué problemas nos son reales y cuáles otros fingidos? Si, por ejemplo, pudiéramos hallar un medio para ponernos a que nos duela ser mortales, ¿qué significaría tal conciencia doliente de nuestra mortalidad para el problema de la inmortalidad? Y si es posible llegar a que nos duela Dios, ¿qué valor teológico tendrá tal dolor nuestro para resolver si existe o no existe, su naturaleza, el grado de distinción

entre El y nosotros?"

"Hacer que a uno le duela su ser entero es llegar a conciencia agónica, estar en trance de muerte integral, estado en que uno notará lo que real y verdaderamente es él, y hasta qué punto lo es. La conciencia agónica es la "hora de la verdad". (14)

El dolor nos revela la propia existencia en mayor grado que la razón u otro sentimiento cualquiera. El hombre se siente tal en la congoja que su incierto destino le descubre. La conciencia se le despierta por el dolor extremo que presupone el pensarse no existiendo, y por la agonía figurativa de verse en la nada, y ahí es donde surge la congoja: no puede sentirse no existente, le repugna hasta el extremo la idea de la propia aniquilación. (15)

Esa angustia, máxima agonía, es el camino que Unamuno empleará para sentirse hombre y hombre que se desea eterno. Veamos pues, como trata en sus novelas los principales temas de su agonía. (16)

2.- La vida humana.- La vida humana, que se inicia con el nacimiento y concluye con la muerte es, para Unamuno, esencialmente precaria, pues que con forzosidad ineludible está limitada en el tiempo y en el espacio. Es un vivir aquí y ahora, cuando estima que los hombres, como su más íntimo y profundo deseo, ansían ser todo y por

siempre. La vida humana finita, y la conciencia que de su limitación alcanza el hombre, le dan ese carácter doloroso. Nacer para morir, y siempre así, en el pasado, en el presente, en lo porvenir. ¡Triste destino humano enclavado en el tiempo, limitado por la inexorabilidad de una muerte cierta!

De ese concepto tan indiscutible, brota la actitud de conmiseración ante el hombre y la vida ¡Pobre hombre que nace para morir, y recorre angustiado su camino para llegar a un fin fatal, parejo para todos!

¿Qué realidad tiene esa vida transitoria? ¿Cuál es su sentido? ¿Tiene acaso finalidad? Desde luego, para Unamuno la vida auténtica sólo puede concebirse dándole un fin trascendente. Mas como su razón de hombre finito, no alcanza a concebir la inmortalidad, acude a la vida, y en sus ansias de perduración y en la congoja que supone el hecho de pensarse no existente fundamenta esa soñada inmortalidad. Pero la razón tiene sus exigencias, y así la fe estará siempre en lucha por ser, y la vida misma la concebirá Unamuno en su agonía por no morir, como una lucha sin término.

La vida de sus seres soñados - exceptuando los que aparecen en Paz en la guerra - será en agonía, en lucha, hasta su muerte. Se exceptúa la Paz en la guerra porque ahí, a pesar de la situación histórica de guerra que viven sus personajes, los días transcurren en paz y monoto

nía, iguales unos a otros, en la costumbre de lo cotidiano. Y aunque puedan encontrarse características del Unamuno agónico, no es, desde luego, Paz en la guerra una novela que pueda incluirse dentro de esta tendencia del autor.

En Amor y Pedagogía hallamos - si bien, caricaturas de hombres, vidas inauténticas, muñecos que como títeres maneja la hábil mano de su autor - tras la farsa, la amargura de esa lucha entre razón y sentimiento, ciencia y fe de que el hombre no puede salir, sin perder lo que tiene de humano. Si eliminamos en el hombre el sentimiento y le dejamos sólo la razón como móvil de su existir ¿qué nos queda? Un ser ficticio, una sombra, como Auito Carrascal, el pedagogo que con su ciencia quiere crear el genio y sólo logra dar vida precaria a su Apolodoro, quien incapaz de resistir la auténtica, se sumerge en la muerte. Apolodoro siente que es hombre, no mientras piensa, sino cuando su ser se abre al amor y conoce el dolor. También por el amor, muere, pero es que el pobre Apolodoro es el fracaso de la pedagogía - ciencia -, y la vida, que es amor, no cabe en su científica e inhumana formación.

"La madurez de la novela de Unamuno se encuentra en Niebla, publicada en 1914" (17)

La vida de Augusto Pérez se desarrolla envuelta en espesa bruma, de la que en vano trata de salir. La circunstancia de su mundo se diluye en esa niebla que os

curece el pasado y no deja ver el futuro. Augusto se mueve en penumbras buscando su propia realidad. La vida, siempre igual, oscura, marca su existir en tedio. Quiere sentir, descubrir su propia categoría de hombre y nacer a la vida. Porque, ¿acaso tiene la suya realidad, vive de veras? Y en estas ansias por ser, aunque despierte al dolor, transcurren sus días neblinosos.

Augusto, a pesar de la serie de vidas que se intercalan con la suya en la narración, vive solo. La circunstancia humana que el novelista profusamente va descubriendo, es ajena al existir de Augusto. Son historias que se cuentan como las de Víctor (en la que desarrolla el tema, tan grato a Unamuno, de la paternidad), Don Eloi no Rodríguez de Alburquerque y Alvarez de Castro, - arte de caricatura - o la de Don Antonio, - tragedia de amor y de celos -, mas esos personajes no entran dentro de la vida de Augusto. Su radical soledad no la llena ni el encuentro con la mujer. Las dos que en la novela se nos presentan, unidas al deseo de amar de Augusto, son meros pretextos para que se desarrolle la historia del protagonista. Ambas - Rosario y Eugenia - no constituyen una excepción a la regla general que podemos establecer en las novelas de Unamuno, de que sólo en función de la maternidad, creó mujeres. Y como ni Rosario ni Eugenia están relacionadas con el tópico, su autenticidad humana es men-

guada. Más que mujeres, son ideas. Eugenia, al principio de la novela, parece encarnar el amor espiritual - compasión - concepto analizado por Unamuno en las páginas Del sentimiento trágico de la vida; mas a medida que avanza la narración, el lector va descubriendo que es un mero artificio para que Augusto Pérez se hunda más y más en la niebla de su vida y la duda sobre su realidad vital siga aumentando.

Rosario representa el amor físico, frustrado en la novela, porque Augusto Pérez, se priva humanidad, se queda sin sentir la pasión animal pero auténtica de este amor.

¡Pobre Augusto Pérez que no logra dar finalidad a su precario existir! (18) Mas este personaje soñado no es otro que el hombre mismo en su vida personal finita. ¡Qué significado puede dársele a la vida si la muerte es definitivamente su negación? ¿Cuál es su realidad, sino niebla, sueño, sombra? El ser humano limitado en el tiempo, si la muerte es simplemente el fin de la vida, carece de realidad auténtica, y de último y verdadero sentido. Somos sombras caminando a tientas, a semejanza del pobre Augusto Pérez (19).

Sin embargo, aun este ser que no logra sentirse tal (20), que duda a cada paso de su realidad y de la veracidad de su vida, que no consigue latir del aburrimiento

que lo envuelve todo, aun él, pobre hombre, poco hombre, tiene, ante la idea de dejar de ser, la fuerza, la voluntad y el ansia de vivir que Unamuno otorga al hombre, a cada hombre, como la esencia de su propio ser.

Augusto Pérez, frente a la muerte, deja su niebla cotidiana, sale de ella, y exige a su creador, desesperadamente la vida.

"- No hay Dios que valga ¡Te morirás! -" exclama Unamuno que figurativamente ha tomado el papel de Dios creador de la vida de ficción.....

" - Oh, si es por eso, yo le juro Señor de Unamunno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro...Ahora que usted quiere matarme, quiero yo vivir, vivir, vivir..." (21)

Pero Augusto Pérez muere, pese a su afán de existir para que quede así cumplidamente acabada una vida humana, y ante una muerte cierta el terror de no ser llena de pavor el alma del hombre, aunque se sepa irreal, sueño de un dios finito y precario.

"El pobrecillo, recordando mi sentencia, procyraba alargar lo más posible su vuelta a su casa, pero una misteriosa atracción, un impulso íntimo le arrastraba a ella. Su viaje fue lamentable..... ¿Será verdad que no existo realmente? - se decía - ¿tendrá razón este hombre al decir que no soy más que un producto de su fantasía,

un puro ente de ficción?"

"Tristísima, dolorosísima, había sido últimamente su vida, pero le era mucho más triste, le era más doloroso pensar que todo ello no hubiese sido sino sueño y no sueño de él, sino sueño mío. La nada le parecía más pavorosa que el dolor. ¡Soñar que uno vive...pase, pero que le sueñe otro.....! (22)

La nada angustia al personaje como horrorizó a Don Miguel de Unamuno.

La vida de Augusto Pérez es un sueño de su autor, y sólo en cuanto sueño tiene realidad. Unamuno nos cuenta la historia en un plano ontológico superior. El es el dios del personaje nivolesco. Pero, y ahí la tragedia, Miguel de Unamuno, hombre que fue en la historia, ¿No sería acaso según el mismo pensó - sueño de Dios? Tal es la razón de la cercanía y confusión entre las diversas realidades, en busca de la verdad de la vida.

Los días de Augusto Pérez transcurren en radical soledad íntima. Su convivencia máxima se revela ante Orfeo, su mudo interlocutor. Unamuno ha aislado a un hombre y a una vida para hacerla vivir en las páginas de la novela, pero la circunstancia físico-social se desdibuja en niebla. Sin embargo, a pesar de esta técnica, que en parte y forzosamente restan realidad al conjunto, surge una auténtica vida humana, verdadera en su pequeñez,

en sus limitaciones, y pone de relieve la innegable soledad que en último término es todo existir, aunque en el de Augusto sea más radical al no haber aparecido el amor, único camino para compartir en máximo grado, aunque no en forma absoluta, la intimidad última. (23)

En Abel Sánchez, una historia de pasión, Unamuno rehace el mito cainita y llega al ser mismo del hombre odiador. Es un ahondar en el alma humana en busca de su esencia.

Aparecen en la novela personajes que circundan a Joaquín Monegro - Caín en la historia - pero fundamentalmente ellos viven en función del protagonista. Es la circunstancia que dio nacimiento y desarrollo al hombre que no pudo amar, para salvarse del abismo del odio.

Frente al gusto por la vida de Abel, se nos presenta el angustiado existir de su odiador. Y no es que Abel sea bondadoso y esa bondad le proporcione alegría; no, Abel Sánchez, es sólo lo que los hombres llaman un triunfador, y vive lleno de su personalidad un poco sin fijarse en los demás (24). Caín, por el contrario, vive fuera de sí, enajenado, vive para su odio. El ser de Joaquín es el odio mismo, y así puede decir: "Me sentí peor que un monstruo, me sentí como si no existiera, como si no fuese nada más que un pedazo de hielo y esto para siempre. Llegué a palparme la carne, a pellizcármela, a

tomarme el pulso "¿Pero estoy vivo? ¿Soy yo?" (25)

Nuevamente encontramos planteado el problema ontológico de la vida humana y del hombre mismo como existente y nuevamente Unamuno hace dudar a sus personajes de la esencial veracidad del ser hombre. Una y otra vez sus entes soñados estarán inmersos en la duda respecto a la autenticidad última de sus existires. De ahí la importancia que el sueño, como símbolo de la vida terrena, tiene en la novela, como más adelante se estudiará.

En Abel Sánchez sigue Unamuno, aunque notablemente atemperada, la técnica novelística de Niebla. Aquí el mundo y la vida que rodean a Joaquín Monegro son más reales, están más íntimamente unidos a los del protagonista. Es más, éste se hace en su mundo.

Sin embargo, Abel y Helena, Antonia y sus hijos son vidas narradas en función de la de Joaquín Monegro. El nacimiento del odio y su crecer constante hasta llenar el alma de Caín, necesitaban un escenario humano que lo explicase, pero en último término la novela lo es de una vida: la de Joaquín, y más que de una vida de un alma, del fondo mismo de una persona.

Joaquín Monegro tiene una doble postura ante el odio que constituye su ser. Por una parte quiere salir de él, y busca querer, a su mujer primero, a su hija

después. Pero llega al fin de sus días comprendiendo que sólo vivió para su rencor, que no pudo amar y salvarse de sí. Pero también hallamos cierto deleite en esa envidia constantemente alimentada, porque ella era su radical verdad y el hombre quiere con pasión máxima perdurar, ser él y ser por siempre.

Unamuno sigue buscando en la novela la esencia del hombre. Su filosofía de la existencia ahonda así en el alma humana para llegar al centro mismo del ser - en este caso el odiador - y presentarnos, descarnada, pero vibrante, una vida, una persona. El mismo, refiriéndose a esta novela, escribió (26): "En mi novela Abel Sánchez intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín". No es el hombre como unidad biológica y psicológica, lo que al novelista interesa, sino en cuanto ser. Lo que se busca al crear figurativamente la vida, es conocerla, saber que es. Por ello la novela de Unamuno no cae dentro de la tendencia psicológica, ni tampoco del realismo literario. Los estados de ánimo, el mundo circundante, no le interesan cuando de crear hombres se trata.

La vida en La tía Tula, es ya comunal, aunque la protagonista indudable sea Gertrudis "la tía Tula" que, en parte por su ansia de maternidad espiritual, vive para el círculo limitado que es su familia, y en él, realiza ese su anhelo, aunque sienta su frustración como mujer. Sin embargo, Gertrudis es la mujer más auténtica de cuantas soñó Unamuno.

En La tía Tula no sólo desarrolla el tema de la maternidad espiritual y la frustración del amor en la mujer (27) sino que también a la par que Gertrudis, viven en las páginas de la novela Ramiro - el padre - y Rosa, Manuela la hospiciana y los hijos de ambas. Pero la protagonista es Gertrudis quien llevada por su hambre de ser madre y su afán de pureza cobija bajo esos sentimientos a los hijos del hombre que quiso.

También Tula, toda fortaleza, - en Unamuno las mujeres suelen tener más individualidad que los hombres - duda de la realidad de su ser. "Yo no estoy ni viva ni muerta...no he estado nunca ni viva ni muerta" (28) exclama, próxima a su fin.

Y no es que en las páginas de la novela no vibren verdaderas vidas, sino que para su autor, esta vida condenada a muerte carece de verdadera realidad, de auténtico sentido, vista desde ella misma.

En las páginas de La tía Tula, se siente el co-

rrer del tiempo. Las vidas que en él van naciendo están sentenciadas a morir. Una y otra vez surgen hombres en dolor y en dolor también desaparecen, ansiando vivir. Y Unamuno se asoma, desde dentro, a los seres que crea y a su muerte desde afuera, queriendo conocer su verdad.

El existir de Gertrudis lleno de virtud y voluntad, es, en último término, un fracaso ¡Pobre vida la del hombre, sujeta a desenvolverse en forma que no admite rectificaciones, a un correr incesante de días que no pueden revivirse, a un inexorable ir dejando de ser, sin que quepa desandar el camino, y rectificar los errores por los que nos sentimos fracasados! Si, Gertrudis tiene auténtico sentir humano, y su existencia esencialmente frustrada, es la vida humana. Y así puede exclamar esta mujer, siempre fuerte: " - Si reunirles y decirles que toda mi vida ha sido una mentira, una equivocación, un fracaso....."

(29) ¿Y qué vida no lo es?

En San Manuel Bueno, Mártir, los protagonistas Don Manuel, Lázaro y Angela - se sumergen en la comunidad. El pueblo de Valverde de Lucerna - paisaje y hombres no sólo es el marco de las vidas individuales de los personajes, sino el objeto y fin de sus existires. Los hombres del pueblo alientan con la fe que el sacerdote mártir les infunde, y éste vive en la fe de la comunidad.

La acción está inmersa en un sentimiento cristia-

no de caridad, y así para Don Manuel "lo primero es que el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo. Nadie debe querer morirse hasta que Dios quiera". (30) Alegría de vivir ¡qué poca hallamos en la novela toda ella trágica de Unamuno! Porque en último término el gozo sólo se logra con la ilusión de una inmortalidad cierta, bien que no fue patrimonio espiritual del autor salmantino, aunque si su deseo más íntimo.

La existencia soñada de su San Manuel es, dentro de su concepción filosófica y de su problemática metafísica, máximo ejemplo de amor y caridad, y también de tragedia sin consuelo posible.

La narradora de la historia, Angela, sobrevive al sacerdote y a su hermano Lázaro, y ella es portadora de ese mensaje de amor, que indudablemente encierra la novela. Y así dice: "Quedé más que desolada, pero en mi pueblo y con mi pueblo. Y ahora, al haber perdido a mi San Manuel, al padre de mi alma, y a mi Lázaro, mi hermano aún más que carnal espiritual, ahora es cuando me doy cuenta de que he envejecido, y de cómo he envejecido. Pero ¿es que los he perdido?, ¿es que he envejecido? ¿es que me acerco a mi muerte?."

"¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el senti-

miento de la vida, a sumergirnos en el alma de las montañas, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, y no sentía yo más pasar las horas y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí. Yo quería decir lo que ellos, los míos, decían sin querer..." (31)

Así en esta breve historia, la existencia vuelve a enajenarse, pero esta vez por el amor. Y si en algo se siente la alegría de vivir es porque se ha matado el tiempo en un darse a los demás, a los prójimos, a los hermanos. Se vive en amor para el pueblo, y en él, en su fe, se espera la salvación.

Ello no quiere decir que Unamuno haya vuelto en esta novela a la vida colectiva de Paz en la guerra. En San Manuel Bueno crea seres íntimamente personales, y junto a ellos, la circunstancia - humana y física - en que sus vidas cobran su pleno sentido. Frente al yo absoluto de Niebla, está aquí un tú y un nosotros, medio humano indispensable en toda existencia verdadera.

Los personajes de San Manuel Bueno no producen ya la sensación de esqueletos. Unamuno, en ésta su más

lograda narración, nos da con autenticidad plena, todos los ámbitos de la persona humana. Desde el ser íntimo - soledad intransferible - hasta la vida en comunidad, esta vez unida a la del protagonista por vínculos de amor y caridad.

Don Manuel no sólo aparece sumergido en la vida de su aldea y muere buscando en la fe colectiva su salvación, sino que el pueblo, en reciprocidad, alienta con la bondad y santidad de su padre espiritual, y cree. Mas "¿qué es eso de creer?. Por lo menos viven. Y ahora creen en San Manuel Bueno Mártir, que sin esperanza de inmortalidad los mantuvo en la esperanza de ella" (32) dice al final del relato Angela, la narradora de la trágica historia.

En el mismo tomo en que apareció publicado San Manuel Bueno, Mártir, se nos cuenta La novela de Don Sándalo, extraño relato, en el que, después de haber escarbado en otras obras el fondo del alma humana, Unamuno nos presenta a un hombre vacío, sin historia; una personalidad en hueco. Y sin embargo, a pesar de sernos Don Sándalo un desconocido, un hombre totalmente ajeno, del que nada sabemos, se oye latir en él una vida humana, con proyección hacia afuera.

Si en sus novelas anteriores Unamuno se mete dentro de sus personajes, en las profundidades de sus entra-

ñas, en ésta nos va a relatar la historia de un hombre al que no conoce, ni desea conocer (33) Un extraño que es como una cosa en el mundo del novelista.

Sólo se nos cuenta de Don Sandalio que silenciosamente jugaba ajedrez, que tenía una hija, y que murió en la cárcel. Pero, ¿por qué?. Que más da. El narrador lleva dentro de sí a su Don Sandalio, al suyo, al que se ha formado, y poco le importa el que fue para los demás, y aun el que fue para sí mismo. (34) ¿Y el que fue para Dios? Ya que desde todos estos planos puede conocerse al hombre. En Tres novelas ejemplares y un pró-logo había Unamuno analizado y comentado con gustosa curiosidad el pensamiento del norteamericano Oliver Wendell Holmes sobre el distinto modo como puede llegarse a con-cebir un existir. Y nuevamente en esta pequeña y rara narración reflexiona sobre la realidad de la vida.

¿Quién fue el Don Sandalio verdadero? ¿Cómo era y cómo se aparecía ante los demás? Y así se pregunta el compa-ñero de juego de Don Sandalio, que es al propio tiempo el autor del relato: "Pero ¿es que cuando así me crucé, o se me figura ahora que me crucé, con aquella sombra huma-na, de espejo empañado, que hoy, a la distancia en el pa-sado, se me hace misteriosa, iba yo despierto, o dormido? ¿O es que ahora se me presentan como recuerdos de cosas pasadas - yo creo, ya lo sabes, y vaya de paradoja, que

hay recuerdos de cosas futuras, como hay esperanzas en cosas pasadas, y esto es la añoranza figuraciones que acabo de hacerme? Porque he de confesarte, Felipe mío, que cada día me forjo nuevos recuerdos, estoy inventando lo que me pasó y lo que pasó por delante de mí. Y te aseguro que no creo que nadie pueda estar seguro de qué es lo que le ocurrió y qué es lo que está de continuo inventando que le había ocurrido. Y ahora yo, sobre la muerte de Don Sandalio, me temo que estoy formando otro Don Sandalio" (35). El cronista guarda celosamente en sus cartas confidenciales la personalidad que ante él tuvo un hombre a cuya alma no osó asomarse, y que al parecer vivió metido en sí mismo y aislado de los demás. (36)

3.- El mito del sueño en la novela.- La precariedad que el existir humano tiene, sujeto como está a un fin incierto en el tiempo, gustó de representarla Unamuno con la metáfora del sueño, de honda raigambre en la poesía universal. Pero en último término este constante buscar lo esencial de la vida en lo inconsciente del sueño, es más que una metáfora literaria. Corresponde a ese concepto de falta de verdadera realidad de la vida humana. "Gritos de las entrañas del alma ha arrancado a los poetas de los tiempos todos esta tremenda visión del fluir de las olas de la vida, desde "el sueño de una sombra" de Píndaro,

hasta el "la vida es un sueño" de Calderón y "el estamos hechos de la madera de los sueños" de Shakespeare, sentencia esta última aún más trágica que la del castellano, pues mientras en aquélla sólo se declara sueño a nuestra vida, mas no a nosotros los soñadores de ella, el inglés nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña" (37)

Y en el ensayo de Unamuno el sueño llega hasta Dios mismo y se pregunta si somos sueños de Dios, del mismo modo que sus personajes han sido por él soñados.

Sueño, vivir; sueño el morir; sueño la inmortalidad; soñamos a Dios y El a su vez nos sueña ¿Qué mejor forma de expresar esa duda vital que acompañó a Unamuno y fue base de su agonía?

Veamos como usa el mito del sueño en su novela.

En Paz en la guerra, el relato que más alejado está de su posición agónica posterior, escribió ya Unamuno: "Habíasele quebrantado el corazón, había muerto el mundo para ella, y con él se le desvanecieron de la pobre cabeza, tan martillada, los temores y ansiedades, fantasmas que turbaron el agitado sueño de su vida, y así pudo descansar por fin en la eterna realidad del sueño inacabable." (38)

Aquí no sólo la vida es sueño, "agitado sueño", sino que también la muerte es sueño inacabable. ¿Será

continuación sin fin del de la vida? ¿Será sueño sin ensueños, dormir eterno, sin conciencia? En ambos sentidos lo emplea Unamuno, dentro de esa lucha entre esperanza y desesperanza, razón y sinrazón, que fue su vida misma.

Y Apolodoro, el genio frustrado, huye de la ciencia y de la pedagogía en el reposo y en el sueño. "Espera al sueño y es su más dulce vivir el de esperarlo. El sueño es la fuente de la salud, porque es vivir sin saberlo.....No sabe que vive el que duerme. En el sueño nadie le enseña nada ¡Pero no!, hasta el sueño, hasta el sueño le viene con ensueños, con pedagogía. ¿Dónde estará uno a salvo? ¿Dónde habrá un sueño sin ensueños e incabable? ¡Qué sueño el de la vida!.... Acuéstase todas las noches proponiéndose atrapar al sueño en el momento preciso en que le arranque de la vigilia, darse cuenta del misterioso tránsito; pero no hay medio, siempre el sueño llegándole cauteloso y por la espalda, sin meter ruido, le atrapa antes de que él pueda atraparle y sin darle tiempo a volverse para verle la cara. ¿Sucederá lo mismo con la muerte? - piensa - y pónese a imaginar que será eso de la muerte". (39) Nuevamente el sueño puede ser de muerte o de vida, además de su sentido directo de dormir. El de Apolodoro fue más bien pesadilla, cargado de ciencia, de pedagogía, y el despertar la muerte voluntaria.

Y la vida, con mayor razón, es sueño en Don Quijote, pues que vive el mundo individual y personalísimo

de su locura. "La vida es sueño, de cierto, pero dinos, desventurado Don Quijote, tú que despertaste del sueño de tu locura para morir abominando de ella, dinos, ¿no es sueño también la muerte? ¡Ah, y si fuera sueño eterno y sueño sin ensueños ni despertar, entonces, querido Caballero, ¿en qué más valía la cordura de tu muerte que la locura de tu vida? Si es la muerte sueño, locura y sólo honda locura fue tu anhelo de inmortalidad." (40)

Bueno es que la vida sea sueño, pues que la inmortalidad deseada sólo como íntimo deseo irracional, como necesidad vital, es concebida por nuestro autor, pero que la muerte sea sueño también, que sea un dormir eterno y sin conciencia, es inaceptable para Unamuno. ¿Qué valor tiene entonces la vida heroica? ¿Para qué la bondad y el bien y el amor? Si Don Quijote murió, ¿qué sentido puede dársele a su noble existir? Si la bondad no merece eternizarse, ¿Cuál es el valor que alcanza lo transitorio en el tiempo y en el espacio? No es concebible para Miguel de Unamuno que el heroísmo que significa vivir en la sinrazón, llevado por el ansia de no morir y en dación de amor, no halle como premio la eternidad.

Y en esta angustiada recreación del Quijote plantea ya el problema - ampliamente desarrollado con posterioridad del sueño de Dios. "¡La vida es sueño! ¿Será acaso también sueño, Dios mío, este tu Universo de

que eres la Conciencia eterna e infinita?, ¿será un sueño tuyo?, ¿será que nos estás soñando?. ¿Seremos sueño, sueño tuyo, nosotros los soñadores de la vida? Y si así fuere, ¿qué será el Universo todo, qué será de nosotros, qué será de mí cuando Tú, Dios de mi vida, despiertes? ¡Suéñanos, Señor! Y, ¿no será tal vez que despiertas para los buenos cuando a la muerte despiertan ellos del sueño de la vida? ¿Podemos acaso nosotros, pobres sueños soñadores, soñar lo que sea la vida del hombre en tu eterna vela, Dios nuestro? ¿No será la bondad resplandor de la vigilia en las oscuridades del sueño?" (41) Y así podríamos multiplicar las citas en que vida y muerte, sueño y ensueño se entrelazan tratando de fundamentar ya la fe, ya la desesperanza del hombre que no quiso, y tal vez no pudo entender el existir humano en el tiempo, si no era la muerte el principio de la inmortalidad, y que, por otra parte temía que el sueño sin ensueños fuera una anticipación del fin de la vida en la muerte (42)

Augusto Pérez, el de Niebla, salió del sueño que envolvía su vida para morir. Toda su existencia se vio rodeada de espesa bruma, en sueño de ser, y despierta ante la certidumbre de su muerte. En esta novela Unamuno mismo sueña la historia del protagonista y cuando se aburre de su vida, lo mata. Ahí está - fuera de todo realismo literario - la tragedia del autor de la fábula, porque

él, como su Augusto, acabará de soñar su propia vida, o Dios dejará de soñarlo y morirá rebelándose contra su destino.

Augusto Pérez lucha por salir de la niebla que lo circunda. Duda de su realidad objetiva, y se afana por sentirse, por "serse", dirá Unamuno.

Va en busca del amor, no sólo para dar finalidad a una vida vacía, para compartir su soledad, si no también esperando encontrar en la pasión, vida; poder sufrir, dolerse, sentirse hombre. Mas el amor no logra arrancarlo de la irrealidad y después del desenlace de su historia amorosa, puede decir "Y esta mi vida, ¿es novela, es novela o qué es? Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean ¿es realidad o ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto El despierte, y por eso le rezamos y elevamos a El cánticos e himnos, para adormecerle, para acunar su sueño? ¿No es acaso la liturgia toda de todas las religiones un modo de brezar el sueño de Dios y que no despierte y deje de soñarnos?" (43)

El sueño de los personajes de Unamuno no es contrario a su agonía, sino parte de ella. No es sueño de paz, sino lucha, ansia de sentirse reales, de sobrevivir, de superar su propia indigencia. Es sueño con ensueños, al que el hombre - y el ente de ficción - pugnan

por vencer y despertar, para vivir de verdad.

En el sueño se confunden una vez más en Niebla los dos planos ontológicos - novela y vida real, hombre y personaje - pues que ambos carecen en último término de auténtica realidad, al ser finitos.

"No se sueña dos veces el mismo sueño - dice Augusto a su creador - Ese que usted vuelva a soñar y crea soy yo, será otro. Y ahora, ahora que está usted dormido y soñando y que reconoce usted estarlo y que yo soy un sueño y reconozco serlo, ahora vuelvo a decirle a usted lo que tanto le excitó cuando la otra vez se lo dije: mire usted, mi querido Don Miguel, no vaya a ser que sea usted el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo ni muerto.....; no vaya a ser que no pase usted de un pretexto para que mi historia, y otras historias como la mía, corran por el mundo. Y luego, cuando usted se muera del todo, llevemos su alma nosotros. No, no se altere usted, que aunque dormido y soñando aún vivo. ¡Y ahora, adiós!" (44)

Y una vez más también, surge la esperanza de inmortalidad con la aparición del personaje, ya que dice seguir viviendo, después de la muerte corporal, su vivir de sueño.

Asímismo la tía Tula sueña al final de sus días y contempla todo su existir pasado envuelto en niebla. ¿Qué realidad tiene la propia vida pasada, sino el recuer

do de lo que fue y con frecuencia de lo definitivamente perdido? (45)

Don Manuel Bueno evoca los versos en que Calderón expuso la fugacidad y aún lo irreal de la vida, vida de penar, aunque en el personaje unamuniano sea mayor la tragedia que en el del dramaturgo, pues que éste afirmó con robusta fe la certeza de un vivir eterno. (46)

Lógico es, dado el tema de la novela, que también en la de Don Sandalio, aparezca el símil. Efectivamente la historia del protagonista nos la cuenta un tercero, pero relata la que él ha creado dentro de sí. Es la personalidad vista desde fuera, sin más fundamento para su integración en "otro" que el contemplar varias veces a un hombre silencioso jugando ajedrez, y a partir de ese hecho trivial soñar su esencia, sin ocuparse de averiguar, ni de labios del propio Don Sandalio, ni de cualquiera otro, cual era esa realidad.

Unamuno gustó de diferenciar los diversos modos de ver a la persona, y así distinguió entre el que se es para uno mismo, el que queremos o soñamos ser, el que somos frente a "otro" y a los demás - nueva forma de sueño - y el que ve Dios, que es el auténtico.

Don Sandalio está soñado desde fuera. Su creador dijo al respecto: "Recuerda lo que tantas veces hemos comentado de Pindaro, el que dijo lo de: "¡hazte el que eres!" pero dijo también - y en relación con ello -

lo de que el hombre es "sueño de una sombra". Pues bien: los socios del Casino no son dueños de sombras, sino que son sombras de sueño, que no es lo mismo. Y si Don Sandalio me atrajo allí fue porque le sentí soñar, soñaba el ajedrez, mientras que los otros.... Los otros son sombras de sueños míos". (47) Y su Don Sandalio es el sueño de una sombra, pues que su personalidad se desdibuja en penumbra apareciendo sólo como "sueño" de "otro".

4.- El hombre de carne y hueso.- La actitud de Unamuno frente al hombre es de conmiseración. Pobre hombre que nace para morir y adquiere conciencia de esa finitud cierta. Pobre hombre que ansía vivir y por su razón sabe de cierto que morirá. Pobre hombre, que con su inteligencia ha ido arrancando los misterios del mundo exterior y no ha podido penetrar en el significado último de su propio destino.

Los personajes de ficción serán en Unamuno seres precarios, sueños y en último término, pobres hombres en lucha por ser de verdad, por no morir.

Pobre, en verdad, Avito Carrascal, todo razón, enfrentándose a la vida con la actitud estúpida que su autor le atribuye. Pobre, porque con su razón y su ciencia camina no sólo a su fracaso como pedagogo, sino también como hombre. Pobre, porque no logra crear al genio y sí conducir a su hijo al suicidio. Enorme fracaso el de Don Avito que quiso eliminar de la vida, sin lograrlo, el senti-

miento del amor, Dios y todo cuanto no fuera estrictamente racional.

Pobre también Augusto Pérez luchando dentro de sí por sentirse hombre real, verdadero, por dar finalidad a su vida y salir de la niebla espesa que lo envolvía. La actitud del autor frente a este personaje es siempre de conmiseración. No hay que olvidar que es precisamente en Niebla donde Unamuno toma sin ambages el papel de Dios de sus seres fabulados y frente a ellos, en un plano ontológico superior, se acentúa el sentimiento de lástima ante las vidas fingidas en lucha por ser. (48)

¿Y qué decir de Joaquín Monegro, el odiador, si no que fue un pobre hombre que no pudo amar? El autor se duele del abismo de odio que constituye el ser mismo de su Caín, y éste se debate entre el apego al odio, que es su esencia, y el ansia de liberarse de su enajenación.

Pobre su Alejandro Gómez, nada menos que todo un hombre, ni nada más. De poco le valió su voluntad de ser, de hacerse y realizarse en su mundo. Al fin el mundo, contra el que con férrea voluntad luchó, lo derrota arrebatándole el amor y la vida.

Pobre tía Tula que no se atrevió a manchar su pureza de vírgen y así, sin dar frutos, muere en ella prisionero su amor de mujer. Gertrudis, todo un carácter femenino, frustra su más escondido anhelo, y en medio de sus arranques de voluntad y firmeza va muriendo la que quiso ser.

Pobre Don Manuel Bueno con su incredulidad a cuestas. Pobre sacerdote sin esperanza de vida eterna recitando el Credo de la misa católica, sin creer en la vida perdurable y en la resurrección de la carne.

Mas en medio de esa precariedad de sus propias vidas, los hombres soñados luchan por vencer, luchan constantemente por realizarse, por ser, por hallar significado y finalidad a sus días y en última instancia por sobrevivir. Y así hacen realidad la doctrina de Unamuno de que la vida humana es guerra y lucha entre los múltiples contrarios que encierra.

El hombre que surge en las páginas de las novelas de Unamuno es el íntimo, la persona, y si ésta se mueve dentro de una circunstancia física y social es sólo para realizarse, para que su vivir sea verdadero. Ciertamente es, como se ha señalado en páginas anteriores, que puede apreciarse una evolución dentro de la técnica novelesca unamuniana al respecto. Niebla marca la cúspide de su afán por hallar el "yo" de Augusto Pérez, y el marco ambiental en que éste se mueve es apenas el indispensable para poder narrarnos su historia íntima. Después en Abel Sánchez, y sobre todo en La tía Tula, los hombres que surgen alrededor de los protagonistas, van adquiriendo vida. Pero es en San Manuel Bueno, Mártir, donde a la circunstancia humana que rodea al personaje central se le otorga todo su valor, sin que esto signifique haber olvida

do que el hombre verdadero es el íntimo. En efecto, independientemente de esta evolución de la novela, lo más importante sigue siendo el ser individual, la persona. No se nos cuenta una historia humana con el propósito de narrarnos una serie de situaciones sociales, ni siquiera con el de exponernos diversos estados de ánimo de los hombres fingidos, sino, por el contrario, de lo que se trata de llegar al ser - no al estar - de esas personas. La técnica empleada da como resultado que los hombres que viven en las novelas de Unamuno lo sean de verdad; pero también es cierto que si se nos descubren hombres auténticos quedan veladas partes indudablemente veraces sus existencias. De ahí el raro efecto que produce una primera lectura de cualquier novela unamuniana - excepción hecha de Paz en la guerra - Es la impresión de desasosiego que causa ver al hombre desde dentro, desnuda su alma, y en tinieblas el resto de su ser y de la vida.

Los hombres que viven en la novela van descubriéndose a sí mismos, adentrándose en su verdad y dilucidando la esencia íntima de su ser humano. Don Quijote, enajenado de su razón, puede exclamar - "Yo sé quien soy" - porque su heroísmo - dice el comentarista - "le hace conocerse a sí propio". "Puede el héroe decir: "yo sé quien soy", y en eso estriba su fuerza y su desgracia a la vez. Su fuerza, porque como sabe quien es, no tiene por qué temer a nadie, sino a Dios, que le hizo ser quien es; y su desgracia porque

sólo él sabe, aquí en la tierra, quién es él, y como los demás no lo saben, cuanto él haga o diga se les aparecerá hecho o dicho por quien no se conoce, por un loco" (49)

Don Quijote sabe quien es y lo que quiere ser, (50) y ese querer ser es parte fundamental de la realidad íntima.

Así, para Unamuno, la verdad más profunda de la persona no puede compartirse, y el hombre - social por naturaleza - es íntimamente un solitario. Se hace en un medio humano, pero lo más profundo, el ser intransferible y uno de todo hombre, de cada hombre, constituye su radical soledad.

Mas ese hombre, en último término único y solo, vive y se realiza en un existir de relación y no exclusivamente con sus contemporáneos, también vive con los hombres que fueron y él mismo renacerá en los futuros. (51)

En el existir social, en trato más o menos íntimo con los demás, es modelo de acción Cristo que es Amor Supremo, bondad y perdón. Y a su semejanza actúa y vive Don Quijote, lleno de espíritu cristiano, hacia los hombres buenos o perversos que encuentra en su azarosa vida. "¡Oh, mi señor Don Quijote, - exclama Unamuno - y cuándo llegaremos a ver en cada galeote, ante todo y sobre todo, un menesteroso, poniendo los ojos en la pena de su maldad y no en otra alguna cosa! Hasta que a la vista del más horrendo crimen no sea la exclamación que nos brote! ipo-

bre hermano! por el criminal, es que el cristianismo no nos ha calado más adentro que el pellejo del alma." (52)

Los personajes de Unamuno afirman su personalidad irreductible frente a los demás. "Yo soy yo" "Sí, iyo soy yo! iyo soy yo!" (53) oímos exclamar a su mínimo Augusto Pérez. De ahí ese distinguir "yo" de "otro". Ya en Del sentimiento trágico de la vida, había dicho su autor que no se imaginaba que nadie quisiera ser otro, pues que ello significaba dejar de ser uno mismo (54) y en el mismo sentido se expresan sus entes fingidos. (55)

¿Quiénes son los otros? ¿Cómo saber de ellos? ¿Los conocemos acaso? La vía más apta para adentrarse en los demás es el amor. Sólo con amor y por amor puede llegar a compartirse la vida hasta cierto punto irreductiblemente personal - con los "otros" yo. (56)

Unamuno rechaza la definición del hombre como un animal racional, y agrega "No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales la diferencia sea más el sentimiento que la razón" (57) Porque el hombre tiene razón, pero también espíritu, sentimientos, pasiones, a veces, para nuestro autor, irracionales y contrarracionales. (58) La misma ansia de ser por siempre la fundamentó Unamuno fuera de su razón humana, y este es el móvil íntimo de su irracionalismo. De aquí que le atrajera sobre manera el caballero de la sinrazón. Al resoñar su historia escri-

bió: "Estos hombres tan razonables no suelen tener sino razón; piensan con la cabeza tan sólo, cuando se debe pensar con todo el cuerpo y con toda el alma" (59)

Y por ello fue Don Quijote modelo de acción para Unamuno, hombre que "como hablar, hablaba conforme a sus lecturas y al saber del siglo que tuvo la fortuna de albergarle; pero como obrar, obraba conforme a su corazón y al saber eterno" (60) Porque una cosa es saber, conocer, y otra poseer sabiduría; esta última sólo la vida puede darla.

De hombres individuales, personales, trata la novela de Unamuno y de este modo huye de las abstracciones, ideas, que nada, cuando al hombre se refiere, le decían. Pone en pie y viven en las trágicas narraciones que son las novelas unamunianas hombres concretos, parciales, pero personas.

El mundo se hace para el hombre, para cada hombre, pues "el hombre es un fin, no un medio". La civilización toda se endereza al hombre, a cada hombre, a cada yo" (61) Así la realidad alumbrada con profusa luz en la novela es la del protagonista, la del hombre soñado desde su intimidad intransferible y personal.

5.- Amor, dolor, odio. - El amor aparece en la obra de Unamuno, como un sentimiento luminoso, medio sin par de compartir en el más alto grado posible la propia individualidad personal. "Es el amor el consuelo en el

desconsuelo, es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana." (62)

Distingue en Del sentimiento trágico de la vida entre amor físico y amor espiritual.

"El amor sexual - dice - es el tipo generador de todo otro amor. En el amor y por él buscamos, perpetuarnos y sólo nos perpetuamos sobre la tierra a condición de morir, de entregar a otro nuestra vida" (63)

"Gracias al amor sentimos todo lo que la carne tiene en espíritu." (64)

Unamuno vio en este amor el origen de la inmortalidad de la carne, y aunque no fue ésta la más íntimamente deseada, a ella pudo llegar su razón, pues evidente resulta que los hijos son, parcialmente, nuestra continuidad en la vida temporal. De ahí la importancia que en su obra dio a los temas de la paternidad y de la maternidad, sobre todo a este último. (65)

Por ello - pese a la actitud siempre casta de Unamuno - el amor sexual aparece, no sólo vivido en la novela, sino también expuesto en el ensayo, lejos de toda pornografía (66) o deleite erótico. Más que un goce, es una manifestación del ansia de inmortalidad que según su pensar y sentir constituye la esencia misma del ser del hombre.

El racionalista que a su pesar llevaba dentro de sí Unamuno, en perpetua lucha con el ideal, escribió:

"Y todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que se era, un partirse, una muerte parcial.....Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital.....En su fondo el deleite amoroso sexual, el espasmo genésico, es una sensación de resurrección, de resucitar en otro, porque sólo en otros podemos resucitar, para perpetuarnos." (67) La razón comprendió que esa era la inmortalidad de la carne, pero el espíritu de nuestro autor deseó además la suya propia, según el pensar católico. Entre sus dudas y contradicciones esperó "la resurrección de la carne y la vida perdurable" con su mismo cuerpo y su misma alma, y con conciencia de esa continuidad.

Es, pues, este amor sexual medio para perpetuar la especie humana sobre la tierra y en esta vida de muerte. De ahí la importancia que adquiere en la obra de Unamuno aunque siempre aparezca limitado a esta su función inmortalizadora, y como fuente y principio de todo amor. "Porque de este amor carnal y primitivo....., - escribió - de este amor con todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso." (68)

Y si al tratar este tema puede hallarse en las páginas de Unamuno alguna crudeza, no es jamás con un sentido gozoso. No hay deleite en el placer, por el placer

mismo. Si la atracción y el amor sexual tienen cabida en su novela, es siempre en función de la inmortalidad que se busca al engendrar. Especialmente aparece vivo en la mujer, como consecuencia de su deseo de ser madre.

En amor físico, - aunque no haya sido éste el propósito del pedagogo - cae don Avito Carrascal, y crea al futuro genio con menos ciencia que amor (69) Y amor físico - ansia de ser - siente Apolodoro antes de dimitir la vida. Amor sin ciencia, contra la ciencia, en la que se vió envuelto desde antes de nacer. ¿Podía acaso de un padre como Don Avito el pobre Apolodoro devenir genio? ¿Cómo, si la estupidez racional había ahogado al amor? "El genio nace y no se hace, y nace de un abrazo más íntimo, más amoroso, más hondo que los demás, nace de un puro momento de amor, de amor puro, estoy de ello cierto; nace de un impulso, el más inconsciente. Al engendrar al genio pierden conciencia sus padres; sólo los que la pierden al amarse, los que como en sueño se aman, sin sombra de vigilia engendran genios..... Al engendrar al genio deben de caer sus padres en inconsciencia; el que sabe lo que hace cuando hace un hijo, no le hará genio. ¿En qué estaría pensando mi padre cuando me engendró? En la carioquinesis o cosa así, de seguro; en la pedagogía, sí, en la pedagogía; me lo dice la conciencia: Y así he salido" (70) reflexiona en sus últimos momentos el frustrado genio, sin valor para enfrentarse a la vida,

al amor y al dolor.

Conato de amor físico sintió levemente Augusto Pérez, el hombre menos hombre soñado por Unamuno, mientras deseaba sentirse hombre verdadero acariciando a Rsario. Pero fue sólo un sueño que no logró revelar el ser real que ansiosamente buscaba. Augusto no despertó al amor y siguió soñándose hasta saber la certeza de su muerte, y frente a ella, aparece el dolor de no ser y nace el hombre completo, para demostrarnos así su autor que la pasión más fuerte, la más honda, es la de no morir.

Amor físico sintió Ramiro por su mujer Rosa - aunque después se le fue convirtiendo en espiritual al sentirse uno con ella - (71) y por instinto pecó con Manuela, la pobre criada huérfana.

Y por no manchar su pureza, por miedo al hombre, por temor al amor sexual, frustró su vida de mujer la tía Tula.

De la muerte del amor de los sentidos y del dolor (72) nace el amor espiritual, el que une con lazos más duraderos los seres. Sólo por este amor es posible la máxima unión de dos personas, vivir para otro y en otro, enajenarse y olvidar el egoísmo propio. Por ello el amor es fuente de toda generosidad y altruismo, él nos lleva a amar al prójimo y a Dios (73). Amar, en su pleno sentido, es compartir el dolor ajeno haciéndolo propio, compadecer.

Es dolor y compasión ante la miseria humana. (74)

Amor hallamos en la novela de Unamuno, aunque resulta indudable que no es un arte de amar.

El sentimiento generalmente no aparece como estado de ánimo, sino como algo más profundo anidado en el fondo del ser, de aquellos seres personales que viven impulsados por el ansia de realizarse fuera de sí, dándose en amor.

Máximos exponentes de él son en la obra de Unamuno *Don Quijote y San Manuel Bueno, Mártir*. Uno y otro viven el amor, mas no están enamorados. Su ser mismo, su esencia, está rebotante de generosidad, de bondad, de compasión hacia los hombres.

Don Quijote ama, con amor acabado y perfecto, a la mujer ideal, a la soñada Dulcinea del Toboso, a la que contempló desde lejos largos años sin hablarle siquiera, y a la que, en el mundo de su locura, ha transfigurado. Es la mujer impulso de acción heroica en el caballero andante, y es también la gloria. Por ella, para ella, Don Quijote sufre sinsabores y derrotas. En su honor realiza sus heroicas hazañas. Amor lleno de castidad, de desinterés, de nobleza es el que tributó el caballero de la fe a la dama de sus pensamientos. No pudo en Aldonza engendrar hijos de la carne, pero en Dulcinea, buscó la eternidad de los hijos del espíritu. (75)

El hidalgo castellano, vivió, sufrió y luchó,

en obsequio de una mujer, mujer que representa el ideal, el amor, la humanidad, la inmortalidad, Dulcinea es la compañera ansiada del pobre de Alonso Quijano, el sueño irreal del caballero de la sinrazón, la finalidad de su conducta heroica - pues que toda grandeza de acción debe ser llevada a cabo en favor de un objetivo humano - y el fin último de su vida. Por Dulcinea quiere no morir y que su historia atravesase los siglos, recreada por los hombres todos que a sus páginas se asomen en busca de un acabado ejemplo de obrar.

Unamuno muestra una vez más su humanismo al estimar y valorar la acción de Don Quijote, dirigida a alguien. Busca, es cierto, el caballero andante perdurar en la memoria de las gentes y por ende, no morir. Mas su hacer fatigoso y heroico, sus dolorosos ridículos frente al hombre todo razón, son ofrendados una y otra vez a la mujer que dentro de él vive y lo impulsa a seguir su camino en lucha por el ideal inalcanzable.

Don Quijote amó no sólo a su Dulcinea, sino al hombre. Su vida y su obrar van impulsados por su generosidad con los demás. Su ser mismo es amor. Lo que importa en último término es la pureza de las intenciones, - el querer hacer el bien, la voluntad de enderezar entuertos, dar libertad a los oprimidos, devolver la alegría al que sufre, proteger al débil, ayudar al menesteroso, - independientemente de los resultados que se alcancen.

Don Quijote, a pesar de sus fracasos, por ellos sobre todo, es un hombre bueno. (76)

Sólo por los caminos del bien puede concebirse la inmortalidad, pues una vida de bondad merece el premio de ser por siempre. "El valor infinito de las buenas obras estriba en que no tienen pago adecuado en la vida, y así rebosan de ella. La vida es un bien muy pobre para los bienes que en ella cabe ejercer." (77)

La vida de Don Quijote fue siempre para Unamuno ejemplo de humano obrar. En su comentario, lleno de pasión, que escribió en 1905, está cumplidamente expuesto mucho de lo que después, en 1913, sobre la inmortalidad y el bien, habría de decir en Del sentimiento trágico de la vida.

Mas no es sólo Don Quijote el hombre acabado entre los que soñó Unamuno. A su lado, muy cercano a su bondad - que no a su fe - hallamos al protagonista de San Manuel Bueno, Mártir, obra concebida en sus años de vejez.

El personaje central de la historia, Don Manuel Bueno, es ante todo un hombre que vive lleno de amor hacia los demás. No siente amor, no se enamora y, como el que inflamó a Don Quijote, es el suyo casto y se dirige a los hombres todos, sin esperar nada a cambio.

Don Manuel vive y muere entre su gente, para ella. Sus días transcurren en el mundo donde busca sumer

girse en pos de vida. Quiso a todos, pero especialmente a los desventurados, y gozó en calmar dolores. Su misión más alta fue mitigar en los demás la suprema agonía de morir, dando una fe que no poseía, hablando de una inmortalidad en la que no podía creer.

Don Manuel es amor y caridad cristianas, más también un hombre que, a imagen de su autor, vive en íntima soledad de angustia por su falta de fe. Las razones de muerte que acongojaron el alma del sacerdote no son otras que las que sintió en su carne y en su alma Don Miguel de Unamuno, quien en esta breve novela nos legó el testimonio vivo de su sentimiento trágico de la vida.

Junto al amor acabado de Don Manuel Bueno y del hidalgo manchego, aparece reiteradamente en la novela del escritor vasco, el cotidiano, que nace y se nutre en la costumbre. Con agrado, hasta con deleite, hallamos creado este sentimiento en las vidas soñadas de sus personajes. Seguramente el autor en su larga vida de matrimonio gustó, como un remanso de su vivir más íntimo, de la ternura de un cariño semejante.

Amor cotidiano envolvió la vida de Pedro Antonio y Josefa Ignacia, de Rafaela y Enrique, de Don Juan Arana y Doña Micaela, (78) - personajes de Paz en la guerra -. Amor hecho, nacido y criado en la costumbre de vidas sencillas, tranquilas, monótonas.

Recuerdo de este cariño aparece en una de las historias de Niebla, vivida por Víctor Goti, personaje portavoz del propio Unamuno, y de él se nutre el alma de Auito Carrascal que aparece brevemente en esta novela, curado ya de su científicismo, por el dolor de la muerte del hijo.

También amor cotidiano hay en La tía Tula. Lo viven Ramiro y Rosa, cuando el amor físico que los llevó al matrimonio había muerto. Entonces, une a ambos un cariño más profundo, más tierno, tanto, que logran sentirse uno. (79) Sentimiento inefable que rompe la muerte.

Y sin reconocerlo, sin poder encontrar su verdadero sentido cotidiano, callado y modesto en la forma, profundo y heroico en el fondo, frustran sus vidas los amantes en Una historia de amor.

Pero el amor salvador, el más hondo y entero, nace del dolor y es trágico. En Del sentimiento trágico de la vida (80) escribió Unamuno estas palabras: "los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor" (81) y por el dolor llega el hombre a sentirse a sí mismo, a tocar el fondo de su alma, a ser más hombre y mejor. Augusto Pérez sale de la niebla de su existir soñado por el dolor; y él, que no sabía si su vida era realidad o ficción, siente su verdad cuando el sufrimiento lo hace llorar.

Mas no es sólo Augusto. El dolor hiere a todos

los personajes en las novelas de Unamuno y por él conocen lo más profundo de sus seres. Dolor sintió Don Quijote al despertar, para morir Alonso Quijano; San Manuel acongojóse en su incredulidad; Joaquín Monegro en el abismo del odio, enajenado por el deseo de ser otro, de poseer a Abel; la tía Tula, por no haber realizado su ser de mujer; Avito Carrascal deja de ser una idea y alcanza categoría humana, gracias al dolor que le causa la muerte de su frustrado "genio"; Alejandro Gómez sucumbe pese a su voluntad de ser, cuando irremisiblemente pierde a su mujer.

En el dolor vive el hombre, y los soñados por Unamuno sienten, como parte de su realidad, la congoja de sus existires. Plenamente iluminado, profusamente creado está el dolor en ellos. Pero es preciso señalar que la indudable autenticidad de esas vidas es parcial, porque tan verdadero como el dolor es la alegría. Y sin embargo, en toda la novela de Unamuno no hallamos una página en que esté presente el goce de vivir, ni una sola. Es siempre la amargura, la desesperanza, la tragedia, el dolor, pocas veces la resignación, lo que en última instancia se nos da como esencia del vivir humano. Parece incomprendible la total parcialidad del autor, sobre todo si contemplamos su existir temporal, en el que no sólo no hallamos motivado su pesimismo constante, sino razones suficientes para que, por lo menos, junto a él, hubiera sur

gido de vez en cuando, como en la vida, la alegría por los momentos de dicha, de paz, de esperanza que nos brinda. Y es que por el dolor llegó Unamuno a sentirse, a "serse" y aun por la congoja de no morir se acercó a Dios. En el dolor, por él, encontró la realidad de la vida humana. Frente a Descartes que dedujo su existir de su pensar, Unamuno cae en la cuenta de que "es" porque sufre y se acongoja, y a sus entrañas, una y otra vez, hiere el dolor.

Del dolor surge el amor y la congoja. "La congoja es algo mucho más hondo, más íntimo y más espiritual que el dolor. Suele uno sentirse acongojado hasta en medio de eso que llamamos felicidad y por la felicidad misma, a la que no se resigna y ante la cual tiembla. Los hombres felices que se resignan a su aparente dicha pasajera, creeríase que son hombres sin sustancia, o por lo menos, que no la han descubierto en sí, que no se la han tocado. Tales hombres suelen ser impotentes para amar y para ser amados, y viven en el fondo, sin pena ni gloria" (82)

Y sin embargo, cuántos hombres cuya vida se nos antoja dolorosa han cantado la alegría de vivir. ¡Cómo no recordar, entre otros, la que nos legó Beethoven, el solitario, en la novena de sus sinfonías, señaladamente!

Pese a este amor, siempre doloroso en Unamuno,

gracias a él encontramos el ideal de Don Quijote y la caridad de Don Manuel Bueno; amargos pero luminosos hombres dentro de su mundo imaginario.

Junto a estas obras en que el amor surge en el fondo de los protagonistas, dándoles el ser, aparece Abel Sánchez en el que es el odio la esencia misma de la personalidad de Joaquín Monegro. El drama bíblico conmovió la sensibilidad creadora de Unamuno, quien nos da en esta novela un profundo estudio del alma del odiador. (83) Años más tarde, vuelve a tratar el tema en su drama El otro, donde en abrazo de fraterno odio, se confunden, "uno" y el "otro", los hermanos gemelos.

En Joaquín Monegro aparece la envidia hacia su amigo de la infancia - Abel Sánchez - a raíz del matrimonio de éste con Helena, la mujer elegida por Caín. Pero la pasión de la historia no es el amor frustrado, sino el odio que este hecho hace nacer en el corazón del des-
deñado. Y así, después de la desesperación y los celos, reacción primera de Joaquín al verse despreciado, confie-
sa que: "...volvime la reflexión, comprendí que no te-
nía derecho alguno a Helena, pero empecé a odiar a Abel con toda mi alma y a proponerme a la vez ocultar ese odio, abonarlo, criarlo, cuidarlo en lo recóndito de las entra-
ñas de mi alma ¿Odio? Aún no quería darle ese nombre, ni quería reconocer que nací predestinado, con su masa y con su semilla. Aquella noche nací al infierno de mi vida" (84)

Ya todo el acaecer en la existencia de este nuevo Caín va a originarse a impulso de su odio. Se casa, para mostrar a Abel y a Helena que hay una mujer buena que lo quiere; para como ellos, tener hijos, y sobre todo, para buscar en el amor antídoto a su odio. Pero en vano, Joaquín a pesar de la bondad de su esposa, no logra amarla (85) Su alma toda rebosa envidia y nada, ni nadie puede curarle el mal que día a día va creciendo. Y así, impulsado por su pasión, obtiene el cariño y el respeto del hijo de sus aborrecidos amigos, y lo casa con su hija, tratando de ocupar en el alma del joven el lugar de sus padres.

Pero no le basta, ansía ser envidiado por Abel, le hiere la indiferencia y aun el afecto que éste le manifiesta, y a Dios pide que encienda el odio hacia él en su amigo.

"¡Ah, si me envidiase...si me envidiase!..." Y a esta idea, que como fulgor lívido cruzó por las tinieblas de su espíritu de amargura, sintió como un gozo de derretimiento, un gozo que le hizo temblar hasta los tuécanos del alma, escalofriados ¡Ser envidiado!...¡Ser envidiado!" (86) Y descubre en la profundidad del odio que la razón última de su ser es la falta de amor por él mismo y en consecuencia, por los demás. No puede quererse, ni querer a nadie, ni a los más cercanos, menos todavía al prójimo y a Dios. Joaquín Monegro vivió de su odio y para él,

y los triunfos que logró en su vida, no fueron tales, porque no le fue dado gozarlos.

Joaquín es un enajenado, vive en el "otro"; el envidiado es su dueño, lo necesita para alimentar su ser de odio. Y cuando lo mata, el fin de Caín no se hace esperar. ¿Cómo vivir ya sin objeto, si todo él estaba sumergido en la envidia, en el ser ajeno?

Así, pone en pie Unamuno un hombre auténtico y en su vivir de agonía concibe la existencia del infierno, como eternización de odio.

Junto a la envidia aparece el pecado de la avaricia. El avaro, sobre todo el de amor, tipifica la cumbre del egoísmo, la ausencia de generosidad. Es el que no da, y no vive, en función de íntima economía. Su castigo tiene que ser la soledad en máximo grado.

Entre los agonistas de Unamuno, avaro de lo suyo fue Emeterio Alonso el protagonista de Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida "Sombra errante y ahorrativa, como un hongo, sin porvenir y ya casi sin pasado" (87), que se consumió en sí, por temor a ofrendar lo propio; que huyó del amor que es íntima entrega y por ahorrar la vida, no gustó su sabor. Criado en principio de economía personal, por miedo a enajenarse, a vivir en otro, para otro, le llegó la soledad y el hastío.

Ahorró este avaro su cuerpo y su alma para caer en el vacío de una vida sin sentido y sin inmortalidad,

pues que nada de sí mismo dejó, ni hijos, ni obra, ni fa
ma, ya que todo lo quiso guardar, sin comprometerse fren
te a nadie.

Y así los personajes de las novelas de Unamuno
viven sus vidas fingidas revelando la realidad del hom-
bre, en lucha por ser, sufriendo en sus almas y en sus
cuerpos el dolor de este precario existir.

NOTAS DEL CAPITULO II

- 1.- Véase para estudiar este aspecto de la obra de Unamuno, el magnífico ensayo citado de Carlos Blanco.
- 2.- "¡Contradicción!, ¡Naturalmente! Como que sólo vi vimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción." Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 19.
- 3.- Correspondencia - Ensayos - Aguilar - Pág. 52.
- 4.- "Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 98.
- 5.- "¡Paz!, ipaz!, ipaz! Sí, sea, paz, pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, pero no una paz de compromiso, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión. Paz, sí, pero después que los cuadrilleros reconozcan a Don Quijote su derecho a afirmar que la bacía es yelmo, más aún: después que los cuadrilleros confiesen y afirmen que en manos de Don Quijote es yelmo la bacía. Y esos desdichados que gritan "ipaz!, ipaz!" se atreven a tomar en labios el nombre de Cristo. Y olvidan que el Cristo dijo que El no venía a traer paz, sino guerra, y que por El estarían divididos los de cada casa, los padres contra los hijos, los hermanos contra los hermanos. Y por El, por el Cristo, para establecer su reinado, el reinado social de Jesús - que es todo lo contrario de lo que llaman los jesuitas el reinado social de Jesucristo - el reinado de la sinceridad y de la verdad y del amor y de la paz verdaderas; para establecer el reinado de Jesús tiene que haber guerra". Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 135.
- 6.- "Mi cuerpo vive gracias a luchar momento a momento contra la muerte, y vive mi alma porque lucha también contra la muerte momento a momento. Y así vamos a la toma de una nueva afirmación sobre los escombros de la que nos desmoronó la lógica, y se van amontonando los escombros de todas ellas, y un día, vencedores, sobre la pingorota de este inmenso montón de afirmaciones desmoronadas, proclamaban los nietos de nues-

tros nietos la afirmación última y crearán así la in mortalidad del hombre." Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 155.

- 7.- "Lo que fue y ya no es, no es más que lo que no es, pero será algún día; el pasado no existe más que el porvenir ni obra más que él sobre el presente." Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 121.
- 8.- "Y he de añadir aquí que muchas veces tenemos a un escritor por persona real y verdadera e histórica por verle de carne y hueso y a los sujetos que finge en sus ficciones no más sino por de pura fantasía, y sucede al revés, y es que estos sujetos lo son muy de veras y de toda realidad y se sirven de aquel otro que nos parece de carne y hueso para tomar ellos ser y figura ante los hombres. Y cuando despertemos todos del sueño de la vida, se han de ver a este respecto cosas muy peregrinas y se espantarán los sabios al ver qué es la verdad y qué es la mentira y cuán errados andábamos al pensar que esa quisicosa que llamamos lógica tenga valor alguno fuera de este miserable mundo en que nos tienen presos el tiempo y el espacio, tiranos del espíritu." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 296.
- 9.- "Que los que vivimos la sentencia calderoniana de que "la vida es sueño" sentimos también la shakesperiana de que estamos hechos de la estofa misma de los sueños, que somos un sueño de Dios y que nuestra historia es la que por nosotros Dios sueña. Nuestra historia y nuestra leyenda y nuestra épica y nuestra tragedia y nuestra comedia y nuestra novela, que en uno se funden y confunden los que respiran aire espiritual en nuestras obras de imaginación, y nosotros, que respiramos de Dios y no queremos pensar en que se despierte. Aunque, bien considerado, el despertarse es dejar de dormir, pero no de soñar, y de soñarse. Lo peor sería que Dios se durmiese a dormir sin soñar, a envolverse en la nada." San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 15.
- 10.- "Se trata de un libro - "Del sentimiento trágico de la vida -, aunque no enteramente de filosofía, no de metafísica. Pues que las intenciones y aún conceptos - vivenciales o vividos -, de metafísica sufrida y padecida, muy a la española, será mejor buscarlos en otros lugares de su obra, tal como en las novelas breves. Historia de Don Sandalio, Jugador de Ajedrez, increíble hazaña en que con nada o sin nada se da la pura, escueta existencia de un humano individuo,

"entre el ser y la nada". O en la no menos increíble novela Abel Sánchez, donde se abre el abismo de la metafísica y hasta ontológica pasión de la más metafísica de las pasiones, la envidia. En Niebla, y en todas las demás novelas o "nivolas", pues es la novela el lugar privilegiado de la metafísica de don Miguel de Unamuno, como el drama lo es de su Teología". Zambrano María - La Torre - La religión poética de Unamuno - Pág. 220.

11.- La agonía del cristianismo - Pág. 23.

12.- "Todo es verdad, en cuanto alimenta generosos anhelos y para obras fecundas; todo es mentira mientras ahogue los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Por sus frutos conoceréis a los hombres y a las cosas. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira lo que lleve a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón. Si mi fe me lleva a crear o aumentar vida, ¿para qué queréis más prueba de mi fe? Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas. Si caminando moribundo de sed ves una visión de eso que llamamos agua y te abalanzas a ella y bebes y aplacándote la sed te resucita, aquella visión lo era verdadera y el agua de verdad. Verdad es lo que moviéndonos a obrar de un modo o de otro haría que cubriese nuestro resultado a nuestro propósito". Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 119.

13.- Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas.

14.- García Bacca, Juan David - Op. Cit. - Pág. 102.

15.- "El dolor es la sustancia de la vida, porque no sólo nos hace vivir, sino que nos hace caer en cuenta de hasta qué grado y profundidad estamos viviendo. La esencia o sustancia íntima de vida consiste, sobre todo, en notar y sentir que se vive, y notarlo en su misma realidad realmente, y notarla a ella como resistiendo realmente a la muerte, a la nada, repugnando y pugnando o peleando por sí misma contra ella, afirmando en sí de esta manera su propia realidad". - García Bacca - Juan David - Op. Cit. - Pág. 147.

16.- "Empleará el método agónico, el tormento del potro: poner en violenta tensión todo el ser, aunque duela la razón." - García Bacca, Juan David - Op. Cit. Pág. 125.

- 17.- Mariñas, Julián - Op. Cit. - Pág. 97.
- 18.- "¡Mi Eugenia, sí, la mía - iba diciéndome -, ésta que me estoy forjando a solas, y no la otra, no la de carne y hueso, no la que vi cruzar por la puerta de mi casa, aparición fortuita. No la de la portera! ¿Aparición fortuita? ¿Y qué aparición no lo es? ¿Cuál es la lógica de las apariciones? La de la sucesión de estas figuras que forman las nubes de humo del cigarro. ¡El azar! El azar es el íntimo ritmo del mundo, el azar es el alma de la poesía. ¡Ah, mi azarosa Eugenia! Esta mi vida mansa, rutinaria, humilde, es una oda pindárica tejida con las mil pequeñeces de lo cotidiano. ¡Lo cotidiano! ¡El pan nuestro de cada día, dánosle hoy! Dame, Señor, las mil menudencias de cada día. Los hombres no sucumbimos a las grandes penas ni a las grandes alegrías, y es porque esas penas y esas alegrías vienen embozadas en una inmensa niebla de pequeños incidentes. Y la vida es esto, la niebla. La vida es una nebulosa. Ahora surge de ella Eugenia." - Niebla - Pág. 30.
- 19.- "Muchas veces se me ha ocurrido pensar, Orfeo, que yo no soy, e iba por la calle antojándoseme que los demás no me veían. Y otras veces he fantaseado que no me veían como me veía yo, y que mientras yo creía ir formalmente, con toda compostura, estaba, sin saberlo, haciendo el payaso, y los demás riéndose y burlándose de mí." - Niebla - Pág. 51.
- 20.- "Augusto Pérez nos conminó a todos, a todos los que fueron y son yo, a todos los que formamos el sueño de Dios, o mejor el sueño de su Verbo -, con que habremos de morir. Se me van muriendo en carne de espacio, pero no en carne de sueño, en carne de conciencia. Y por esto os digo, lectores de mi NIEBLA, soñadores de mi Augusto Pérez y su mundo, que esto es la niebla, esto es la nivola, esto es la leyenda, esto es la historia, la vida eterna." - Niebla - Pág. 24.
- 21.- Niebla - Pág. 171.
- 22.- Niebla - Pág. 173.
- 23.- "Bueno, cállate, basta - y cerraba él los ojos -, no digas nada, déjame hablar sólo, conmigo mismo. Así he vivido desde que se murió mi madre, conmigo mismo, nada más que conmigo, es decir, dormido. Y no he sabido lo que es dormir juntamente, dormir dos un mismo sueño." - Niebla - Pág. 74.

- 24.- "Ingenuamente, sencillamente no se daba cuenta de que existieran otros. Los demás éramos para él, a lo sumo, modelos para sus cuadros. No sabía ni odiar; tan lleno de sí vivía." Abel Sánchez - Pág. 30.
- 25.- Abel Sánchez - Pág. 31.
- 26.- La tía Tula - Pág. 17.
- 27.- Véase sobre este tema el Capítulo V.
- 28.- La tía Tula - Pág. 134.
- 29.- La tía Tula - Pág. 117.
- 30.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 33.
- 31.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 56.
- 32.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 58.
- 33.- "No he podido columbrar nada de su vida, ni en rigor me importa gran cosa. Prefiero imaginármela". La novela de Don Sandalio - Pág. 67.
- 34.- "Sí--le interrumpí vivamente--, pero a mi Don Sandalio, ¿lo entiende usted?, al mío, al que jugaba conmigo silenciosamente al ajedrez, y no al de usted, no a su suegro. Podrán interesarme los ajedrecistas silenciosos, pero los suegros no me interesan nada. Por lo que le ruego que no insista en colocarme la historia de su Don Sandalio, que la del mío me la sé yo mejor que usted". - La novela de Don Sandalio - Pág. 88.
- 35.- La novela de Don Sandalio - Pág. 90.
- 36.- "¡Le veo tan aislado en medio de los demás, tan metido en sí mismo! O mejor en su juego, que parece ser para él como una función sagrada, una especie de acto religioso. "Y cuando no juega, ¿qué hace?", me he preguntado. ¿Cuál es la profesión con que se gana la vida?, ¿tiene familia?, ¿quiere a alguien?, ¿guarda dolores y desengaños?, ¿lleva alguna tragedia en el alma?" La novela de Don Sandalio - Pág. 69.
- 37.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 40.
- 38.- Paz en la guerra - Pág. 152.
- 39.- Amor y Pedagogía - Pág. 82.

- 40.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 282.
- 41.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 293.
- 42.- "Sueño es éste súbito y momentáneo encendimiento de la sustancia tenebrosa, sueño es la vida, y apagado el pasajero fulgor desciende su reflejo a las honduras de las tinieblas y allí queda y persiste hasta que una suprema sacudida lo reenciende para siempre un día. Porque la muerte no triunfa de la vida con la muerte de ésta. Muerte y vida son mezquinos términos de que nos valemos en esta prisión del tiempo y del espacio; tienen ambas una raíz común y la raíz gambre de esta raíz arraiga en la eternidad de lo infinito: en Dios, Conciencia del Universo." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 297.
- "Si la vida es sueño, ¿por qué hemos de obstinarnos en negar que los sueños sean vida? Y todo cuanto es vida es verdad. Lo que llamamos realidad, ¿es algo más que una ilusión que nos lleva a obrar y produce obras? El efecto práctico es el único valedero de la verdad de una visión cualquiera". - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 179.
- "¿Dió su espíritu?" ¿Y a quién se lo dió? ¿Dónde está hoy?, ¿dónde sueña?, ¿dónde vive?, ¿cuál es el abismo de la cordura en que van a descansar las almas curadas del sueño de la vida, de la locura de no morir? ¡Oh Dios mío; Tú que diste vida y espíritu a Don Quijote en la vida y en el espíritu de su pueblo: Tú, que inspiraste a Cervantes esa epopeya profundamente cristiana; Tú, Dios de mi sueño, ¿dónde acoges los espíritus de los que atravesamos este sueño de la vida tocados de la locura de vivir por los siglos de los siglos venideros? Nos diste el ansia de renombre y fama, como sombra de tu gloria; pasará el mundo; ¿pasaremos con él también nosotros, Dios mío?" - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 292.
- "De sueños de ambición apacentó su ociosidad y su pobreza, y despegado del regalo de la vida, anheló inmortalidad no acabadera." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 26.
- 43.- Niebla - Pág. 101.
- 44.- Niebla - Pág. 182.
- 45.- "Y se sentía deshacer. Sufría frecuentes embaimientos, desmayos, y durante días enteros lo veía todo como en niebla, como si fuese bruma y humo todo. Y soñaba; soñaba como nunca había soñado." La tía Tula - Pág. 122.

- 46.- "--¿Cuál? -- me respondió --. Ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de la vida es sueño, ya dijo que "el delito mayor del hombre es haber nacido". Ese es, hija, nuestro pecado: el de haber nacido.
---¿Y se cura, padre?
---¡Vete y vuelve a rezar! Vuelve a rezar por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...Sí, al fin se cura el sueño..., al fin... se cura la vida..., al fin se acaba la cruz del nacimiento...Y como dijo Calderón, el hacer bien, y el engañar bien, ni aún en sueños se pierde..."
San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 51.
- 47.- La novela de Don Sandalio - Pág. 87.
- 48.- "¡Pobre amo! Dentro de poco le enterrarán en un sitio que para eso tienen destinado. ¡Los hombres guardan o almacenan sus muertos, sin dejar que perros o cuervos los devoren! Y que quede lo único que todo animal, empezando por el hombre, deja en el mundo: unos huesos. ¡Almacenan sus muertos! ¡Un animal que habla, que se viste y que almacena sus muertos! ¡Pobre hombre!" - Niebla - Pág. 185.
- 49.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 47.
- 50.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 48.
- 51.- La novela de Don Sandalio - Pág. 69.
- 52.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 115.
- 53.- Niebla - Pág. 110.
- 54.- "Eso es lo que yo no acabo nunca de comprender, que uno quiera ser otro cualquiera. Querer ser otro es querer dejar de ser uno el que es. Me explico que uno desee tener lo que otro tiene, sus riquezas o sus conocimientos; pero ser otro es cosa que no me explico." - Del sentimiento trágico de la vida - Ensayos - Tomo II - Pág. 736.
- 55.- "He ahí una cosa que no comprendo bien, amigo mío; no comprendo que nadie se disponga a dar la vida por poder ser otro, ni siquiera comprendo que nadie quiera ser otro. Ser otro es dejar de ser uno, de serse el que se es." - Abel Sánchez - Pág. 117.

- 56.- Véase el inciso 5 de este Capítulo.
- 57.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 10.
- 58.- "Qué ventajas filosóficas aporta introducir todo el hombre, y en especial el sentimiento, en la filosofía misma? Veremos que muchas, e insospechadas; pero, sobre todo, la de que plantearemos con él los problemas de la filosofía sobre una base real, de verdad o en realidad de verdad." - Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas - Pág. 100.
- 59.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 143.
- 60.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 64.
- 61.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 115.
- 62.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 115.
- 63.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 115.
- 64.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 115.
- 65.- Véase al respecto el capítulo V.
- 66.- "Su repulsión a toda forma de pornografía es bien conocida de cuantos le conocen. Y no sólo por las corrientes razones morales, sino porque estima que la preocupación libidinosa es lo que más estraga la inteligencia. Los escritores pornográficos, o simplemente eróticos, le parecen los menos inteligentes, los más tontos, en fin. Le he oído decir que de los tres vicios de la clásica terna de ellos: las mujeres, el juego y el vino, los dos primeros estropean más la mente que el tercero. Y conste que Don Miguel no bebe más que agua. A un borracho se le puede hablar -- me decía una vez -- y hasta dice cosas, pero ¿quién resiste la conversación de un jugador o un mujeriego? No hay por debajo de ella sino la de un aficionado a toros, colmo y copete de la estupidez." - Niebla - Pág. 12.
- 67.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 115.
- 68.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 117.
- 69.- "Y la voz del demonio familiar: "Sí, no ha pecado, pero trae pecado, trae pecado original; el de haber nacido de amor, de enlace de instinto, de matrimonio inductivo; amor y pedagogía son incompatibles;

el biberón exige complemento..." Amor y Pedagogía - Pág. 44.

70.- Amor y Pedagogía - Pág. 123.

71.- "Y ahora ahogábase Ramiro, y la congoja de su viudez reciente le revelaba todo el poderío del amor pasado y vivido.

Al principio de su matrimonio fue, sí, el imperio del deseo; no podía juntar carne con carne sin que la suya se le encendiese y alborotase y empezara a martillarle el corazón, pero era porque la otra no era aun de veras y por entero suya también; pero luego, cuando ponía su mano sobre la carne desnuda de ella, era como si en la propia la hubiese puesto, tan tranquilo se quedaba; mas también si se la hubiera cortado habríale dolido como si se la cortasen a él. ¿No sintió, acaso, en sus entrañas, los dolores de los partos de su Rosa?

Cuando la vió gozar, sufriendo al darle su primer hijo, es cuando comprendió cómo es el amor más fuerte que la vida y que la muerte y domina la discordia de éstas; cómo el amor hace morirse a la vida y vivir la muerte; cómo él vivía ahora la muerte de su Rosa y se moría en su propia vida. Luego, al ver al niño dormido y sereno, con los labios en flor entreabiertos, vió al amor hecho carne que vive." - La tía Tula Pág. 55.

72.- "Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa unidos al yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se consintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas las penas.

Todo lo cual se siente más clara y fuertemente aún cuando brota, arraiga y crece uno de esos amores trágicos que tienen que luchar contra las diamantinas leyes del Destino, uno de esos amores que nacen a destiempo o desazón, antes o después del momento, o fuera de la norma en que el mundo, que es costumbre, los hubiera recibido. Cuantas más murallas pongan el Destino y el mundo y su ley entre los amantes, con tanta más fuerza se sienten empujados el uno al otro, y la dicha de quererse se les amarga y acrecienta el dolor de no poder quererse a las claras y libremente y se compadecen desde las raíces de su corazón el uno del otro, y esta común compasión, que en su común miseria y su felicidad común da fuego y pábulo a la vez

a su amor y sufren su gozo gozando su sufrimiento."
Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 117.

73.- "El amor personaliza cuanto ama. Sólo cabe enamorarse de una idea personalizándola. Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo y descubre que el total todo, que el Universo, es Persona también que tiene una Conciencia, Conciencia que a su vez sufre, compadece y ama; es decir, es conciencia. Y a esta Conciencia del Universo, que el amor descubre personalizando cuanto ama, es a lo que llamamos Dios. Y así el alma compadece a Dios y se siente por El compadecida, le ama y se siente por El amada, abrigando su miseria en el seno de la miseria eterna e infinita que es al eternizarse e infinitarse la felicidad suprema misma. Dios es, pues, la personalización del Todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia y, luchando por libertarse de ello. Personalizamos al Todo para salvarnos de la nada, y el único misterio verdaderamente misterioso es el misterio del dolor!" - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 120.

74.- "Si miras al Universo lo más cerca y lo más dentro que puedes mirarlo, que es en ti mismo; si sientes y no ya sólo contemplas las cosas todas en tu conciencia, donde todas ellas han dejado su dolorosa huella, llegarás al hondón del tedio no ya de la vida, sino de algo más: al tedio de la existencia, al pozo del vanidad de vanidades. Y así es como llegarás a compadecerlo todo, al amor universal". Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 120.

"Porque de este amor o compasión de ti mismo, de esta intensa desesperación, porque así como antes de nacer no fuiste, así tampoco después de morir serás, pasas a compadecer, esto es, a amar a todos tus semejantes y hermanos en aparentialidad, miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 119.

75.- "Ved aquí cómo del amor a mujer brota todo heroísmo. Del amor a mujer han brotado los más fecundos y nobles ideales, del amor a mujer las más soberbias fábricas filosóficas. En el amor a mujer arraiga el ansia de inmortalidad, pues es en él donde el instinto de perpetuación vence y soyuga al de conservación, sobreponiéndose así lo sustancial a lo meramente

aparencial. Ansia de inmortalidad nos lleva a amar a la mujer, y así fue como Don Quijote juntó en Dulcinea a la mujer y a la Gloria, y ya que no pudiera perpetuarse por ella en hijo de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu. Fue enamorado, pero de los castos y continentales, como dijo en otra ocasión él mismo. ¿Faltó con su castidad y continencia al fin del amor? No, pues engendró en Dulcinea hijos espirituales duraderos. Casado no podría haber sido tan loco; los hijos de carne le hubieran arrebatado de sus hazañosas empresas." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 71.

76.- "A bueno es a lo que nadie te ha ganado, a sencillamente bueno. Y por eso tienes un altar en el corazón de todos los buenos que no en tu locura, sino en tu bondad paran su vista. Tú mismo, mi señor, cuando quisiste alabar a tu escudero le llamaste por de pronto y ante todo Sancho bueno, y luego discreto, cristiano y sincero. Es lo que hay que ser en el mundo, señor mío, sencillamente bueno, bueno a secas, bueno sin adjetivo ni teologías, ni aditamento alguno, bueno y no más que bueno." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 181.

77.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 99.

78.- "Casósele Rafaela, para cumplir así con la vida y encarnar los anhelos de la juventud y el inconfeso y secreto deseo de maternidad. La familia es la plenitud de vida en el mundo, cuando no se ama el retiro. Deseaba una vida completa, temiendo además quedarse sola un día, sin familia, aunque con parientes. Iba a llenar un vacío; he aquí todo. Hasta entonces sólo lo había vivido el aprendizaje de la vida. Casóse sencillamente, libre de sentimentalismos librescos. ¡Amar! ¡Amar! ¡Qué palabras tan presuntuosas, tan enfáticas, tan de libro! Sólo en éstos se dice ¡Te amo! Querer y cariño, he aquí lo sencillo, lo natural. ¿Quererle? ¿Qué era eso de quererle? Querer, querer tan sólo, querer por querer... ¡Eso no es nada! Quererle no era más que una manera de atenderle, de cuidar de sus cuidados, de vivir con él, de hacerse a sus costumbres, de sufrir contenta sus flaquezas y adversidades, de aguantar sus cosas... ¡cosas de hombre! Profesó a Enrique un cariño tibio y hondo, tejido de las mil minucias de la existencia ordinaria, consustancial con la vida misma, un cariño que se hizo pronto hábito y, como tal, inconsciente." Paz en la guerra - Pág. 239.

- 79.- "Fue un transporte loco..., ¡había vencido! y entonces fue cuando vino, con su primer fruto, el verdadero amor. El amor, sí ¿Amor? ¿Amor dicen? ¿Qué saben de él todos esos escritores amatorios que no amorosos, que de él hablan y quieren excitarlo en quien los lee? ¿Qué saben de él los galeotos de las letras? ¿Amor? No amor, sino mejor cariño. Eso de amor - decíase Ramiro ahora - sabe a libro; sólo en el teatro y en las novelas se oye el yo te amo; en la vida de carne y sangre y hueso el entrañable ite quiero! y el más entrañable aun callárselo. ¿Amor? No, ni cariño siquiera, sino algo sin nombre y que no se dice por confundirse ello con la vida misma." La tía Tula - Pág. 54.
- 80.- "Porque no se ama de veras sino después que el corazón del amante se remejió en almirez de angustia con el corazón del amado. Es el amor pasión coparticipada, es compasión, es dolor común. Vivimos de él sin percatarnos de ello, como no nos damos cuenta de vivir del aire hasta los momentos de congojoso ahogo. ¡Esperar al Amor! Sólo espera al Amor, sólo le llama el que le tiene dentro de sí, el que de su sangre, aun sin saberlo, vive. Es el agua soterraña la que aviva la sequía. Sentimos a las veces sequedades abrasadoras, como las del campo desierto que se resquebraja de sed mientras ruedan sueltas sobre su haz las hojas ahornagadas por el bochorno, y entre tanto en las honduras de ese campo mismo, por debajo de las raíces de su muerto verdor, corre sobre la roca de sustento el manantial de las aguas del cielo avivadoras." - Una historia de amor - Pág. 158.
- 81.- Pág. 117.
- 82.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 172.
- 83.- "Tremenda pasión esa de que nuestra memoria sobreviva por encima del olvido de los demás si es posible. De ella arranca la envidia a la que se debe, según el relato bíblico, el crimen que abrió la historia humana: el asesinato de Abel por su hermano Caín. No fue lucha por pan, fue lucha por sobrevivir en Dios, en la memoria divina. La envidia, es mil veces más terrible que el hambre, porque es hambre espiritual." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 53.
- 84.- Abel Sánchez - Pág. 26.

- 85.- "Si, lo digo, lo tengo que decir y lo digo aquí, delante de todos. No te he querido. Si te hubiera querido me habría curado. No te he querido y ahora me duele no haberte querido. Si pudiéramos volver a empezar." Abel Sánchez - Pág. 151.
- 86.- Abel Sánchez - Pág. 90.
- 87.- Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida - Pág. 114.

CAPITULO III

SER Y SER POR SIEMPRE

Yo soy el Camino y la Verdad y
la Vida.

San Juan (14.6)

2.- El afán de inmortalidad.- "¡No hay otro yo en el mundo! He aquí una sentencia que deberíamos no olvidar nunca. ¡No hay otro yo en el mundo! Cada uno de nosotros es único e insustituible" dice Unamuno, o más bien grita, en la Vida de Don Quijote y Sancho, y sigue exclamando en ese su desesperado afán de afirmar la propia personalidad trascendente. "¡No hay otro yo en el mundo! Cada cual de nosotros es absoluto. Si hay un Dios que ha hecho y conserva el mundo, lo ha hecho y conserva para mí... ¡No hay otro yo! Los habrá mayores y menores, mejores y peores, pero no hay otro yo. Yo soy algo enteramente nuevo; en mí se resume una eternidad de pasado y de mi arranca una eternidad de porvenir. ¡No hay otro yo! Esta es la única base sólida de amor entre los hombres, porque tampoco hay otro tú que tú, ni otro él que él". (1)

Ser, y ser siempre, o como dirá en Del sentimiento trágico de la vida, inspirado en las proposiciones sexta, séptima y octava de la Etica de Spinoza: "Quiere decirse que tu esencia, lector, la mía, la del hombre Spinoza, la del hombre Butler, la del hombre Kant y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el conato, es esfuerzo

que pone en seguir siendo hombre, en no morir." (2)

La esencia misma del hombre cabal, del que tiene conciencia de la temporalidad de su propio existir, es el deseo de que la muerte no signifique el fin de la vida, es querer ser y ser por siempre, con conciencia de esa continuidad.

La inmortalidad que soñó el Unamuno agónico es la prolongación de esta vida, con sus luchas y sus afanes: un eterno acercarse a Dios sin llegar nunca a El, y no un existir contemplativo, ajeno a las congojas y dolores de la vida temporal. (3)

En sus más desesperados gritos no pedirá paz, sino lucha, pues que sólo en la contradicción y en la guerra concibe un vivir auténtico.

Para un razonador - como muy a su pesar fue Unamuno la creencia en la inmortalidad es impensable. Sin embargo, la vida le exigió esa fe que en él fue esperanza da ilusión, y en el innegable deseo de perdurar, asienta la posibilidad de una existencia eterna. Por eso, su fe está siempre en lucha entre contrarios: razón y vida, sentimiento y lógica, religión y ciencia, - unos afirmando, negando otros -, son los motores del concepto, y también del sentimiento, que de la inmortalidad llegó a tener en su agonía.

Y así, puede decirnos en Del sentimiento trágico de la vida: "La veracidad, el respeto a lo que creo ser

lo racional, lo que lógicamente llamamos verdad, me mueve a afirmar una cosa en este caso: que la inmortalidad del alma individual, es un contrasentido lógico; es algo, no sólo irracional, sino contrarracional; pero la sinceridad me lleva a afirmar también que no me resigno a esa otra afirmación y que protesto contra su validez. Lo que siento es una verdad, tan verdad por lo menos como lo que veo, toco, digo y se me demuestra." (4)

En la obra de Unamuno, con ese afán reiterativo que tuvo para sus temas fundamentales, aparece junto a la verdad lógica o racional, al lado de la que puede demostrar la ciencia, otra verdad no menos cierta; es la que nos ayuda a vivir y a soñarnos eternos.

La inmortalidad deseada es la eternización de lo momentáneo, de la vida terrena, fuera de la circunstancia temporal. "Lo que en rigor anhelamos - dice - para después de la muerte es seguir viviendo esta vida, esta misma vida moral, pero sin sus males, sin el tedio y sin la muerte." (5) Y no es sólo la inmortalidad del alma la más ansiada, sino la de la totalidad del hombre - materia y espíritu - cuerpo y alma, a su decir "bulto y no sombra de eternidad."

La razón del hombre Unamuno le negó una y otra vez su fe "Debe quedar, pues, sentado - escribió - (6), que la razón humana, dentro de sus límites no sólo prueba racionalmente que el alma sea inmortal, y que la con-

ciencia humana haya de ser en la serie de los tiempos venideros indestructible, sino que prueba más bien, dentro de sus límites, repito, que la conciencia individual no puede persistir después de la muerte del organismo corporal del que depende."

Pero aceptar esta verdad racional es resignarse a morir, es negar la vida eterna y conformarse con la razón, y ésta no fue la posición de Unamuno, pese a su intelectualismo; por el contrario, frente a esa su razón, contra ella, sobre ella, se levanta el hombre que no pudo concebir su propia vida, y con ella la de los hombres todos, si un día con forzosidad fatal, debe concluir y si es un absurdo racional la creencia en la inmortalidad, con Tertuliano, ansió esa fe irracional y luchó por alcanzarla. Sino qué sentido tiene el existir humano, limitado a un ser aquí y ahora, y condenado a un dejar de ser eterno? La nada (?), y con esto se sitúa dentro del pensamiento existencialista contemporáneo, fue el concepto que por encima de cualquier otro sobrecogió el alma de Miguel de Unamuno. No el pecado, el castigo eterno, el infierno, máxima angustia de Kierkegaard, sino la nada, el pavoroso vacío de no ser. Y de ahí esa fe que es tan sólo voluntad de creer, querer creer, como resorte de vida y acción, y aún de acción heroica, para merecer la inmortalidad. La fe, aunque como la de nuestro autor esté envuelta en dudas, y sólo la fe en la inmortalidad, sobre la razón y contra

ella, pueden dar sentido y finalidad a la vida humana, al pobre existir terreno que con forzosidad ineludible tiene que conocer la muerte. Fe apasionada, fe irracional, pero vibrante, salvadora de ese anhelo del hombre, condenado a la temporalidad y finitud de su propia vida. (8)

Así nace la exigencia, la necesidad de Dios. El solo puede darnos la inmortalidad. Dios, efectivamente, es para Unamuno, sobre todo y ante todo, el inmortalizador. (9) Ese es el misterioso motivo que lo impulsa a su búsqueda, pues si El existe, también los hombres todos vivirán de verdad, y no sólo como meras sombras temporales sentenciadas a muerte.

Unamuno es un hombre inmerso en la duda; su fe apasionada, fue voluntad por creer, esperanza, (10) deseo vehemente. Pero pese a su razón, que no lo llevó a Dios, no es un negador. "La suma presión racional contra la vida, al cerrarle el horizonte de la vida posible, hace estallar la caldera de la vida y lo que entonces surge, cual chorro furibundo y esplendente de vapor vital, es la esperanza" (11) afirma García Bacca.

Afirmar, conducido por la razón, que después de la muerte el hombre - alma y cuerpo - deja de ser, fue para nuestro autor imbecilidad sentimental, en la que ciertamente no incurrió. (12) Por el contrario, no quiso resignarse a esa su razón. (13) que él sabía limitada, y buscó por el camino del corazón motivos para llegar a su

Dios inmortalizador, no sólo dentro de sí, sino también en la obra de otros hombres, hermanos del vasco en el ansia de eternidad y que como él quisieron esforzarse por hallar consuelo en la fe de sentirse imperecederos.

(14) En Del sentimiento trágico de la vida hallamos constantes alusiones a escritos de filósofos y teólogos. En ello no hay afán de erudición, ya que no fue ciertamente Unamuno un amante del saber por el saber, ni tampoco un erudito, sino búsqueda de testimonios humanos; quiere penetrar en el ser de esos hombres que fueron en la historia y buscar en lo que de ellos queda - su obra - la propia angustia, el afán de ser por siempre, la duda racional y la afirmación vital en la vida perdurable.

La vida, muerte y resurrección de Cristo, son los hechos históricos que mayor consuelo proporcionaron al alma angustiada de Unamuno. De ahí su amor a Cristo, su esperanza en El, y su indudable, aunque heterodoxo cristianismo.

La inmortalidad más deseada es para nuestro autor la del alma y la del cuerpo; resucitar, anular a la muerte y nacer nuevamente a la vida, definitivamente, eliminando de ésta las limitaciones de tiempo y espacio. "Más, más y cada vez más; quiero ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme en la totalidad de las cosas visibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo", escribió en

su angustioso y máximo ensayo sobre el sentimiento trágico de la vida. (15)

Esta preocupación por la propia inmortalidad, en el fondo problema religioso y metafísico, (16) se encuentra expuesta teóricamente en los ensayos unamunianos, más o menos sistemáticamente - sobre todo en Del sentimiento trágico de la vida y en La agonía del cristianismo, - pero es en las novelas donde los personajes, trasuntos de su autor, sienten en sus vidas fingidas esas mismas ansias y afanes de vida perdurable.

En 1905, algunos años antes de escribir Del sentimiento trágico de la vida, ve la luz La vida de Don Quijote y Sancho, donde aprovechando la fábula cervantina, este español del siglo XX resueña la vida de Don Quijote, y a través de su individualidad recrea una vez más en la historia al Quijote, que seguramente no es en muchos aspectos el de Cervantes, puesto que ahora nace de otra sensibilidad humana.

Este Quijote de Unamuno se hunde en el mundo de la locura en pos de la inmortalidad, pues que con la carga de la razón estima que es difícil hallarla en plenitud. Caballero de la sinrazón, movido por nobles anhelos de bondad y de justicia, entra don Quijote en la eternidad. Lo que explica el entrañable amor de Unamuno por el manchego caballero andante, y el carácter simbólico y la pervivencia que el tema alcanza en la obra del vasco.

Va don Miguel de Unamuno al sepulcro del hidalgo castellano en busca de fe y a él quiere conducir a los hombres ansiosos de inmortalidad, para ver si como le aconteció a Sancho, la locura del caballero puede ser compartida por los que, amándole, lleguen a adentrarse en el mundo de la sinrazón.

"Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incessante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad" (17) escribió en el prólogo a la obra. Y sin duda Don Quijote fue para Unamuno consuelo, esperanza, modelo; a través de él vislumbró la eternidad.

Don Quijote a fuerza de fe creó su verdad, y frente al mundo fenoménico de los hombres y la realidad de las cosas, proclamó la suya, luchó por alcanzarla y por ella sobrevive. Siguiendo las huellas de ese hombre, ejemplo de fe, quiere Unamuno crear, vivir y sobre todo sobrevivir, acallando a su razón que no puede llevarlo a Dios.

La inmortalidad, que con tantas fatigas y dolores conquistó para sí el Caballero de la Fe, le fue dada en gracia a su bondad. "Fue siempre bueno, bueno sobre

todo y ante todo, bueno con bondad nativa, y esta bondad que sirvió de cimiento a la cordura de Alonso Quijano y a su muerte ejemplar, esta misma bondad sirvió de cimiento a la locura de Don Quijote y a su ejemplarísima vida. La raíz de tu locura de inmortalidad, la raíz de tu anhelo de vivir en los inacabables siglos, la raíz de tu ansia de no morir, fue tu bondad, Don Quijote mío. El bueno no se resigna a disiparse porque siente que su bondad hace parte de Dios, del Dios que es Dios no de los muertos, sino de los vivos, pues para El viven todos. La bondad no teme a lo infinito ni a lo eterno; la bondad reconoce que sólo en alma humana se perfecciona y acaba; la bondad sabe que es una mentira la realización del Bien en el proceso de la especie. El toque está en ser bueno, sea cual fuere el sueño de la vida" (18) dijo inspirado por las hazañas quijotescas, idea persistente en su ensayo y en novelas posteriores. Sólo una vida apasionadamente buena merece eternizarse, afirmará en Del sentimiento trágico de la vida, siguiendo a Senancour, y en amor y bondad se resume su ética de fines.

Pero no sólo la inmortalidad se justifica plenamente por la bondad de una conducta, sino que también la fe en la vida eterna, la voluntad de creer es fuente, para Unamuno, de una acción heroica. "Creo - dijo - que, si todos los hombres se persuadieran de que hay un perdón final para todos y una vida perdurable, en una u otra

forma, se harían todos mejores. El temor al castigo no evita más fechorías que las que provoca la desesperanza de perdón". (19)

Y la locura del sin par hidalgo, lleno de altas miras, ajeno a toda mezquindad, fue tanta, que de ella contagióse el buen Sancho, a quien Unamuno eleva al resoñarlo, pues que estando cuerdo pudo luchar junto a su señor, y acompañarle y aun consolarle en los gloriosos fracasos que obtuvo en su guerrear contra la verdad de la razón. La fe de Sancho se hizo a base de dudas. Sancho "el bueno", "el heroico" como gusta de llamarle el comentarista, lucha por creer y finalmente, ante la sensatez de su amo se hunde en el ideal y quijotizado entra en la inmortalidad. "¡Oh heroico Sancho, y cuán pocos advierten el que ganaste la cumbre de la locura cuando tu amo se despeñaba en el abismo de la sensatez y que sobre su lecho de muerte irradiaba tu fe, tu fe, Sancho, la fe de ti, que ni has muerto ni morirás." (20) Sí, Sancho es todo un hombre, invadido por el afán de creer en el ideal, como el hombre Miguel de Unamuno lo fue; de ahí su hermandad. Y frente a ellos, los pobres seres que sólo piensan con la razón y se conforman con su forzosa limitación en el tiempo, esos hombres enfermos de razón, "¿...existen...? ¿Existen en verdad? Yo creo que no; pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello.

Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el es pacio sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y ese sufrimiento, esa pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros, Dios que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra infinitud y nuestra temporalidad, es te divino sufrimiento les haría romper todos esos menguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus menguados recuerdos a sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir", (21) afirma en la Vida de Don Quijote y Sancho con su pasión característica.

Ningún hombre de carne y hueso, ninguna historia vivida en el tiempo y en el espacio, pudieron encarnar mejor el ansia irracional de ser que ésta su recreación del Quijote, que sin duda no es el de Cervantes, sino el que concibió y soñó dentro de sí Miguel de Unamuno. Es, ciertamente, un Quijote - Unamuno, ya que en voz del hidalgo castellano resuena, vibrante, la del rector de Salamanca.

Antes de resoñar la vida de Don Quijote y su fiel escudero, en 1902, Unamuno había volcado en una novela todo su rencor contra el cientificismo; arte de caricatura en el que la ironía sólo encubre dolor y tragedia. Sin embargo, ya en esta historia de personajes desorbitados aparecen muchos temas del Unamuno agónico, y desde luego, amén de su anticientificismo, el ansia de eternidad. Don Fulgencio, el filósofo positivista amante de la

verdad y del saber de la ciencia, que como sombra de hombre, todo razón, lo vemos actuar con poca autenticidad humana a lo largo de las páginas de la novela, es al final de la obra portavoz de las ansiedades de Unamuno, y tal vez con poca lógica pasa de muñeco a hombre que, olvidando sus disertaciones científicas, descubre al lector la desesperada ansia de no morir que en lo más profundo de su ser llevaba. Ahí vibra poderosa la personalidad del autor, que pone en boca del ente de ficción, la síntesis de su ansia más característica.

Don Fulgencio, como Unamuno, tenía necesidad de Dios, pues que sin El no hay esperanza posible de eternidad. Y así dice: "Sí, ensueños. Y leo a Weissmann, y quiero pensar que somos ideas divinas, porque necesito a Dios, Apolodoro, necesito a Dios, necesito a Dios para hacerme inmortal..... Vivir, vivir, vivir...."

- ¡Morir...dormir!, ¡dormir...soñar acaso!

- ¿De dónde ha nacido el arte? De la sed de inmortalidad. De ella han salido las pirámides y la esfinge que a su pie duerme. Me llaman materialista. Sí, materialista, porque quiero una inmortalidad material, de bulto, de sustancia...Vivir, yo, yo, yo, yo, yo, ... Pero haz hijos Apolodoro, ¡haz hijos!" (22) Porque el pobre y desventurado Don Fulgencio no se inmortalizó en la carne. Pero excepto en este aspecto - Unamuno tuvo nueve hijos - los gritos del hombre soñado no son otros que los de su

creador. Suyo el afán de vida eterna, pero eternidad total y completa, "de bulto", eternidad consciente de sí y no inmersión, absorción en Dios. "Ser yo" esa es la inmortalidad del individualista y tal fue lo que de seó en agonía Miguel de Unamuno.

Y el mismo Don Fulgencio sigue diciendo a su discípulo y a los hombres todos que a su historia se asomen, en este acceso de fiebre de inmortalidad, que junto al ansia de creer, duda, y quiere dejar en esta tierra, también perecedera, obra que lo sobreviva en el tiempo. ¡Pobre filósofo sin consuelo! Y pobre todo su edificio racional, que como juego de naipes no resiste el peso de lo irracional que trata de sostener, y se deshace. (23)

La burla de Amor y Pedagogía cesa en este monólogo de Don Fulgencio-Unamuno, para dejar paso a la tragedia vital a que conduce la "meditatio mortis". Te ner que morir, ¿y qué es la muerte? ¿cuál su verdad? Ese es el dilema en que se debatió el profesor salmantino, ése el problema último y primero de su obrar y sentir, y ése también el que hallamos reiterativamente vivido en sus hombres soñados. (24)

A sólo un año de distancia Del sentimiento trágico de la vida aparece Niebla. En ella se plantea nuevamente el autor los problemas ontológicos y metafísicos que habían sido tema de obras anteriores. Su Augusto Pé-

rez vive precariamente en medio de la niebla que lo envuelve. Es el hombre menos hombre que soñarse pueda. Se aburría de un vivir, siempre igual, al que no lograba dar finalidad verdadera. Pobre hombre sin voluntad, incluso sin voluntad de vivir, envuelto en tedio. Y sin embargo, aun el pobre Augusto, cuando su Dios lo condena a morir se rebela airado y aparece el hombre que puede rogar, gritar y amenazar al creador que le ha dado vida, por precaria que sea, para después quitársela a su antojo. Así, en este tedioso existir del personaje nos muestra Unamuno que es mejor vivir en dolor de aburrimiento, que dejar de ser en paz.

El diálogo entre el protagonista y el autor que se narra en el capítulo XXXI de la novela, nos enseña que el hombre, cualquiera que sea su condición y su personalidad, independientemente de sus logros en la vida, la ama como el máspreciado bien y no desea morir. Y aquí puede oírse el eco de Spinoza, el judío holandés a quien Unamuno se sintió ligado por ansias semejantes.

Oigamos la pasión de vida del pobre hombre que soñó, tan corto de humanidad, su autor.

- "¿Conque no? No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿conque no lo quiere?, ¿conque he de morirme ente de ficción? Pues bien mi señor creador Don Miguel, también usted se morirá, también

usted, y se volverá a la nada de que salió... ¡Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, sí, se morirá aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán, todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, niivolesco, lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi Don Miguel, no es usted más que otro ente niivolesco, y entes niivolescos sus lectores, lo mismo que yo, que Augusto Pérez...." "Este supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad, le dejó extenuado al pobre Augusto." (25)

Y así grita Unamuno una vez más, desde sus entes soñados, y se subleva contra el destino suyo, que es el del hombre, que nace para morir.

Pobre Augusto, pero sobre todo pobre Miguel de Unamuno, que tembló ante la idea obsesionante de la nada, de una eternidad vacía. "Cuando el hombre se queda a solas y cierra los ojos al porvenir, al ensueño, se le revela el abismo pavoroso de la eternidad. La eternidad no es porvenir. Cuando morimos nos da la muerte media vuelta en nuestra órbita y emprendemos la marcha hacia atrás, hacia el pasado, hacia lo que fue. Y así, sin término, devanando la madeja de nuestro destino, deshaciendo todo el infinito que en una eternidad nos ha hecho, caminando a la nada, sin llegar nunca a ella, pues que ella nunca

fue" (26) Triste consuelo este ser tan cercano a la nada, pero emparentado íntimamente con el sueño de inmortalidad como un acercarse a Dios, sin llegar nunca, como eterna lucha por poseerle.

¿Y si morimos todos los días un poco, no será la muerte un ir volviendo a la vida, un eterno despertar? ¿Cómo es la vida eterna? Así habla de ella en Niebla: "Porque no es sólo que he venido muriéndome, es que se han ido muriendo, se me han muerto los míos, los que me hacían y me soñaban mejor. Se me ha ido el alma de la vida gota a gota, y alguna vez a chorro. ¡Pobres mente catos los que suponen que vivo torturado por mi propia inmortalidad individual! ¡Pobre gente! No, sino por la de todos los que he soñado y sueño, por la de todos los que me sueñan y sueño. Que la inmortalidad, como el sueño, o es comunal o no es. No logro recordar a ninguno a quien haya conocido de veras - conocer de veras a alguien es quererle y aunque se crea odiarle - y que se me haya ido sin que a solas me le diga: ¿Qué eres ahora tú?, ¿qué es ahora de tu conciencia?, ¿qué soy en ella yo ahora? ¿qué es de lo que ha sido? Esta es la niebla, esta la niebla, esta la leyenda esta es la vida eterna...Y esto es el verbo creador, soñador" (27)

Señalada queda la importancia que el sueño tiene en la concepción vital de Unamuno. Es la preca-

riedad existencial que corresponde al deseo de inmortalidad, último y verdadero sentido de la vida, y a la duda que acerca de su certeza envolvió a Unamuno. Mas en el párrafo transcrito de su angustiada *Niebla*, no sólo la vida es sueño, también lo es la eternidad, Sueño de Dios, o tal vez, en los momentos más desesperanzados Dios de sueño.

La vida perecedera, como la que le tocó en suerte a Augusto Pérez, sueño tan sólo de un hombre, va envuelta en aburrimiento. ¿Pero qué sentido puede tener si forzosamente acaba en la muerte? ¿O es que sin destino trascendente puede dársele finalidad alguna a la vida? Y sin embargo, Augusto Pérez sale de su *niebla* cotidiana, y adquiere autenticidad y verismo cuando se sabe condenado a morir. Ahí está el hombre, todo un hombre o cualquier hombre, que ante la muerte se aferra a la vida.

Mas no sólo oímos la potente voz del autor en boca de Augusto Pérez. A Víctor Goti, el prologuista y personaje de *Niebla*, otro de sus "alter ego" gusta de hacerle decir el pensar propio, desdoblado así su compleja y contradictoria personalidad, y aún le hace hablar de sí mismo, de su creador. Y así dice, por ejemplo, "Y el fondo de esto no es más que una concepción, o mejor aun que concepción, un sentimiento de la vida que no me atrevo a llamar pesimista, porque sé que esta

palabra no le gusta a Don Miguel. Es su idea fija, mono-
maníaca, de que si su alma no es inmortal, y no lo son
las almas de los demás hombres y aun de todas las cosas,
e inmortales en el sentido mismo en que las creían ser
los ingenuos católicos de la Edad Media, entonces, si no
es así, nada vale ni hay esfuerzo que merezca la pena."
(28)

Víctor Goti, Augusto Pérez y el propio Unamuno
desfilan por las páginas de Niebla, viviendo y muriendo
por el afán de inmortalidad.

Mas si la eternidad es una prolongación de la
vida, una vida sin muerte; ¿no será también eterno el
odio, cuando de odio esté lleno el hombre mortal? Tal es
la problemática que se plantea en Abel Sánchez - (1917) -.
El ser de Joaquín Monegro - Caín español - es la envidia,
que en ningún momento puede interpretarse como un estado
de ánimo, sino como modo de ser. Si el hombre todo odio
no muere, forzosamente tiene que plantearse la perdura-
ción del odio en la eternidad. Y esta posibilidad meta-
física aterroriza al odiador. "Cuando leí cómo Luzbel le
declaraba a Caín cómo era éste, Caín, inmortal, es cuando
empecé con terror a pensar si yo también seré inmortal y
si será inmortal en mí mi odio" (29) exclama Joaquín Mo-
negro, después de haber leído el Caín de Byron.

Unamuno, que frecuentemente había expresado
que era para él impensable un infierno concebido como la

eternización de la pena y del dolor, (30) llega en Abel Sánchez, después de haber escarbado hasta el fondo la envidia cainita en el alma de un hombre, a concebir la inmortalización del odio, pues que sólo odio y envidia llenaron el ser de su Joaquín Monegro. ¿Cómo imaginar la perduración del odiador si no es otorgándosela al odio mismo, que fue su esencia? Y así, en esta novela desgarrada, comprende Unamuno la necesidad del infierno, como lugar de castigo eterno, y pone en boca de su Caín estas palabras: "Y vi que aquel odio inmortal era mi alma. Ese odio pensé que debió de haber precedido a mi nacimiento y que sobreviviría a mi muerte. Y me sobrecojí (31) de espanto al pensar en vivir siempre para aborrecer siempre. Era el infierno. ¡Y yo que tanto me había reído de la creencia en él! ¡Era el Infierno!" (32)

Sin embargo, hay que recordar que el infierno es en todo caso inmortalidad, aunque sea en dolor, y a Unamuno, como él mismo dijo repetidamente, (33) no le asustaba ese futuro de penas. Su esperanza no moría ante la visión del infierno - como afirmara Dante, animado de profunda fe - , su verdadero terror fue ante la nada; el dejar de ser absolutamente, el perder la conciencia personal y deshacerse en polvo de tierra. El infierno, por lo menos, presupone ser y ser por siempre; es vida.

eternización de la pena y del dolor, (30) llega en Abel Sánchez, después de haber escarbado hasta el fondo la envidia cainita en el alma de un hombre, a concebir la inmortalización del odio, pues que sólo odio y envidia llenaron el ser de su Joaquín Monegro. ¿Cómo imaginar la perduración del odiador si no es otorgándosela al odio mismo, que fue su esencia? Y así, en esta novela desgarrada, comprende Unamuno la necesidad del infierno, como lugar de castigo eterno, y pone en boca de su Caín estas palabras: "Y vi que aquel odio inmortal era mi alma. Ese odio pensé que debió de haber precedido a mi nacimiento y que sobreviviría a mi muerte. Y me sobrecojí (31) de espanto al pensar en vivir siempre para aborrecer siempre. Era el infierno. ¡Y yo que tanto me había reído de la creencia en él! ¡Era el Infierno!"

(32)

Sin embargo, hay que recordar que el infierno es en todo caso inmortalidad, aunque sea en dolor, y a Unamuno, como él mismo dijo repetidamente, (33) no le asustaba ese futuro de penas. Su esperanza no moría ante la visión del infierno - como afirmara Dante, animado de profunda fe - , su verdadero terror fue ante la nada; el dejar de ser absolutamente, el perder la conciencia personal y deshacerse en polvo de tierra. El infierno, por lo menos, presupone ser y ser por siempre; es vida.

Años más tarde, en 1922, exclamará en La tía Tula: "Sólo existe lo eterno; ¡Dios o nada!" (34) afirmación en todo semejante a la asentada en Del sentimiento trágico de la vida (35), cuando escribió "¡O todo o nada! ¿Y qué otro sentido puede tener el "¡ser o no ser!" "To be or no to be" shakesperiano, el de aquel mismo poeta que hizo decir de Marcio en su Coriolano que sólo necesitaba la eternidad para ser dios?".

No la vida mortal sino la inmortal, es la realidad verdadera. Todo o nada, y sólo dándole a la vida un sentido trascendente, puede tenerlo pleno. Metafísica vital que se apoya en último término en el deseo de perduración del existir humano. Y sin embargo, siempre la duda; verdad cordial y verdad intelectual en constante lucha, sin que ninguna de ellas alcance la victoria sobre la contraria. "El mal pensamiento era que el susurro diabólico allá, en el fondo de las entrañas doloridas con el dolor de la partida, le decía: ¡Muñecos todos!" (36), nos dice adentrándose en la intimidad de Tula.

La mayor carga metafísica de toda la novela de Unamuno se encuentra en San Manuel Bueno, Mártir que publicó en 1933, y que encierra en sus breves páginas toda la angustia de su creador. Don Manuel, el sacerdote santo, no puede creer en la inmortalidad y busca ansiosamente vivir y morir sumergido en la fe de su pueblo, fe que

él procura afirmar con el ejemplo de su obrar heroico.

Creer en la vida perdurable es el único consuelo del existir temporal, y cuando se niega la inmortalidad surge una continua tentación al suicidio.

El santo unamuniano lleva dentro de sí la tragedia de la incredulidad. Lázaro, su confidente, da testimonio de esta actitud del bondadoso sacerdote, al decir: "Y acabó confesándome que creía que más de uno de los más grandes santos, acaso el mayor, había muerto sin creer en la otra vida." (37)

La alusión a Cristo es clara, sobre todo si la completamos con el siguiente texto: "Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea celebró Don Manuel, el pueblo todo presintió el fin de la tragedia: ¡Y cómo sonó entonces aquél: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", el último que en público sollozó Don Manuel! Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero - "todos los bandoleros son buenos" solía decir nuestro Don Manuel - aquello de: "mañana estarás conmigo en el paraíso" ¡Y la última comunión general que, repartió nuestro santo! Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico"...in vitam aeternam" se le inclinó al oído y le dijo: "No hay más vida eterna que ésta.... que la sueñen eterna....eterna de unos pocos años...." Y cuando me la dió a mi me dijo "Reza, hija mía, reza por

nosotros" Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: "...Y reza también por Nuestro Señor Jesucristo" (38)

En la voz de don Manuel se oye la de Unamuno. El fondo de su alma tiembla con las palabras que Cristo agonizante clamara a su Padre, y esa oración, que interpretó el vasco como duda, conmovía sus entrañas mismas que buscaron en Jesús, en su divina agonía, muestras y razones de inmortalidad. Mas también hasta el centro de su ser, encendiendo la luz de la esperanza, llegaba la promesa de Cristo al buen ladrón. El que es la Verdad, ofreció a su compañero de martirio, a un simple mortal, la vida eterna, cuando a ambos se acercaba la muerte. Divinas palabras de esperanza que encendían la fe agonizante del profesor salmantino.

Para Don Manuel, que no pudo creer en la inmortalidad (39) perdida la fe de su niñez, la vida es sólo un sueño, una sombra, y la muerte, un dormir sin fin. Por ello, al negar la eternidad vital - que pues afirma la de la nada niega también el infierno (40) Ni amor, ni odio; ni alegría, ni dolor tienen más realidad que la que pueden hallar en esta vida; no existe el demonio, (41) y para ser lógicos con su pensamiento y el de su autor, ni Dios - pues que es el inmortalizador aunque esta afirmación no se halla en la obra.

Sin embargo, a pesar de la negación que de la inmortalidad se encuentra en la novela, Unamuno, hombre de duda, no podía aceptar una negación absoluta sin asomos de esperanza y ni aun en esta trágica narración deja de aparecer la incertidumbre. Era demasiada la negación del sacerdote. La necesidad cordial de no morir surge en las últimas páginas de la historia cuando, la narradora de la fábula dice: "...creo que Don Manuel Bueno, que mi San Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin querer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada.... Y es que creía y creo que Dios, nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñaderos designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda..." (42)

No, Unamuno no pudo resignarse a la nada, a su incredulidad racional, a vivir sin Dios, a no soñarse eterno. Y en medio de la tragedia del intelectualista que niega, aparece de inmediato la del hombre que por lo menos duda de su verdad racional, porque con ella la vida sólo es posible como un continuo morir en soledad íntima.

Y así, Miguel de Unamuno gritó con la voz prestada de sus personajes de ficción sus ansias de inmortalidad. Contra la razón, a pesar de sus imperiosas exigencias, la sinrazón no se allanó a que la vida no tuviera

un fin trascendente. "¡Qué ensueños! ¡Qué ensueños los de la muerte de vida y los de la vida de la muerte! ¿Tenemos derecho a la vida? ¿Tenemos deber de morir? ¡ser dioses!, ¡ser dioses!, ¡ser dioses!, ¡ser inmortales!..."

(43) Con razón, sin ella, contra ella, pero morir, no; la nada, no. Tal es la concepción metafísica del Unamuno agonista.

3.- Dios, Cristo, Cristianismo. - Dios es para Unamuno el inmortalizador. (44) Sólo Dios puede fundamentar un destino trascendente para el hombre, y justificarlo. "La fe en Dios arranca de la fe en nuestra propia existencia sustancial" (45) El dar sentido último a la vida humana remite a Unamuno a postular la existencia de Dios. "No es Dios el fundamento inmediato de la religiosidad, sino el hombre mismo." (46)

El Dios de Unamuno es consciente y personal, es persona, y El, su existencia, da sentido y finalidad no sólo a la vida humana, a la de los hombres todos, pasados, presentes y futuros, sino también al Universo.

Sin Dios eternizador no hay realidad posible, pues que todo lo existente lo es precariamente si está destinado a la nada final. "Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia. Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla; no para saber por qué

y cómo es, sino para sentir para qué es. (47) Dios no es una necesidad racional sino fundamentalmente vital. Más que una actitud teórica o meramente cognoscitiva, la divinidad es para Unamuno quien da sentido a la vida humana; sólo en Dios y por Dios podemos concebirnos inmortales. Y Dios es conciencia porque "donde no hay conciencia no hay tampoco finalidad que supone un propósito" (48). Por eso sin El la existencia del hombre, de cada hombre, es precaria, al carecer de sentido y fin último.

Dios, Conciencia Eterna, garantiza al hombre, a la conciencia humana, la vida perdurable. Sólo acercándosele se aleja Unamuno de la nada.

Pero, ¿cuál es la vía por la que el profesor salmantino llega a ese Dios vivo, Conciencia Universal y Eterna? No por la de la razón. A su Dios Conciencia no lo halló en la teología, pues no es una idea, sino un sentimiento, una necesidad vital, por ello lo llamó "biótico" y "cordial".

La razón del hombre Miguel de Unamuno no pudo llegar a Dios. La filosofía tradicional no lo satisface y rechaza a ese Dios que para él fue impensable. (49)

Eliminada la razón, el único camino para llegar a la Conciencia Universal y Eterna es el cordial. Es la carencia de Dios, el vacío que para el hombre significa vivir sin El, lo que conduce a nuestro autor a postular

su existencia. Creer en Dios es querer que lo haya, no poder vivir sin El. El sentimiento y la necesidad nos revelan su existencia; vida y voluntad conducen al hombre en vuelo trascendente hacia la realidad de un ser divino, personal, eterno y justificador de la inmortalidad. "Esta prueba de unión viviente de nuestra vida con Dios será para Unamuno la única prueba viviente de que Dios existe y qué sentido tiene para El la vida."

(50)

"Dios mismo, no ya la idea de Dios, puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida, y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del Universo, tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo espiritual. Y este sentimiento, obsérvese bien, porque en esto estriba todo lo trágico de él y el sentimiento trágico de toda la vida, es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios. Creer en Dios es, en primera instancia y como veremos, querer que haya Dios, no poder vivir sin El." (51)

Tal es en Unamuno el sentimiento de Dios, que acarrea una concepción irracionalista del existir humano y del trascendente y el último término su "agonía" y el sentimiento trágico de la vida.

La necesidad de Dios, el querer y el necesitar su existencia, es tema reiteradamente expuesto en la obra

de Unamuno. "Es el corazón quien siente a Dios, no la razón, y he aquí lo que es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón" dijo, citando a Pascal - a quien le unió íntima hermandad espiritual - en ese angustioso ensayo que intituló La agonía del cristianismo (52), años después de haber fijado el concepto de su Dios inmortalizador.

La fe en Dios, es más que fe, esperanza, deseo, necesidad de que haya una existencia eterna y por tanto con verdadera realidad.

El Dios de Unamuno nace de la esperanza, y no de la esperanza virtud teologal tal como la entiende la teología católica, que presupone la fe, sino de un estado extremo de necesidad. Unamuno llega a Dios porque sin El el hombre y aun el Universo todo carecen de sentido. "De la real repugnancia hacia la nada, surge, como ulterior y superior estado, el positivo de esperanza de vida eterna, vivientes exigencias de necesidad." (53)

"La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista y nace acaso también del amor de Dios a nosotros." (54)

El Dios de Unamuno es el cristiano, que envuelto en irracionalismo y duda vive en su obra, en la que con frecuencia encontramos - sobre todo, pero no exclusivamente, en la poesía - muestras de auténtico y profundo cristianismo. (55)

Dios se revela por la vía del sentimiento, del dolor y por la congoja. "El sentimiento de vivirnos finitos, la esperanza de vida eterna, que, al contraste de nuestra finitud vivida y sentida, surge, es la prueba sentimental y realísima de que Dios existe, y sobre todo - que la sola existencia de Dios, en cuanto ser, nos trajera sin cuidado, como nada nos importa que la parábola sea una curva abierta al infinito, o que el alef de Cantor sea un número transfinito - de que Dios existe para nuestra vida, que podemos vivirlo." (56)

"¿Quién me quiere como soy? - exclama en la Vida de Don Quijote y Sancho - Tú, Tú solo, Dios mío, que queriéndome me creas de continuo, pues es mi existencia misma obra de tu eterno amor." (57)

E inspirado por la obra de amor y de perdón del andante caballero manchego, ejemplo de un cristiano actuar, llega asimismo Unamuno a Dios, a sentir su ser, y el por qué de esta vida de agonía.(58) Dios al serlo de amor, es forzosamente de perdón, pues que la agonía de un vivir terreno es suficiente castigo para el hombre que se desea eterno. Cerca está este pensamiento del de Segismundo, el soñador de la vida, tan frecuentemente recordado en la obra de Unamuno, cuando reflexiona y dice que "el delito mayor del hombre, es haber nacido."

Sin embargo, y precisamente porque Unamuno en su obra llega a Dios por el camino del sentimiento y en

contra de su razón y condúcenlo a El la duda y la lucha por creer, es su Dios "biótico" y "cordial". Y así, oiremos en boca de sus personajes esa duda, que abarca no sólo la inmortalidad personal del hombre, sino, lógicamente dentro de este pensamiento, el existir mismo de Dios. En Abel Sánchez encontramos la duda de Joaquín Monegro, el Caín que temblaba ante la idea de vivir por siempre preso en su odio esencial.

" - ¿Pero usted no cree en Dios?

- ¿Yo?... ¡No lo sé!" (59)

Y su hombre todo razón, el Avito Carrascal de Amor y Pedagogía - que luego en Niebla, después de haber vivido en dolor deja de ser una caricatura para devenir hombre y creer entre dudas, como único consuelo - es un negador. ¿Cómo con la ciencia experimental llegar hasta Dios? Y Don Avito no tiene fe más que en la Ciencia que así, con mayúscula, ha ocupado en su vida el lugar de Dios. ¡Pobre ciencia humana, qué poca resignación es capaz de allegar al hombre ante la incógnita de su destino final! Por eso el personaje sumergido en el mundo de la razón, puede expresarse así: "De Dios se podrá hablar, podremos hablar los hombres de razón, cuando nadie crea en El, cuando sea un puro símbolo," (60) o un recuerdo objetivado, ajeno al propio existir. El hombre de caricatura que desfila por Amor y Pedagogía, tan poco hombre, tan limitadamente hombre, no puede

pero sí la concepción de eternidad como continuación incabable de esta vida; ser inmortales en este ser de aquí y ahora, eliminando lo temporal y matando la muerte.

Sin tropiezos llega a Dios Don Quijote por el sentimiento, pues su razón había enmudecido. Así, sólo así, como el Caballero de la Sinrazón, puede acercarse el hombre a su Dios. "Está visto que esta casta sólo llega a lo eterno humano, a lo divino más bien, o cuando rompe, gracias a la locura, la corteza que le aprisiona el alma, o cuando con la simplicidad lugareña le rezuma el alma de ella. No le falta inteligencia, sino le falta espíritu. Es brutalmente sensata, y el supuesto espiritua-lismo cristiano que dice profesar no es, en el fondo, si-no el más crudo materialismo que puede concebirse." (62)

Mas el hombre no puede vivir sin su razón - in-cluyendo a Unamuno mismo - y busca afanosamente razonar su fe vital, y cuando, pese a sus ansias, la razón no lo con-duce a Dios, su fe es esperanza, deseo, necesidad, hambre de El en el corazón.

A ese Dios "cordial" llegó sin lucha, amorosa-mente Don Quijote, que guiado por su bondad habló de la que dentro de cada hombre late, aún cuando él mismo lo ignore. Podemos acercarnos al Dios de amor conducidos por la bondad que El puso en nuestros corazones. "No es contem-plando el rodar de los astros por el firmamento como te hemos de descubrir, Dios y Señor Nuestro, que regalaste

con la locura a Don Quijote: es contemplando el rodar de los anhelos los amorosos por el cimiento de nuestros corazones" (63) dice el comentarista en la Vida de Don Quijote y Sancho.

Y unido al tema de Dios, aparece en la obra de Unamuno el de Cristo. "Sólo hay un nombre que satisfaga a nuestro anhelo - el anhelo de no morir - y este nombre es Salvador, Jesús, Dios es el amor que salva" (64) dice.

En Cristo encontró Unamuno la base más sólida para esperar su propia perdurabilidad, pues que máxima esperanza para el género humano ofrece la resurrección de Jesús. "El fondo de la doctrina de la redención cristiana es que sufrió pasión y muerte el único hombre, esto es, el Hombre, el Hijo del Hombre, o sea el Hijo de Dios, que no mereció por su inocencia haber muerto y que esta divina víctima propiciatoria se murió para resucitar y resucitarnos, para librarnos de la muerte aplicándonos sus méritos y enseñándonos el camino de la vida. Y el Cristo que se dió a todos sus hermanos, en humanidad sin reservarse nada, es el modelo de acción." (65)

Y por Cristo, un Dios vivo, humano y divino, suficiente, que ama y que tiene sed de amor, puede llegarse al Padre. Es el Hijo que muere en dolor y en sangre, es la agonía del Hombre que no mereció morir, la que nos lleva a Dios. Su agonía sobre todo conmovía la

sensibilidad de Unamuno. Más que Jesús de Nazareth en prédica de amor, encontramos en la obra del vasco al Cristo del Calvario. Y es que su cristianismo es sobre todo escatológico.

No quiere decirse con ello que la bondad y el amor que Cristo representa carecieran de significado para Unamuno, sino que su máximo amor por El, el Cristo que encendía su esperanza de salvación, era el Cristo agonizante.

Los sangrantes Cristos españoles, sufrientes, en agonía de muerte, movieron a piedad el alma del vasco. En su ensayo, El Cristo español dice al respecto: " le contesté que tengo alma de mi pueblo, y que me gustan esos Cristos lívidos, escuálidos, acardenalados, sanguinosos, esos Cristos que alguien ha llamado feroces." (66)

Y entre las evocaciones de Cristo, que le inspiraron las imágenes españolas, Unamuno, siempre vario, creyó ante el de Velázquez "ien ese Cristo que está siempre muriendo sin acabar nunca de morirse para darnos vida!" (67) o dudó frente al de Santa Clara, Cristo de tierra, "Cristo que siendo polvo al polvo ha vuelto; Cristo que pues que duerme, nada espera." (68) Amargo Cristo de muerte frente, al tantas veces en su pluma, Cristo de vida.

No hay que olvidar que según el testimonio de

sus contemporáneos y de su obra, la lectura preferente de Unamuno fueron los Evangelios. En ellos hay sobre todo dos frases que apoyan su agonía. Una es la del padre del endemoniado que pide a Cristo salud para su hijo y ante El exclama: "¡Señor, creo, ayuda a mi incredulidad!" (S. Marcos 9-23) paradoja que fortalece la dialéctica unamuniana de duda y contradicción. Así es la fe en Unamuno, deseo desesperado de querer, voluntad de creer, fe que vive y se alimenta de dudas, fe vacilante, fe en lo absurdo racional. (69)

El otro pensamiento evangélico, que como el anterior recorre la obra de Unamuno, es el de Cristo en la cruz, que en agonía de dolor clama a su Padre: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" (S. Mateo, 27, 61). En él se resume la angustia que ante su propio destino final siente Miguel de Unamuno, angustia que rezuma su obra y la vida de sus personajes soñados, sobre todo la de aquel don Manuel Bueno, tan lleno de caridad para su pueblo como falto de fe en la vida perdurable. (70)

San Manuel Bueno es en la obra de Unamuno símbolo de Cristo. Su vida, de entera entrega a su pueblo, llena de amor y de caridad cristianas, de ejemplo, virtud y generosidad, es trasunto de la de Cristo. Hasta su nombre Manuel es el mismo del Señor, y es Bueno, como el Cristo de bondad que amó y perdonó a sus mismos verdugos. Y sin embargo, cuánta amargura encierra este paralelo, pues que

el ejemplar sacerdote unamuniano, no pudo creer en la perduración de la vida después de la muerte. (71)

La vida del santo incrédulo nos es narrada con la mayor emoción y hasta con ternura. En don Manuel, una vez más, resuena la voz vigorosa de Unamuno, que crea todo un hombre, símbolo de la más elevada piedad y caridad cristianas.

La bondad del sacerdote tiene un fin claro: dar a su pueblo fe en la promesa cristiana de vida eterna. Don Manuel se realiza en los demás "Y ésta es la raíz de la comunidad de Don Manuel con su pueblo; una raíz de caridad, porque él vela con más celo que nadie para que no pierdan la fe en la otra vida, y con ella el contento de vivir; y al mismo tiempo, por caridad también, trata de salvarse en esa unión con su pueblo, de salvar su fe en la de todos juntos" comenta Julián Marías. (72)

San Manuel quiere conservar esa fe de su pueblo porque sabe que sin ella la vida queda vacía. Lucha para que siga creyendo ingenuamente, sin agonías de muerte, con ese sentir que el mismo describió, al decir: "Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!" (73)

No fue mentira la vida del sacerdote, sino, más

bién, santidad, caridad (74), porque su verdad, la que él había visto, la que lo torturaba, sabía bien que era "algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella" (75). Y calla - excepto ante Lázaro esa horrible verdad, porque de gritarla traicionaría su misión de dar vida. "Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales, y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirán. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho, ¿Y la mía? la mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío." (76)

Esta es la religión de Don Manuel (77) y en parte también la de Unamuno mismo, quien recuerda el tan citado pensamiento de Carlos Marx de que la religión es el opio de los pueblos, (78) y acepta, bien que en otro sentido, el decir del filósofo materialista. Sí, es opio, y que con él duerma y sobre todo sueñe, que se sueñe inmortal y viva en paz con la ilusión de vencer a la muerte, con fe ingenua y sencilla.

Unamuno tuvo espíritu religioso. Su vida y su obra están tintas de sus inquietudes trascendentes. Es más como él mismo repetidamente dijo, su sentir religioso es el de un cristiano. A pesar de su heterodoxia "Unamuno se encuentra inserto en una tradición vital cristiana, católica, mantenida y enriquecida a lo largo de su vida entera por sus constantes lecturas, sobre todo, por la asidua frecuentación del Nuevo Testamento, cuyo original griego no lo abandonaba. Y esto, unido a su religiosidad profunda, a su actitud vuelta hacia Dios, le hace sentir, por debajo de todas sus ideas y todas sus dudas, la presencia en su vida de Dios, y de un Dios que es el cristiano, uno y trino, con sus tres personas, con la maternidad virginal de María, con todo el contenido de la liturgia católica; un Dios representado y hecho visible en las imágenes, sobre todo en los sangrientos Cristos españoles, de que tanto gustaba, y más aun en el de Velázquez, que lo mueve a auténtica y piadosa devoción. Pese a su problemática adhesión intelectual, Unamuno vive de hecho en el ámbito espiritual del catolicismo. Y esto hace que en muchas de sus páginas aflore un sentimiento de extraordinaria viveza, lleno de inmediatez y realidad íntima," (79) dice Julián Marías.

Unamuno vive (80) su cristianismo agónico, la lucha diaria por creer, su esperanza en Dios y su amor a Cristo; cristianismo que se enfrenta, sin vencer ni ser

vencido, a la razón, y que se fundamenta en la necesidad vital de no morir en la eternidad, de no caer por siempre en la nada. (81)

El cristianismo del profesor salmantino es ante todo evangélico y pauliano. En los textos de San Pablo halla la escatología cristiana. (82)

La problemática fundamental de Unamuno era religiosa. Por ello, es acertado el pensamiento de José Luis Aranguren (83), cuando dice: "La castidad, el ascetismo, la renuncia a los placeres mundanos, tan a la vista en Unamuno, no eran impuestos, no constituían un sacrificio del presente en aras de un porvenir escatológico: "Mi mayor gusto y mi mayor necesidad presente es pensar en el más allá"; "siento sed de eternidad y no "joie de viure." En éstas dos últimas frases del ilustre vasco se sintetiza gran parte de su personalidad.

Y así en su obra novelesca los hijos de su espíritu irán viviendo en angustia por ser, por vivir, por eternizarse, o por sobrevivir en la obra o en la carne, pero tampoco tendrán alegría de vivir. El tono y el ambiente de la novela unamuniana tiene siempre una fuerte carga de tragedia. Rara vez asoma a ella la ternura, y el humor, cuando aparece, es también amargo arte de caricatura humana. Son narraciones que alumbran parcial, pero vigorosamente la realidad humana. Sus entes de ficción tienen autenticidad, mas esos seres, trasuntos de su autor, no sienten nunca el

gozo de vivir, sino dolor y sólo dolor.

8.- Razón y fe. Ciencia y poesía.- Señalado queda en páginas anteriores que Unamuno estimó insuficiente a la razón para explicar la vida, pues que con ella no pudo concebir la deseada inmortalidad. Este hecho primario le conduce a una posición irracionalista para solucionar su problemática filosófica. Si la razón es enemiga de la vida, si no resuelve sus máximas incógnitas, hay que huir hasta donde sea dable de ella y pensar la existencia no sólo con su ayuda, sino con el alma y con el cuerpo. Por eso, en Del sentimiento trágico de la vida reiteradamente advierte al lector que en lo posible va a construir su pensamiento con base en la vida más que en la sola razón, porque "ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo; pero esta segunda, la razón, procediendo sobre la verdad misma, sobre el concepto mismo de la realidad, logra hundirse en un profundo escepticismo. Y en este abismo encuéntrase el escepticismo racional con la desesperación sentimental, y de este encuentro es de donde sale una base - ¡terrible base! - de consuelo." (84)

La fe en la inmortalidad es para Unamuno irracional. "Ese anhelo vital no es propiamente problema, no puede tomar estado lógico, no puede formularse en proposiciones racionalmente discutibles, pero se nos plantea, como se nos plantea el hambre" (85) esto es, como una imperiosa

necesidad de la vida.

Por ello, advierte que no es tal vez propiamente filosófica su solución al problema y que acaso sea sólo mitología o poesía lo que como tal presenta en el ensayo citado. "¡Ensueños mitológicos! se dirá. Ni como otra cosa los hemos presentado. Pero, ¿es que el ensueño mitológico no contiene su verdad? ¿Es que el ensueño y el mito no son acaso revelaciones de una verdad inefable, de una verdad irracional, de una verdad que no puede probarse?" (86)

Ensueño, poesía, mito fueron formas más aptas, en el sentir de Unamuno, para explicar el último significado y destino del hombre que el pensamiento puramente racional.

Y sin embargo, hay que advertir que la posición incrédula y la duda religiosa de Unamuno se originan en su razón; que fue un espíritu inquisitivo, buscador de la verdad, y en el fondo un intelectual, un razonador. Así pudo escribir "Yo en estos ensayos, por temor también - ¿por qué no confesarlo? - a la Inquisición, pero a la de hoy, a la científica, presento como poesía, ensueño, quimera o capricho místico lo que más de dentro me brota. Y digo con Galileo: Eppur, simuove. Mas ¿es sólo por ese temor? ¡Ah, no! que hay otra más trágica Inquisición, y es la de que un hombre moderno, culto, europeo - como lo soy yo, quiéralo o no - lleva dentro de sí. Hay un más

terrible ridículo y es el ridículo de uno ante uno mismo y para consigo. Es mi razón que se burla de mi y la desprecia." (87)

Fue su razón la que destruyó la fe religiosa de su niñez y mocedad, la razón la que lo lleva a la incredulidad y ésta, con su negación trascendente, a su agonía, a vivir en desesperanzada espera de la lucha entre sentimiento y razón. (88)

Contrapone vida y razón sin aceptar que la razón se da en la vida, como el sentimiento mismo, y que si el hombre no es exclusivamente razón, tampoco - salvo casos patológicos - es sinrazón. Ortega verá con claridad el problema de la razón que aparece en la vida y podrá hablar de la razón vital.

La fe que surge de las íntimas contradicciones vitales que lo animaron a vivir y a obrar, es precaria. Unamuno quiere creer, desea apasionadamente tener fe en la inmortalidad, lucha con denuedo por obtenerla, contra su razón, sobre ella, pero no hay duda que más que fe es esperanza, deseo, ansia, anhelo. "Es la esperanza en Dios - escribió (89) - esto es, el ardiente anhelo de que haya un Dios que garantice la eternidad de la conciencia la que nos lleva a creer en El."

Es fe que lucha entre dudas, por serlo, como la que Sancho Panza profesó a su señor Don Quijote. Sancho, - tan grato al rector salmantino - es todo un hom-

bre, porque lucha con pasión por creer contra lo que la verdad fenoménica le revelaba a través de su razón y de sus sentidos. La fe en el ideal en que finalmente cae, es merecido premio a su voluntad heroica por entrar, con la razón auestas, en el mundo de la sinrazón. (90)

"¡Oh, pobre Sancho, y cuán bravamente, peleas por tu fe y cómo vas conquistándola entre tumbos y desalientos, perdiendo hoy terreno en ella para recobrarlo mañana! ¡Tu carrera fue una carrera de lucha interior, entre tosco sentido común, azuzado por la codicia, y tu noble aspiración al ideal, atraída por Dulcinea y por tu amo! Pocos ven cuán de combate fue tu carrera escuderil; pocos ven el purgatorio en que viviste; pocos ven cómo fuiste subiendo hasta aquel grado de sublime y sencilla fe que llegarás a mostrar cuando tu amo muera. De encantamientos en encantamientos llegaste a la cumbre de la fe salvadora." (91)

Sancho, para Unamuno, es en este aspecto más humano que Don Quijote, pues que su fe fué voluntad de creer, lucha por entrar en el ámbito del ideal en el que a sus anchas se movía en su locura el hidalgo manchego.

La fe de Unamuno guerreaba con la razón, sin alcanzar victoria definitiva. A veces hay en él rencor contra su ser intelectual que le imponía una menguada creencia en la propia inmortalidad, añoranza de la fe que llamó "de carbonero", definitivamente perdida. Con fre-

cuencia halló deleite en esas íntimas y trágicas contradicciones que llenan toda su obra, gusto por la "agonía" de su vivir, por estimar que en todo ello se encuentra la esencia del hombre auténtico, en el que a su vez coexisten con idéntica fuerza razón y fe.

Unamuno se vió a sí mismo como ejemplo de verismo humano, de vivir profundo y consciente, y recrea una y otra vez la propia angustia, modelo en su concepción de un pleno existir.

Si huyó de la idea, gustó en cambio el ideal, y en Don Quijote sintetizó su admiración hacia la voluntad de vivir en él y para él. La figura del hidalgo castellano fue modelo de acción y ejemplo que plenamente justificaba a sus ojos la bondad de la locura y la carga que representa para el hombre su razón. (92)

Una consecuencia de esta posición irracionalista es su actitud, con frecuencia irónica, frente a la ciencia. Las conquistas que ésta alcanzó durante la vida de Unamuno, no lo movieron a admiración. Antes al contrario, en el positivismo no logró ver sino el camino por el cual el hombre olvidaba sus problemas trascendentes, para entronizar, como centro de sus preocupaciones, esta vida, en su sentir precaria. "Porque la ciencia, en cuanto sustitutiva de la religión, y la razón en cuanto sustitutiva de la fe, han fracasado siempre. La ciencia podrá satisfacer y de hecho satisface en una medida creciente, nues-

tras crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y conocer la verdad; pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela." (93)

La ciencia no llega a Dios, antes bien, aleja de El al hombre, y cuanto mayor veneración se rinde a aquélla, más y más se hunde éste en lo temporal, olvidando lo eterno.

Como sucede con todos los grandes temas unamunianos, también el anticientificismo recorre reiteradamente las páginas de su obra, y desde luego se manifiesta en la novela.

Pero es en Amor y Pedagogía donde constituye uno de los temas centrales de la narración. Más aun, Auito Carrascal, el protagonista, es ante todo encarnación de ese afán anticientífico del autor. Hombre en caricatura, hace vivir una idea, él es propiamente un concepto en mayor proporción que un hombre.

La novela se halla escrita en tono de burla, de amarga ironía y aún de gracejo - tan raro en la obra de Unamuno - Sin embargo, no hay necesidad de llegar al trágico desenlace de la historia para percibir, bajo la superficialidad del humor, lo doloroso de su sentido. El protagonista es sólo una sombra de hombre. Todo en él es razón y ciencia y ha desaparecido de su ser el

sentimiento, la pasión, el amor y el sufrimiento. Auito Carrascal, así dibujado, es un no hombre y más que risa despierta compasión por su carencia de ser verdadero.

Unamuno demuestra en Amor y Pedagogía que puede manejar la ironía y hablar en tono de burla de los problemas que le atormentaban. Sin embargo, en la obra irrumpe el tono de tragedia, tratado con la seriedad dolorosa propia de su exposición, cuando de la inmortalidad se trata.

Frente al amor - sentimiento - sitúa Unamuno la pedagogía - ciencia - y crea a un hombre sumergido en ésta, mas ajeno e insensible a aquél. Muñeco absurdo, sólo el dolor - y por tanto el triunfo del sentimiento - despiertan su dormida humanidad. Es la muerte del hijo, del que no pudo hacer, con ayuda de la Pedagogía, genio, y ni aún hombre, el hecho que guía a Don Auito para caer en brazos del amor y empezar una vida auténtica.

La ciencia no es en la obra de Unamuno redentora, ni siquiera proporciona al hombre consuelo en su ineludible limitación temporal. No puede acabar con la muerte y sí destruye la fe en la inmortalidad, queriendo explicar el mundo y la vida con razones, cuando que la vida escapa en su ansia de perdurabilidad a toda lógica, en el pensamiento de nuestro autor. Y así exclamará Auito Carrascal en Niebla, pues que en sus páginas aparece redimido de su cientificismo el pedagogo: " - Sí, Augus

to, sí...la vida es la única maestra de la vida; no hay pedagogía que valga. Sólo se aprende a vivir viviendo, y cada hombre tiene que recomenzar el aprendizaje de la vida de nuevo." (99)

Y aún el Avito Carrascal de Amor y Pedagogía tiene dentro de su ser inauténtico, pues que tan sólo es una idea, momentos en que olvidando la ciencia y la razón, actúa a dictados de su sensibilidad irracional. Así obró al elegir esposa en que se dejó llevar por el sentimiento y en vez de la dólico-rubia, escoge a Marina, branquimorena, para madre del futuro genio. Y es que es impensable un hombre sólo, exclusivamente razón, que su única fe sea la ciencia y ella le baste para explicar la vida y la muerte. Tal vez el episodio más trágico en la novela (95) es aquél en que el pobre pedagogo, ante el cadáver de su hija explica lo que según la biología es la muerte.

En ningún momento la ironía es más amarga que en éste, donde aparece un hombre desprovisto de toda categoría humana, que ante el dolor, en vez de sufrir o llorar, razona sin asomos de amargura.

Este rencor contra el endiosamiento de la ciencia está vivo en toda obra unamuniana, no exclusivamente en Amor y Pedagogía. En la vida de Don Quijote y Sancho, afirma la ineficacia de los adelantes técnicos para dar felicidad al hombre (96) En su concepto "no es la cien-

cia sola, la redentora de la vida" (97) pues que por más acabada que sea no puede lograr la supresión de su temporalidad forzosa.

También en Abel Sánchez, Joaquín Monegro buscó consuelo en su ciencia, quiso hacer de ella un narcótico para su dolor y un estimulante de su vivir, mas en vano, puesto que el odio que lo torturaba crecía a modo de cáncer invadiendo todo su ser, sin posible curación.

Pero tal vez el máximo encono de Unamuno fué contra los eruditos. No comprendió jamás el saber por el saber mismo, pues que para él todo conocimiento es en función del hombre, de cada hombre, en la busca de una vida más feliz y sobre todo imperecedera. Hallamos reiteradamente expuesto su humanismo, entendiendo el concepto en su más amplio sentido: el hombre concreto es un fin supremo en sí, todo lo creado es para él, sujeto y primer objeto del filosofar. Dentro del mundo soñado de sus personajes aparece la caricatura del erudito, no sólo en Amor y Pedagogía sino también en Niebla, donde en Antón S. Paparrigópulus descarga todo su desprecio por lo deshumano - en su sentir - de la erudición y del erudito.

Frente al desdén y la desconfianza que mostró el rector salmantino ante la ciencia, aparece en su dialéctica de contradicción, la admiración por la poesía, poesía de creación, cercana a lo inefable, sin las restricciones de lo estrictamente racional; poesía que es

expresión de la vida, razón y sinrazón. Y dentro de los grandes poemas incluye los Evangelios de Cristo, los Diálogos de Platón, la Iliada y la Odisea, La Divina Comedia, el Quijote, el Paraíso Perdido, el Fausto, y también la Ética de Spinoza, la Crítica de la razón pura de Kant y la Historia de Tucídides.

Concepto amplísimo que se acerca sobre todo al sentido griego etimológico de la palabra.

Así pudo escribir en el Epílogo a la Novela de Don Sandalio: "Todo poeta, todo creador, todo novelador - novelar es crear - al crear personajes se está creando a sí mismo, y si le nacen muertos es que él vive muerto. Todo poeta, digo, todo creador, incluso el Supremo Poeta, el Eterno Poeta, incluso Dios, que al crear la Creación, el Universo, al estarlo creando de continuo, poematizándolo, no hace sino estarse creando a Sí mismo en su Poema, en su Divina Novela" (98) y deviene la poesía máxima expresión de la verdad. (99)

En Del sentimiento trágico de la vida dijo "que la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia" (100) y aceptó gustoso para su obra toda - incluso el ensayo - los títulos de poema, mito o fantasmagoría.

A la verdadera poesía le es dado expresar con mayor pureza lo inefable de la vida. En carta dirigida a Federico de Onís dijo, con evidente orgullo de si mismo: "Yo no he sido nunca más que un poeta; es decir nada menos

que un poeta." (101)

De este modo su obra literaria - ensayo, novela, drama, poesía - caen dentro de esta concepción de lo poético, método de expresión y conocimiento del hombre y de la vida.

NOTAS DEL CAPITULO III

- 1.- La Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 275.
- 2.- Ensayos Aguilar - Pág. 734.
- 3.- "Ten por seguro, Sancho, que si al fin y a la postre se nos da, como te tienen prometido, una visión beatífica de Dios, esa visión habrá de ser un trabajo, una continua y nunca acabadera conquista de la Verdad Suprema e Infinita, un hundirse y chapuzarse cada vez más en los abismos sin fondo de la Vida Eterna." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 200.
- 4.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 835 - Ensayos Aguilar.
- 5.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 192 (Austral)
- 6.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 92.
- 7.- "García Bacca analiza con maestría en el estudio dedicado a Unamuno, el valor de la nada en la concepción filosófica y metafísica del vasco. En el horror a la nada, en la repugnancia que ella es en toda vida auténtica, se revela la realidad del "Ser" del hombre. Así en los siguientes párrafos:
"Provocar en nuestra realidad individual horror a la nada de sí, notar que surge en nosotros horror y pánico ante la muerte total o aniquilación es notar no sólo que "existo" - "Ergo sum", cartesiano -, sino que "me repugna" la aniquilación, es decir: que mi realidad repugna o es contradictoria con la aniquilación; lo cual viene a decir que soy una viviente repugnancia contra la nada, que soy necesariamente en la medida en que la nada me repugna, me horroriza." Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas - Pág. 114.
"No hay en Heidegger "temblar por el ser"; sólo quien haya sentido de veras esa seminoción cristiana de la creación y aniquilación de los entes, de los seres concretos, puede llegar a temblar por su ser, sentir en sí, horror ante la nada, notar que le repugna; y asentar en esta positiva, sentida, vibrante, repugnancia, la necesidad de su ser, sus positivos derechos a ser, levantando por el horror sentido a la nada, por la positiva repugnancia hacia la nada, el hecho de existir a derecho y necesidad de existir.- Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas - Pág. 115.
"Empero quien se puso a morir, quien intentó concebirse no existiendo, quien se retorció sobre sí para

ver si llegaba a tener conciencia de su propia inconsciencia, al notar el fracaso en si mismo, al percibir la imposibilidad real y sentida de no poder concebirse no existiendo, dirá: "es imposible que yo me conciba no existiendo", "es imposible tener conciencia de la inconsciencia". Pero para llegar a decir esto con verdad viviente y eficiente es preciso decirlo con conciencia agónica, haber luchado por concebir su propio aniquilamiento, su propia inconsciencia." Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas - Pág. 110.

"No creo sea menester gastar palabras para ver que la angustia, congoja, vértigo unamunescos nada tienen que ver con los heideggerianos. Por de pronto: Unamuno quiere notar él, Miguel de Unamuno, hombre de carne y hueso esté hombre -, que es él quien, individualmente, resiste a la nada y la resiste eficazmente, conscientemente, en ese intento desesperado, suicida, de quererse notar no siendo, de querer tener conciencia de la inconsciencia de si mismo. Y para reforzar esta constatación de la firmeza de la propia individual realidad frente a la nada, trata de pensarse no existiendo, de imaginarse no existiendo, de sentirse no existiendo, de tener conciencia de sus estados de inconsciencia...Y el fracaso de tal intento es la constatación misma de la firmeza de su realidad individual, de que no solamente "existo" - así de hecho o porque estoy pensando realmente, presente a mí mismo en el acto de pensar -, sino que existo porque eficazmente mi existencia se defiende de la nada, constatando no solamente "que vivo" sino que "no puedo suicidarme" lo cual es dar fe del hecho y además de una cierta necesidad de mi existencia individual. Porque es a esta existencia individual a la que se agarran las manos asesinas, programáticamente, las manos estranguladoras, por plan; y es esta existencia individual la que resiste tal prueba." - Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas - Pág. 113.

- 8.- "Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad. Y hay que creer acaso en esa otra vida para merecerla, para conseguirla, o tal vez ni la merece ni la consigue el que no la anhela sobre la razón, y, si fuere menester, hasta contra ella." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 213.

- 9.- "Ya dijo no sé donde otro profesor, el profesor y hombre Guillermo James, que Dios para la generalidad de los hombres es el productor de inmortalidad. Sí, para la generalidad de los hombres, incluyendo al hombre Kant, al hombre James y al hombre que traza estas líneas, que estás lector, leyendo." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 12.
- 10.- "Empero, pues tanto razón como sentimiento: razón en estado de escepticismo, y sentimiento en estado de desesperación, son partes reales del hombre concreto, y no sólo son partes sino que están siendo sentidas como tales, con esa extrema agónica conciencia que da el hallarse sometido al tormento del potro; sentimiento que tira desesperadamente hacia sí de la razón para que ésta le alumbré la salida, y razón que tira hacia sí al sentimiento para convencerle, si pudiera, de que la inmortalidad, su demostración racional, es imposible, este desconyuntamiento real y viviente de la propia unidad, al no poder efectivamente romper la unidad del hombre - puesto que está siendo sentido como tragedia, como desconyuntamiento, como sentimiento doliéndole a la razón, cual razón doliéndole al sentimiento - da una resultante real: la esperanza, que es un término medio, una resultante dinámica, de razón y un sentimiento puro y simple de perpetuación." - García Bacca, Juan David - Op. Cit. - Pág. 127.
- 11.- García Bacca - Op. Cit. - Pág. 133.
- 12.- "Y precisamente a mí, que llevo esa espina en lo más profundo del corazón; a mí que no puedo resignarme a volver un día a la inconsciencia; a mí, que tengo sed de eternidad, esos aplausos me trillan el corazón. Que un hombre no crea en otra vida, lo comprendo, ya que yo mismo no encuentro prueba alguna de que así sea; pero que se resigne a ello y sobre todo, que hasta que no desee más que ésta, eso sí que no lo comprendo." - Materialismo popular - Pág. 528 - Ensayos Tomo I.
- 13.- "Frente a este riesgo, y para suprimirlo me dan ratiocinios en prueba de lo absurda que es la creencia, en la inmortalidad del alma; pero esos ratiocinios no me hacen mella, pues son razones y nada más que razones, y no es de ellas de lo que se apacienta el corazón. No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la dura-

ción de mi alma, de la mía propia." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 45.

14.- "Problema trágico y constante que, acompaña al hombre y del que no se puede huir. Ya Platón, en su diálogo sobre la inmortalidad del alma, sintió el drama de este anhelo injustificable, y hablando del ensueño de ser inmortales se refirió al riesgo que se corre si no es cierta tal inmortalidad. Y Pascal situó su pari, su apuesta sobre este riesgo platónico. De nada sirven que se nos ofrezcan ratiocinios para destruir la creencia en la inmortalidad y calmar, con ello, el hambre que nos produce. Las razones no apacientan el corazón si no son, como Pascal quería razones del corazón. El corazón dice: No quiero dejar de ser, persisto en mi esencia, rehuyo la creencia en la muerte. No quiero morirme ni quiero creerlo. Quiero vivir siempre. Y la razón que no es razón de corazón queda violentamente silenciada cuando se opone a este sentimiento irracional. Entonces, la conciencia presentacional, de puro dato, vuelve a la carga y nos dice: carecemos de fenómeno de prueba, de hecho. Démosle lado el problema. Y la conciencia agónica proclama: No me someto a la razón y me rebelo" - Serrano Poncela - Op. Cit. - Pág. 130.

15.- Pág. 39.

16.- "Quedémonos ahora en esta vehemente sospecha de que el ansia de no morir, el hambre de la inmortalidad personal, el conato con que tendemos a persistir indefinidamente, en nuestro ser propio y que es, según el trágico judío, nuestra misma esencia, eso es la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana, fraguada por un hombre y para hombres. Y veremos como la solución a ese íntimo problema afectivo, solución que puede ser la renuncia desesperada de solucionarlo, es la que tiene todo el resto de la filosofía. Hasta debajo del llamado problema de conocimiento no hay sino el afecto ése humano como debajo de la inquisición de por qué de la causa no hay sino la rebusca del para qué, de la finalidad. Todo lo demás es o engañarse o querer engañar a los demás. Y querer engañar a los demás para engañarse a sí mismo." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 38.

17.- Pág. 21.

18.- La vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 284.

- 19.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 247.
- 20.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 286.
- 21.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 13.
- 22.- Amor y Pedagogía - Pág. 111.
- 23.- Amor y Pedagogía - Pág. 109.
- 24.- "Todo autor que escribe mucho, se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse a contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus de unas pocas y sencillas ideas, expuestas con más vigor y eficacia, pero con más uniformidad y constancia que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarecerte esto, porque sé bien cómo admiras a San Atanasio porque fue hombre de una idea." - Soliloquio - Ensayos - Tomo II - Pág. 574.
- 25.- Niebla - Pág. 173.
- 26.- Niebla - Pág. 52.
- 27.- Niebla - Pág. 23.
- 28.- Niebla - Pág. 10.
- 29.- Abel Sánchez - Pág. 56.
- 30.- "El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión le pongan el "Dejad toda esperanza!", y es mejor vivir en dolor que no dejar de ser en paz. En el fondo, era que no podía creer en esa atrocidad de un infierno, de una eternidad de pena, ni veía más verdadero infierno que la nada y su perspectiva. Y sigo creyendo que si creyésemos todos en nuestra salvación de la nada seríamos todos mejores." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 44.
- 31.- Escrito con j. en la novela, como hace Unamuno, siempre con los sonidos je, ji, excepto cuando la g es de origen etimológico.

- 32.- "Y también en el mismo sentido: "Hasta que la leí y releí el Caín Byroniano, yo, que tantos hombres había visto agonizar y morir, no pensé en la muerte, no la descubrí. Y entonces pensé si al morir me moriría con mi odio, si se moriría conmigo o si me sobreviviría; pensé si el odio sobrevive a los odiadores, si es algo substancial y que se trasmite; si es el alma la esencia misma del alma. Y empecé a creer en el Infierno y que la muerte es un ser, es el Demonio, es el Odio hecho persona, es el Dios del alma." Abel Sánchez - Pág. 56.
- 33.- "De mí sé decir que cuando era un mozo, y aun de niño, no lograron conmoverme las patéticas pinturas que del Infierno me hacían, pues ya desde entonces nada se me aparecía tan horrible como la nada misma." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 739 - Ensayos Aguilar.
- 34.- Pág. 11.
- 35.- Pág. 40.
- 36.- Pág. 132.
- 37.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 56.
- 38.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 50.
- 39.- "---Oíd: cuidado de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer. Y tú Lázaro, cuando hayas de morir, muere como yo, como morirá nuestra Angela, en el seno de la Santa Madre Católica, Apostólica, Romana, de la Santa Madre Iglesia de Valverde de Lucerna, bien entendido. Y hasta nunca más ver, pues se acaba este sueño de la vida...."
"---¡Padre, padre! -- gemí yo."
"---No te aflijas, Angela, y sigue rezando por todos los pecadores, por todos los nacidos. Y que sueñen, que sueñen. ¡Qué ganas tengo de dormir, dormir, dormir sin fin, dormir por toda una eternidad sin soñar!, ¡Olvidando el sueño! -- Cuando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... ¡Y entonces sí que creía entonces. Para un niño creer no es más que soñar. Y para un pueblo. Esas seis tablas que tallé con mis propias manos, las encontraréis al pie de mi cama." San Manuel Bueno, Mártir - Págs. 51 y 52.

- 40.- "----¿Es que hay infierno, Don Manuel?
Y él, sin inmutarse:
---¿Para tí, hija? Nó.
---¿Para los otros, lo hay?
---¿Y a ti que te importa, si no has de ir a él?
---Me importa por los otros. ¿Lo hay?
---Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo.
---Y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, refle-
jado en el lago." - San Manuel Bueno, Mártir - Pág.
37.
- 41.- "Me retiré, pensando, no sé qué por qué, que nuestro
Don Manuel, tan afamado curandero de endemoniadas,
no creía en el demonio." - San Manuel Bueno, Mártir -
Pág. 36.
- 42.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 57.
- 43.- Amor y Pedagogía - Pág. 109.
- 44.- "Y si El nos tira a Sí con infinito tirón, también
nosotros tiramos de El. Su cielo padece fuerza. Y
es El para nosotros, ante todo y sobre todo, el eter-
no productor de la inmortalidad." - Vida de Don Qui-
jote y Sancho - Pág. 29.
- 45.- Plenitud de plenitudes y todo plenitud - Pág. 583 -
Ensayos.
- 46.- Marías Julián - Op. Cit. - Pág. 146.
- 47.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 133.
- 48.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 131.
- 49.- "Mientras peregriné por los campos de la razón a bus-
ca de Dios, no pude encontrarle porque la idea de
Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una
idea, y fue entonces cuando erraba por los páramos
del racionalismo, cuando dije que no debemos buscar
más consuelo que la verdad, pero llamando así a la
razón, sin que por eso me consolara, pero al irme
hundiendo en el escepticismo racional de una parte y
en la desesperación sentimental de otra, se me encen-
dió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo
sentir, su falta, su realidad." - Del sentimiento trá-
gico de la vida - Pág. 143.
- 50.- García Bacca, Juan David - Op. Cit. - Pág. 136 - Y
también en esta obra se lee: "La esperanza crea en
nuestra vida, que comienza por dársenos en estado de

hecho, la necesidad de vivir una vida eterna o necesaria; de esta creación surge la creencia en la vida eterna, la fe viviente; y es esta fe, radicalmente creadora por su raíz o enraizamiento en la esperanza, la que crea un Dios a nuestra imagen y semejanza, es decir: un Dios viviente con vida consciente, con vida agónica y conciencia agónica. Empero no es crear a un Dios realmente distinto de nosotros, sin vínculos con nuestra vida consciente y con nuestra conciencia agónica, sino que el Dios así creado por nuestra fe y por nuestra esperanza es "sustancia de lo que esperamos", es Dios "que llevamos dentro" (ibid. pág. 831). Lo cual no es, en rigor, sino tomar en serio, como sólo puede hacerlo la vida consciente, y no la razón, aquello de San Pablo: "En Dios vivimos".- Pág. 141.

51.- Del sentimiento trágico de la vida.- Pág. 143.

52.- La agonía del cristianismo.- Pág. 111.

53.- García Bacca, Juan David.- Op. cit. - Pág. 135.

54.- Del sentimiento trágico de la vida.- Pág. 129.

55.- De ese sentir a Dios son muestra estos párrafos que escribió en Del sentimiento trágico de la vida.

"Y este Dios, el Dios vivo, tu Dios, nuestro Dios, está en mí, está en tí, vive en nosotros, y nosotros vivimos, nos movemos y somos en El. Y está en nosotros por el hambre, que de El tenemos, por el anhelo haciéndose apetecer. Y es el Dios de los humildes, porque Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios y lo flaco para avergonzar a lo fuerte, según el Apóstol."

"El Dios de que tenemos hambre es el Dios a que oramos, el Dios del Pater Noster, de la oración dominical; el Dios a quien pedimos, ante todo y sobre todo, démonos o no de esto cuenta, que nos infunda fe, fe en El mismo, que haga que creamos en El, que se haga El en nosotros, el Dios a quien pedimos que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad - su voluntad y no su razón - y así en la tierra como en el cielo; más sintiendo que su voluntad no puede ser sino la esencia de vuestra voluntad, el deseo de persistir eternamente."

"Y tal es el Dios del amor, sin que sirva el que nos pregunten como sea, sino que cada cual consulte a su corazón y deje a su fantasía que se lo pinte en las lontananzas del Universo, mirándole por sus millones de ojos, que son los luceros del cielo de la noche.

Ese en que crees, lector, ése es tu Dios, el que ha vivido contigo, en ti, y nació contigo, y fue niño cuando eras tú niño, y haciéndose hombre según tú te hacías hombre, y que se te disipa cuando te disipas, y que es tu principio de continuidad en la vida espiritual, porque es el principio de solidaridad entre los hombres todos y en cada hombre y de los hombres con el Universo y que es como tú, persona. Y si crees en Dios, Dios cree en ti, y creyendo en ti se crea de continuo. Porque tu no eres en el fondo sino la idea que de ti tiene Dios; pero una idea viva, como de Dios vivo y consciente de sí, como de Dios conciencia." - Pág. 152.

"Y concluyo que en aquella masa informe hay una conciencia. Y así no de otro modo, mira el creyente al cielo estrellado, con mirada sobrehumana, divina, que le pide suprema compasión y amor supremo, y oye en la noche serena la respiración de Dios que le toca en el cogollo del corazón, y se revela a él. Es el Universo que vive, sufre, ama y pide amor." - Pág. 164.

- 56.- García Bacca, Juan David - Pág. 160.
- 57.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 279.
- 58.- "El fin de la justicia es el perdón, y en nuestro tránsito a la vida venidera, en las ansias de la agonía, a solas con nuestro Dios, se cumple el misterio del perdón para los hombres todos. Con la pena de vivir y las penas a ella consiguientes se pagan las fechorías todas que en la vida se hubiesen cometido; con la angustia de tener que morir se acaba de satisfacer por ellas. Y Dios, que hizo al hombre libre, no puede condenarle a perpetuo cautiverio." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 96.
- 59.- Abel Sánchez - Pág. 38.
- 60.- Amor y Pedagogía - Pág. 42.
- 61.- Pág. 201.
- 62.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 139.
- 63.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 120.
- 64.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 153.
- 65.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 22.
- 66.- Ensayos Aguilar - Tomo II - Pág. 391.

- 67.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 45.
- 68.- Obras Completas - Tomo I - Pág. 766.
- 69.- "Creo Señor; socorre a mi incredulidad ¡Esto podrá parecer una contradicción, pues si cree, si confía, ¿Cómo es que pide al Señor que venga en socorro de su falta de confianza? Y, sin embargo, esa contradicción es lo que da todo su más hondo valor humano a ese grito de las entrañas del padre del endemoniado. Su fe es una fe a base de incredulidad. Porque cree, es decir, porque quiere creer, porque necesita que su hijo se cure, pide tal al Señor, que venga en ayuda de su incredulidad, de su duda de que tal curación pueda hacerse. Tal es la fe humana, tal fue la heroica fe que Sancho Panza tuvo en su amo el Caballero Don Quijote de la Mancha, según creo haberlo mostrado en mi obra Vida de Don Quijote y Sancho; una fe a base de incertidumbre de duda y es que Sancho Panza era hombre, hombre entero y verdadero, y no era estúpido pues sólo siéndolo hubiese creído sin sombra de duda, en las locuras de su amo. Que a su vez tampoco creía en ellas de ese modo, pues tampoco aunque loco era estúpido. Era, en el fondo un desesperado, como en esa mi susomentada obra creo haber mostrado. Y por ser un heroico desesperado, el héroe de la desesperación íntima y resignada por eso es el eterno dechado de todo hombre cuya alma es un campo de batalla entre la razón y el deseo inmortal. Nuestro Señor Don Quijote es el ejemplar del vitalista cuya fe se basa en incertidumbre y Sancho lo es del racionalismo que duda de su razón." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 105.
Así también en La agonía del cristianismo leemos:
"El modo de vivir, de luchar, de luchar por la vida y vivir de la lucha, de la fe, es dudar. Ya lo hemos dicho en otra nuestra obra, recordando aquel pasaje evangélico que dice: "Creo, socorre a mi incredulidad". (Marc. IX, 24). Fe que no duda es fe muerta." Pág. 23 - Y las citas de la invocación podrían multiplicarse.
- 70.- "Era yo entonces una mocita, una niña casi; pero empezaba a ser mujer, sentía en mis entrañas el jugo de la maternidad y al encontrarme en el confesionario junto al santo varón, sentí como una callada confesión suya en el susurro sumiso de su voz y recordé cómo cuando al clamar él en la iglesia las palabras de Jesucristo: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?", su madre, la de don Manuel, respondió desde el suelo: "¡Hijo mío!" y oí este grito que desgarraba la quietud del Templo. Y volví a confesarme

con él para consolarle." - San Manuel Bueno, Mártir
Pág. 36.

Y en La agonía del cristianismo leemos:

"Y a este Cristo, al de "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mat. XXVII, 46), es al que rinden cultos los creyentes agónicos. Entre los que se cuentan muchos que creen no dudar, que creen que creen". - La agonía del cristianismo - Págs. 22 y 23.

- 71.- "--El me hizo hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado -- me decía --. El me dio fe.
--¿Fe? -- le interrumpía yo.
--Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida. El me curó de mi progresismo. Por que hay Angela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en ésta..." San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 54.
- 72.- Op. Cit. - Pág. 124.
- 73.- Pág. 44.
- 74.- "Es pues, la caridad el impulso a libertarse y a libertar a todos mis prójimos del dolor y a libertar a Dios que nos abarca a todos." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 176.
- 75.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 43.
- 76.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 43.
- 77.- "No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos. Resignación y caridad en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico." San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 49.
"El cristianismo, la única religión que nosotros, europeos del siglo XX, podemos de veras sentir, es,

como decía Kierkegaard, una salida desesperada, salida que sólo se logra mediante el martirio de la fe, que es la crucifixión de la razón, según el mismo trágico pensador." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 960 - Ensayos - Tomo II.

78.- La sagrada familia y otros escritos. - En torno a la crítica de la filosofía de Hegel - Introducción - Pág. 3.

79.- Marías Julián - Op. Cit. Pág. 159.

80.- "Es que el cristianismo, la cristiandad más bien, desde que nació en San Pablo, no fue doctrina, aunque se expresara dialécticamente; fue vida, fue lucha, fue agonía. La doctrina era el Evangelio, la Buena Nueva. El cristianismo, la cristiandad, fue una preparación para la muerte y para la resurrección, para la vida eterna. "Si Cristo no resucitó de entre los muertos, somos los más miserables de los hombres." dijo San Pablo." - La agonía del cristianismo - Pág. 32.

81.- "Lo que voy a exponer aquí, lector, es mi agonía, mi lucha por el cristianismo, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada momento de mi vida íntima." - La agonía del cristianismo - Pág. 16.

82.- "No conoció a Jesús, pero le sintió renacer en sí, y pudo decir aquello "no vivo en mí mismo, sino en Cristo." Y predicó la cruz, que era escándalo para los judíos y necedad para los griegos, y el dogma central para el Apóstol convertido fue el de la resurrección de Cristo; lo importante para él era que el Cristo se hubiese hecho hombre y hubiese muerto y resucitado y no lo que hizo en vida, no su obra moral y pedagógica, sino su obra religiosa y eternizadora, y fue quien escribió aquellas inmortales palabras "Si se predica que Cristo resucitó a los muertos ¿Cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestra fe es vana...Entonces, los que durmieron en Cristo se pierden. Si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 58.

83.- Personalidad y religiosidad de Unamuno - La Torre - Pág. 244.

- 84.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 824 - Ensayos Aguilar.
- 85.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 98.
- 86.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 956 - Ensayos Aguilar.
- 87.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 246.
- 88.- "¿Creía Pascal?. Quería creer. Y la voluntad de creer, la will to believe, como ha dicho William James, otro probalista, es la única fe posible en un hombre que tiene la inteligencia de las matemáticas, una razón clara y el sentido de la objetividad." - La agonía del cristianismo - Pág. 112.
- 89.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 157.
- 90.- "Era, por el contrario, fe verdadera y viva, fe que se alimenta de dudas. Porque sólo los que dudan creen de verdad, y los que no dudan, ni sienten tentaciones contra su fe, no creen en verdad. La verdadera fe se mantiene de la duda; de dudas, que son su pábulo, se nutre y se conquista instante a instante, lo mismo que la verdadera vida se mantiene de la muerte y se renueva segundo a segundo, siendo una creación continua. Una vida sin muerte alguna en ella, sin deshacinamiento en su hacimiento incesante, no sería más que perpetua muerte, reposo de piedra. Los que no mueren, no viven; no viven los que no mueren a cada instante para resucitar al punto, y los que no dudan, no creen. La fe se mantiene resolviendo dudas y volviendo a resolver las que de la resolución de las anteriores hubieren surgido." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 160.
- 91.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 126.
- 92.- "Vino a perder el juicio". Por nuestro bien lo perdió; para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. Con juicio ¿hubiera sido tan heroico? Hizo en aras de su pueblo el más grande sacrificio: el de su juicio. Llenósele la fantasía de hermosos desatinos, y creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su desatino le mostraba, y en puro creerlo hizolo verdad." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 28.
- 93.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 92.

- 94.- Niebla - Pág. 78.
- 95.- Véase Capítulo VI.
- 96.- "El miedo y sólo el miedo sanchopanesco nos inspira el culto y veneración al vapor y a la electricidad; el miedo y sólo el miedo sanchopanesco nos hace caer de hinojos ante los desafortunados gigantes de la mecánica y la química implorando de ellos misericordia. Y al fin tendrá el género humano su espíritu agotado de cansancio y de hastío al pie de una colosal fábrica de elixir de larga vida. Y el molino Don Quijote vivirá, porque buscó la salud dentro de sí y se atrevió a arremeter a los molinos." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 55.
- 97.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 89.
- 98.- Pág. 96.
- 99.- "Ningún embustero puede ser poeta. La poesía es eterna y fecunda, como la visión; la mentira es estéril como una mula y dura menos que la nieve marcerá." Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 203.
- 100.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 10.
- 101.- Publicada en la revista "La Torre" - Pág. 59.

CAPITULO IV

LA INMORTALIDAD DEL NOMBRE

Dichosa edad y siglo dichoso aquel
adonde saldrán a luz las famosas
hazañas mías, dignas de entallarse
en bronces, esculpirse en mármoles
y pintarse en tablas para memoria
en lo futuro.

Cervantes

1.- Razón de ser.

Don Miguel de Unamuno, como queda dicho, ansió con máxima angustia la inmortalidad personal y es en su sentir este anhelo, tan vivo en la obra, la esencia misma del hombre, de cada hombre.

Mas, pese a la vivencia indudable del deseo de ser por siempre, la razón del pensador no logró sustentar la creencia en la perdurabilidad personal y en Dios inmortalizador que la justificase. Por ello, su fe vive entre dudas, en desesperanzada espera, en agonía, mientras a lo largo de su obra la pugna entre contrarios libran batalla continua y sin fin, que pues no logró absolutamente creer, triunfo del sentimiento y de la fe; ni absolutamente negar, triunfo de la razón y de la ciencia.

Sin embargo, esa su menguada razón de hombre del siglo XX, mil veces atacada, mas nunca silenciosa, le llevó a desear la inmortalidad del nombre y de la obra, después de que su vida temporal hubiera concluído en la fatalidad del tiempo. Y por alcanzar esa vida futura luchó Miguel de Unamuno con el esfuerzo que su pasión le

proporcionaba.

Ansió, si bien como pálido sustitutivo a su inmortalidad personal, de "bulto", vivir en la memoria de los hombres a través de la obra y de los personajes cuyas vidas soñadas son trasunto de la suya propia. Quiso que su voz, que gritó potente en vida, resonara después de la muerte, confiado así en no callar definitivamente en el silencio de no ser.

"Quería alcanzar la eternidad como el hombre Miguel de Unamuno que era, cruzando por la pasarela de la muerte desde los campos de Salamanca a los Campos Elíseos. Y cuando llegó al dramático convencimiento de que esa inmortalidad de carne y hueso no era posible, cuando perdió la fe, se resignó (pero nunca se consoló) con el pálido reflejo de la inmortalidad de las obras, mejor dicho, de la perduración de la obra literaria, parvo consuelo para quien se soñaba eterno", comenta Harriet S. Stevens (1) ¿Llegó en verdad al convencimiento de que su perduración personal y consciente era irrealizable? Por lo menos es evidente que dudó de ella, pues en verdad la negación absoluta no se encuentra planteada con certeza, sino siempre la duda vital de la que ante el pavor de la nada racional no quiso salir.

Esta posición de Unamuno consciente y reiteradamente planteada en su obra es asimismo la de tantos hombres que buscaron la perduración de su nombre en los

siglos y la memoria de la posteridad. Afán que arranca desde el despertar del hombre a la muerte. Vanidad de vanidades, mas a su pesar sigue vigente el anhelo humano de no morir del todo, por lo menos mientras en esta tierra haya hombres que puedan recordar y revivir a los que fueron en la historia, que con pasión de vida nos le garon esforzadas conquistas vivas en el recuerdo. Por ello repetidamente dijo Unamuno que en él vivía el pasado, con la esperanza de que su "yo" perdurara en lo por venir.

"Lo que pretende el héroe - escribe Ferrater Mora - (y aun podría decirse que los hombres todos) es... que su espíritu encarne en el futuro, es salvarse por los hijos del espíritu que son sus obras; por lo tanto, perpe tuarse" (2)

Y Unamuno mismo, con la sinceridad con que acos tumbró desnudar su ansia de ser, dejó constancia, una y otra vez, de su afán por seguir viviendo en las páginas de su obra y monologar con los hombres que recrearan en sus personales sensibilidades la suya propia.

"Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma - escribió (3) -, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y de los

venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse siquiera en apariencia."

Don Miguel de Unamuno no sólo luchó en vida por singularizarse por ser "él", único e insustituible, frente a los demás, por manifestar su fuerte personalidad y furioso individualismo, sino que también se propuso que ese "yo" siguiera siendo en la obra, sin fingimientos. Así aparece el hombre autor como personaje en sus fábulas y cuando no, claramente vive en los entes imaginarios, portavoz de su sentir y pensar. Lo dicho en primera persona en los ensayos, repítelo los protagonistas, con frecuencia literalmente, pues que no ocultó esa exorbitada personalidad de creador, antes al contrario, con renovado placer la hace patente en sus hijos espirituales.

2.- Creador y criaturas. - Unamuno gustó de explicar en prólogos y epílogos de sus novelas la historia de éstas, su suerte ante el público (sobre todo el de lengua extranjera), el ser de los hombres soñados y su parentesco con él, su soñador. (4)

De Paz en la guerra, su primera novela, nos cuenta en el prólogo a la segunda edición (5): "Aquí, en este libro que es el que fué - encerré más de doce años de trabajo; aquí recogí la flor y el fruto de mi expe-

riencia de niñez y mocedad; aquí está el eco, y acaso el perfume, de los más hondos recuerdos de mi vida y de la vida del pueblo en que nací y me crié; aquí está la revelación que me fue la historia y con ella el arte". Y no le bastó con lo que de la infancia dijo en Paz en la guerra; en 1908 vuelve a resoañar esa época en Recuerdos de niñez y mocedad, con la añoranza del hombre que revive los años idos. El Unamuno niño, el creyente fervoroso, el calor del hogar y el cariño que de él emana, la monotonía de los días siempre iguales, es lo que hallamos en estas evocaciones de su infancia y adolescencia. Y en Paz en la guerra, novela sin par en su obra, la vida colectiva de su pueblo; las vivencias recordadas, ya conscientes y con sentido dentro de la proyección histórica del hombre adulto.

Así los personajes de la obra se sumergen en el conjunto colectivo, y viven los días de la paz y de la guerra - la monotonía rota por lo inaudito - para llegar a la serenidad íntima de lo eterno, del momento siempre repetido por igual de la vida; paz, tan excepcionalmente gustada en la novela unamuniana.

En la Vida de Don Quijote y Sancho, por si no lo hubiere advertido el lector, Unamuno explícitamente señala su paternidad de la historia resoñada, más aun, desliga a Don Quijote de su creador, declarando la independencia que tiene el Caballero de aquel Cervantes tem-

poral que alcanzó la dicha de darle por vez primera vida, dicha que le valió al pobre hombre mortal la perdurabilidad en la tierra.

Y en esta obra dice: "Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía a poner en los míos y hacerles decir en broma lo que yo siento muy en serio" (6), pensamiento expresado casi con las mismas palabras en el Prólogo a Amor y Pedagogía (7) Efectivamente, Unamuno no sólo crea vidas en sus novelas y pone en pie hombres auténticos, desvelándonos, aunque parcialmente, la realidad del existir; en ellas también se expresa a sí mismo. El lector se encuentra en contacto directo e inmediato con el autor que surge mediante las más diversas técnicas de las páginas del libro para comunicar su sentir y su pensar, sus congojas, sus dudas, sus afanes, el contenido en suma, de su más íntima realidad afectiva.

Esta estrecha vinculación expresamente aceptada entre Unamuno y sus personajes, está viva en toda su producción novelística. Desde luego, como ya se ha señalado, aparece en Niebla, donde no pudiendo resistir el simple papel de autor irrumpe en el escenario del mundo fingido, si bien en un plano superior, y traba apasionado y doloroso diálogo con el protagonista. También en San Manuel Bueno, Mártir, su novela postrera, reitera su vigorosa e

indudable paternidad de los entes soñados (8) Son hijos de su espíritu, de su conciencia, de su más profunda realidad humana. ¿Qué son distintos entre sí? Sin duda, pero como el mismo dijo, su intimidad, llena de contradicciones irreductibles, era todo un pueblo.

"Cada uno de los personajes de las novelas de Unamuno es, pues, independientemente, y esto quiere decir, en el fondo, que no es otro que el propio Unamuno, que se desdobra y multiplica para serlo todo en todos "apunta Ferrater Mora (9) y ello por ese afán expuesto al hablar de la inmortalidad del cuerpo y el alma de ser por siempre y sin dejar su individualidad consciente, vivir además en todo, que trasciende a su perduración personal en el mundo imaginario de los personajes.

3.- El hombre de carne y hueso y el ente de ficción.- ¿Cuál es más real: el hombre autor, que fue en el tiempo y en él dejó de ser; que amó, gozó, sufrió y seguramente no quiso morir pero murió, o los hombres por él creados, hijos de su espíritu, que le han sobrevivido? Si la verdadera realidad es la trascendente, la que logra no morir, matando al tiempo, a la luz de la vida temporal, más verdadero es el personaje soñado, pues, por lo menos, su existir puede atravesar los siglos y edades, mientras haya en este mundo vidas humanas que puedan recrearlo.

En estos términos queda planteada la problemática ontológica del hombre frente al personaje, que aun

nacido - como los de Unamuno - sin recato del ser autor, adquieren vida propia, y realidad de distinto orden a la de su creador.

Ya en la Vida de Don Quijote y Sancho había escrito al respecto: "Luego que un hombre se murió y pasó acaso a memoria de otros hombres, ¿en qué es más que una de esas ficciones poéticas de que abomináis? Vuestra merced debe saber por sus estudios lo de "Operari sequitur esse", el obrar sigue al ser, y yo le añado que sólo existe lo que obra y existir es obrar, y si Don Quijote obra, en cuantos le conocen, obras de vida, es Don Quijote mucho más histórico y real que tantos hombres, puros nombres que andan por esas crónicas que vos señor Licenciado, tenéis por verdaderas. Sólo existe lo que obra." (10)

Así, frente al ser del hombre se levanta el del ente de ficción, cuya verdad es justamente poseer en sí plena y verdaderamente la realidad humana.

"¿Y sé yo, además, - se pregunta Unamuno -, cercano ya a su fin (11) - Si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de "alma inmortal?" ¿Sé yo si aquel Augusto Pérez, el de mi novela Niebla, no tenía razón al pretender ser más real, más objetivo que yo mismo, que creía haberle inventado? De la realidad de este San Manuel Bueno, mártir, tal como me le ha revelado su discípula e hija espiritual Angela Carballido, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creía

el mismo santo; creo en ella más que creo en mi propia realidad."

De este modo, si por una parte los personajes fabulados son Unamuno mismo, por otra tienen una realidad, la suya propia, más perdurable que la del hombre temporal (12), y muerto éste, sólo ellos portan en el mundo su voz, su espíritu, sus ansias y temores: son su supervivencia. Para probarnos esa autonomía del personaje, Unamuno en Niebla, hace que se le enfrente Augusto Pérez, en franca rebeldía a sus designios. Mas también es en ese momento Augusto portavoz de su creador, que a Dios pidió vida y se sublevó ante la idea de dejar de ser.

Don Miguel de Unamuno, buscador infatigable de inmortalidad, encontró, en esos hijos espirituales la suya propia, pero los hombres soñados, en su autenticidad, sintieron también la misma ansia de ser, y lucharon en su historia por encontrar la menguada vida de la fama.

Y así lo expresó en Niebla, al decir: "Todo este mi mundo de Pedro Antonio y Josefa Ignacia, de Don Avito Carrascal y Marina, de Augusto Pérez, Eugenia Domingo y Rosarito, de Alejandro Gómez "nada menos que todo un hombre", y Julia, de Joaquín Monegro, Abel Sánchez y Elena, de la tía Tula, su hermana y su cuñado y sus sobrinos, de San Manuel Bueno y Angela Carballido - una ángela - y Don Sandalio, y de Emeterio Alonso, y Celedonio Ibañez y de Ricardo y Ludivina, todo este

mundo me es más real que el de Cánovas y Sagasta, de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, de Galdós, Pereda, Menéndez y Pelayo y todos aquéllos a quienes conocí o conozco vivos, y a algunos de ellos los traté o los trato. En aquel mundo me realizaré, si es que me realizo..." (13)

4.- El ente de ficción en pos de la gloria.-

Así caminan por la vida los personajes que creó Unamuno. Luchan, sufren, agonizan, buscando su inmortalidad.

¿Acaso no fue el afán de vivir en los siglos venideros, el resorte que movió a heroica acción al hidalgo manchego? ¿Cuál su afán más íntimo, revelado a Unamuno y del que hizo eje de su comentario? ¿Quién es Dulcinea, sino la gloria, por la que el caballero de la sinrazón sufre sinsabores y derrotas?

Don Quijote no quiere ínsula que gobernar, sino lucha y acción para ser ejemplo inmortal de vivir humano.

Sus salidas a la vida heroica van impulsadas por el afán de vida y su amor a la mujer no es otro que el amor a la gloria. "Y apacentó su corazón con las hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que, desprendidos de la vida que pasa, aspiraron a la gloria que queda. El deseo de gloria fue su resorte de acción." (14)

Don Quijote es, en la obra de Unamuno, ejemplo de vida, por su bondad, por su locura, por su desprendimiento, porque ve en él lo mejor y más elevado del ser del

hombre, Don Quijote es asimismo símbolo de su España, caminando de derrota en derrota, mas sobre todo Don Quijote sustenta el afán de no morir; ahí radicaba su locura, ahí su voluntad de acción y el móvil de sus azarosas hazañas por los caminos manchegos.

"El ansia de gloria y renombre es el espíritu íntimo del quijotismo, su esencia y su razón de ser, y si no se puede cobrarlos venciendo gigantes y enderezando entuertos, cobraráse los endechando a la luna y haciendo de pastor. El toque está en dejar nombre por los siglos, en vivir en la memoria de las gentes. ¡El toque está en no morir! ¡En no morir! Esta es la raíz última, la raíz de las raíces de la locura quijotesca. ¡No morir!, ¡no morir! Ansia de vida; ansia de vida eterna es la que te dió vida inmortal, mi señor Don Quijote; el sueño de tu vida fue y es sueño de no morir." (15) Y así el comentarista vive en las aventuras quijotescas su más íntima ilusión y pone en boca del caballero andante los propios angustiosos gritos contra la muerte, que él y Don Quijote, en su veracidad humana, habían de conocer.

"Para mí sólo nació Don Quijote, y yo para él; el supo obrar y yo escribir", hace decir el historiador a su pluma. Y yo digo que para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara nacieron Don Quijote y Sancho, Cervantes nació para explicarla, y para comentarla nació yo. No puede contar tu vida, ni puede explicarla,

ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir. Intercede, pues, en favor mío, oh mi señor y patrón, para que tu Dulcinea del Toboso, ya desencantada merced a los azotes de tu Sancho, me lleve de la mano a la inmortalidad del renombre y de la fama. ¡Y si es la vida sueño, déjame soñarla inacabable!"(16) exclamó el comentarista, buscando en esa inmortalidad ganada por Don Quijote, la suya, al unir su nombre, como autor de la historia resoñada, al del hidalgo manchego.

En el párrafo anteriormente transcrito, puede apreciarse como en la obra *Dulcinea* es, además de la mujer soñada, la gloria. De este modo entendió Unamuno que por amor a la inmortalidad Don Quijote de la Mancha vivió heroicamente su locura. (17)

Mas no es sólo Don Quijote, entre los agonistas unamunianos, el que busca la inmortalidad del nombre y la fama. El tema, central en la problemática de Unamuno, aparece múltiples veces en su obra, y reiteradamente sus personajes pretenden con su acción vital, la perduración que da la fama.

Así Don Fulgencio en Amor y Pedagogía quiere dejar al mundo una obra que lo haga inmortal. Su racionalismo ha ido matando la fe en la perduración personal y por ello, con más ahínco, se esfuerza por lograrla a través de hallazgos en filosofía. Don Fulgencio, en es-

te pasaje de la novela, no es otro que el propio Unamuno, que nuevamente habla a través de sus personajes. Cuánta angustia encierran estas dolorosas palabras del filósofo incrédulo:" - ¡Ves como te importa! ¿Sabes quien fue Eróstrato? Fue uno que quemó el templo de Efeso para hacer imperecedero su nombre; así quemamos nuestra dicha para legar nuestro nombre, en vano sonido, a la posteridad. ¡A la posteridad! Sí, Apolodoro,... no creemos ya en la inmortalidad del alma y la muerte nos aterra, nos aterra a todos, a todos nos acongoja y amarga el corazón la perspectiva de la nada, del ultratumba, del vacío eterno. Comprendemos todo lo lúgubre, lo espantosamente lúgubre de esta fúnebre procesión de sombras que van de la nada a la nada, y que todo esto pasará como en sueño, como un sueño Apolodoro, como un sueño, como sombra de un sueño, y que una noche te dormirás para no volver a despertar, nunca, nunca, nunca, y que ni tendrás el consuelo de saber lo que allí haya... Y los que te digan que esto no les preocupa nada, o mienten o son unos estúpidos, unas almas de corcho, unos desgraciados que no viven, porque vivir es anhelar la vida eterna, Apolodoro. Y se irá todo este mundo y todas sus historias y se borrarán el nombre de Eróstrato y nadie sabrá quien fue Homero, ni Napoleón, ni Cristo..... Vivir unos días, unos años, unos siglos, unos miles de siglos, ¿qué más da? Y como no creemos en la inmortalidad

dad del alma, soñamos en dejar un nombre, en que de nosotros se hable, en vivir en las memorias ajenas. ¡Pobre vida!" (18)

Y sin embargo, icon cuántos afanes luchan los hombres por alcanzar, siquiera sea una brizna de esa men- guada inmortalidad, lejana sombra de la verdaderamente de- seada, de la auténtica!

En Niebla nos recuerda Augusto Pérez que él, hom- bre que no existe de veras, puede, por el contrario, sobre- vivir a su muerte y que en eso es superior a su autor y a los hombres de carne y hueso. "Claro, yo no vivo. Los inmortales no vivimos, y yo no vivo, sobrevivo; ¡yo soy idea! ¡soy idea!" (19) Acaso Unamuno aparece en esa mis- ma novela dialogando con el protagonista para compartir con él ese ser ideal y perdurable del ente de ficción.

Y también Joaquín Monegro - el Caín de la no- vela Unamuniana - busca sobrevivir en la obra, y por ello, escribe sus confesiones. Quiere que la posteridad conoz- ca el abismo de su vida de pasión, las torturas que allí en el fondo de su alma llenaron sus días y sus noches, y opacar la gloria que con los cuadros había obtenido su odiado Abel. Ser, después de la muerte de ambos, él, Joa- quín, el oscuro, quien alcanzara memoria inmortal en las gentes, y Abel sólo un pretexto para el odio que fue su vida. (20)

Unamuno en esta extraordinaria historia creó

efectivamente un hombre auténtico, que es el indudable protagonista de la novela. En ciertos aspectos - su incredulidad, su pasión, sus dudas, su afán de vida - es también Joaquín Monegro portavoz del ser de Unamuno. Y es que, aunque a veces sea como en este caso sólo parcial, Unamuno se metió dentro de sus personajes, y desde ellos abrió la propia alma, pues que esos seres ficticios representan la inmortalidad del espíritu de su autor en esta tierra de muerte.

En ese angustioso ensayo que llamó "La agonía del cristianismo", discurre Unamuno de como en él han revivido Pascal y Kierkegaard y varios pensadores más, y que así él espera vivir en otros, aunque sea éste pobre consuelo para quien, como el rector salmantino, se soñó inmortal en el cielo de su España, vistiendo el mismo traje y la misma carne que angustiosamente quiso fuesen inmortales, para mejor guardar su "yo" más íntimo en la vida eterna. (21)

NOTAS DEL CAPITULO IV

- 1.- Los cuentos de Unamuno - La Torre - Pág. 415.
- 2.- Op. Cit. - Pág. 102.
- 3.- Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 50.
- 4.- "Escribiéndola creí librarme de su tortura y trasladársela al lector. En esta NIEBLA volvió a aparecer aquel tragicómico y nebuloso nivolesco don Avito Carrascal, que le decía a Augusto que sólo se aprende a vivir, viviendo. Como a soñar soñando. Si guió, en 1905, Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicaba y comentaba. Pero no así, sino resoñada, revivida, rehecha. ¿Qué mi Don Quijote y mi Sancho no son los de Cervantes? ¿Y qué? Los don Quijotes y Sanchos vivos en la eternidad - que está dentro del tiempo y no fuera de él; toda la eternidad en todo el tiempo y toda ella en cada momento de éste - no son exclusivamente de Cervantes ni míos, ni de ningún soñador que los sueñe, sino que cada uno les hace revivir. Y creo por mi parte que Don Quijote me ha revelado íntimos secretos suyos que no reveló a Cervantes, especialmente de su amor a Aldonza Lorenzo. En 1913, antes que mi NIEBLA, aparecieron las novelas cortas que reuní bajo el título de una de ellas: El espejo de la muerte. Después de NIEBLA en 1917, mi Abel Sánchez: una historia de pasión, el más doloroso experimento que haya yo llevado a cabo al hundir mi bisturí en el más terrible tumor comunal de nuestra casata española. En 1921 di a luz mi novela LA TIA TULA, que últimamente ha hallado acogida y eco gracias a las traducciones alemana, holandesa y sueca - en los círculos freudianos de la Europa central." - Niebla - Pág. 20.
- 5.- Paz en la guerra - Pág. 9.
- 6.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 14.
- 7.- "Diríase que el autor, no atreviéndose a expresar por propia cuenta ciertos desatinos, adopta el cómodo artificio de ponerlos en boca de personajes grotescos y absurdos, soltando así en broma lo que acaso piensa en serio." - Amor y Pedagogía - Prólogo - Pág. 9.
- 8.- "Sólo haciendo el lector, como hizo antes el autor, propios los personajes que llamamos de ficción, ha-

ciendo que formen parte del pequeño mundo - el microcosmo - que es su conciencia, vivirá en ellos y por ellos. ¿No vive acaso Dios, la Conciencia Universal, en el gran mundo el macrocosmos -, en el Universo que al soñarlo crea?" - San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 14.

- 9.- Op. Cit. - Pág. 177.
- 10.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 121.
- 11.- San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 59.
- 12.- "Véase, si no, lo dicho a Pirandello por el Dr. Sileno, uno de sus visitantes dominicales." ¡Se nace a la vida de tantos modos, querido señor! y usted sabe muy bien que la Naturaleza se sirve del instrumento de la fantasía humana para perseguir su obra de creación. Y quien nace merced a esta actividad creadora que tiene su sede en el espíritu del hombre, está destinado por naturaleza a una vida mucho más dilatada que la del que nace en el regazo mortal de una mujer. Quien nace personaje. Quien tiene la ventura de nacer personaje vivo, puede mofarse hasta de la muerte, porque no muere jamás. Morirá el hombre, el escritor, instrumento natural de la creación; pero la cristura es imperecedera. Y para vivir eternamente no tiene apenas necesidad de prendas extraordinarias ni de consumir prodigios. ¿Quiere usted decirme quién era Sancho Panza? ¿Quiere usted decirme quién era Don Quijote? Y no obstante, viven eternos, porque - gérmenes vivos - tuvieron la ventura de hallar una matriz fecunda, una fantasía que supo crearlos y nutrirlos." Citado por José Ma. Monner Saus, - Unamuno, Pirandello y el personaje autónomo - La Torre - Pág. 392.
- 13.- Pág. 22.
- 14.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 27.
- 15.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 260.
- 16.- Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 297.
- 17.- "A propósito pueden citarse entre otros, los siguientes textos:
Fué el fondo de pecado, es decir, la raíz hondamente humana, de su generosa empresa, la de buscar nombre y fama en ella, la de emprenderla por la gloria. Pero ese mismo fondo de pecado la hizo, ¡es natural!, entrañadamente humana. Don Quijote y Sancho - Pág.

33.

De las íntimas entrañas de la carne te acosaba el ansia de perpetuarte, de dejar simiente tuya en la tierra; la vida de tu vida, como la vida de la vida de los hombres todos, fue eternizar la vida. Y como no lograste vencerte para dar tu vida perdiéndola en el amor, anhelaste perpetuarte en la memoria de las gentes. Mira, Caballero, que el ansia de inmortalidad no es sino la flor del ansia de linaje. - Don Quijote y Sancho - Pág. 76.

Hay una forma la más elevada de trabajo, cual es la de convertirlo en oración, y aserrar madera, colocar mampuesto, coser zapatos, cortar calzones y componer relojes a la mayor honra de Dios, pero hay otra forma, por menos encumbrada mas humana y más conseguidora, y es hacerlo por Dulcinea, por la Gloria. - Don Quijote y Sancho - Pág. 199.

Y después de esto buscó dama de quien enamorarse. Y en la imagen de Aldonza Lorenzo, "moza labradora de muy buen parecer de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque según se entiende ella jamás lo supo ni se dio cata de ello", encarnó la Gloria y la llamó Dulcinea del Toboso. - Don Quijote y Sancho - Pág. 30.

"Dió un gran suspiro Don Quijote y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo", y luego todo lo que sigue. Sí, Don Quijote mío, sí; la tu dulce enemiga Dulcinea, lleva de comarca en comarca y de siglo en siglo la gloria de tu locura de amor." - Don Quijote y Sancho - Pág. 73.

18.- Amor y Pedagogía - Pág. 108.

19.- Niebla - Pág. 175.

20.- "Fue entonces, en efecto, cuando empezó a escribir su Confesión, que así la llamaba, dedicada a su hija y para que ésta la abriese luego que él hubiese muerto, y que era el relato de su lucha íntima con la pasión que fue su vida, con aquel demonio con quien peleó casi desde el albor de su mente dueña de si hasta entonces, hasta cuando lo escribía. Esta confesión se decía dirigida a su hija, pero tan penetrado estaba él del profundo valor trágico de su vida de pasión y de la pasión de su vida, que acariciaba la esperanza de que un día su hija o sus nietos la dieran al mundo, para que este sobre cogiera de admiración y de espanto ante aquel héroe de la angustia tenebrosa que pasó sin que le conocieran en todo su fondo los que con él convi-

vieron. Porque Joaquín se creía un espíritu de excepción, y como tal torturado y más capaz de dolor que los otros, un alma señalada al nacer por Dios con la señal de los grandes predestinados". - Abel Sánchez - Pág. 125.

No, hija mía, no; no ofrecí mis estudios a Dios con corazón puro; no busqué la verdad y el saber, sino que busqué los premios y la fama y ser más que él." - Abel Sánchez - Pág. 58.

- 21.- "No sólo con el Cristo, sino con toda potencia humana y divina, con todo hombre vivo y eterno a quien se conoce con conocimiento místico, en una compenetración de entrañas, ocurre lo mismo; y es que el conociente, el amante, se hace el conocido, el amado.
- Cuando León Chestov, por ejemplo, discute los pensamientos de Pascal, parece no querer comprender que ser pascaliano no es aceptar sus pensamientos, sino que es ser Pascal, hacerse un Pascal. Y, por mi parte, me ha ocurrido muchas veces, al encontrar me en un escrito con un hombre, no con un filósofo, ni con un sabio, o un pensador, al encontrarme con un alma, no con una doctrina, decirme: "¡Pero éste he sido yo!" Y he revivido con Pascal en su siglo y en su ámbito, y he revivido con Kierkegaard en Copenhague, y así con otros. ¿Y no será ésta acaso la suprema prueba de la inmortalidad del alma? ¿No se sentirán ellos en mí como yo me siento en ellos? Después que muera lo sabré si revivo así en otros. Aunque hoy mismo ¿no se sienten algunos en mí, fuera de mí, sin que yo me sienta en ellos? ¡Y qué consuelo en todo esto! León Chestov dice que Pascal "no lleva consigo ningún alivio, ningún consuelo". Así creen muchos; pero ¡que error! No hay consuelo mayor que el desconsuelo, como no hay esperanza más creadora que la de los desesperados." La agonía del cristianismo - Pág. 31.

CAPITULO V

LA INMORTALIDAD DE LA CARNE.

*La maternité est la raison d'être
de la femme, sa fonction, sa joie,
sa sauvegarde.*

A. Daudet.

La mujer. - Unamuno dijo, en el Prólogo a Amor y Pedagogía: "De Marina más vale no hablar; el autor no sabe hacer mujeres, no lo ha sabido nunca" (1) Y así es. Sus mujeres en cuanto tales - si se hace la excepción de Gertrudis - no son auténticas.

La problemática de Unamuno es frente al hombre, a cada hombre, para explicar su vivir y su destino último, sin importarle mucho la diferencia de sexos, que se borran en el plano trascendente en que el autor se mueve.

Acertó en el tópico de la maternidad, mas a la mujer en si, en su conjunto, no supo verla. Adoptó una actitud de frialdad hacia ella, como la que puede sentirse ante algo ajeno. Y si aparecen figuras femeninas en las novelas de Unamuno es porque sus hombres las necesitan para vivir y hubiera sido abstracción irreal el eliminarlas del mundo soñado.

La razón de ser de la mujer es claro y preciso en la obra de Unamuno; es el medio indispensable para perpetuar el linaje y esa su función de madre es la que le otorga su esencia. Es más, por este imperioso motivo a la mujer - en el sentir de Unamuno - le es permiti-

do aun transgredir las normas morales de su sociedad, normas hacia las que el rector salmantino se mostró siempre respetuoso. Si alguna vez parece Unamuno romper la moral consuetudinaria de su medio social, fue sólo para presentarnos mujeres impulsadas por el ansia de ser madres, y esas maternidades bruscas, reprobadas dentro del sentir de la sociedad española, las justifica su autor por ser producto no del amor a un hombre, sino del instinto de perpetuarse en la carne, al que otorga por encima de todos los convencionalismos su derecho a manifestarse y ser logrado.

Pero no todas las mujeres que aparecen en la novela de Unamuno actúan impulsadas por el instinto de maternidad, y entonces, son meros pretextos en las historias, seres lejanos, en los que el autor no puso demasiada atención, ni demasiado amor tampoco al soñarlas.

Generalmente estos personajes femeninos tienen poderosa individualidad (2) son fuertes y aun valientes (3), pero vacíos. Ante el hombre suelen adoptar una actitud defensiva y de desprecio por la brutalidad que le atribuyen. Eugenia, la de Niebla y la tía Tula, se refieren reiteradamente a esa insensibilidad masculina que las hiere.

En la novela de Unamuno no ocupa lugar el amor erótico, ignorándose tal resorte de acción. No le interesa o no supo verlo, ocupada su mente por un único y

gran tema: la inmortalidad, el deseo de penetrar en el sentido último del destino humano.

Apenas asoma en la obra la simpatía por el cariño costumbre a la propia mujer, representada siempre por la esposa del escritor, Doña Concha Lizárraga, pero esta mujer ha devenido madre, pues que en amor maternal, y sólo en él, se resume la más característica visión que de la mujer alcanzó Unamuno.

En Cómo se hace una novela escribió refiriéndose directamente a su esposa: "¿Pero es que esa pobre mujer de letras, preocupada por su nombre y queriendo acaso unirlo al mío, me quiere mas que mi Concha, la madre de mis ocho hijos y mi verdadera madre? Mi verdadera madre, sí. En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vio en las garras del Angel de la Nada, llorar con un llanto sobre-humano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternales, sobre-humanas, divinas, arrojándose en mis brazos: "hijo mío!". Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela, ella, mi espejo de santa inconciencia divina, de eternidad." (4)

Esta es la mujer única en la vida de Unamuno y el amor hogareño, cariño hecho en la costumbre de la vida conyugal, el que aparece recreado en su novela, lo que es seguramente una manifestación más del carácter autobio

gráfico de su obra, en el sentido más amplio de la expresión. Es decir, sus vidas soñadas, el mundo en que se mueven sus agonistas, es el que llevó dentro de sí el autor, sin afirmar, desde luego, que todos los personajes sean el Unamuno histórico.

Indudablemente la mujer viva en la novela unamuniana, es trasunto de la que vivió en el hombre autor, la que llena su existir afectivo, desde la adolescencia hasta la vejez, en la que tuvo el dolor de ver morir a la compañera y madre de tantos años.

Este hecho explica también ese alejamiento e indiferencia de Unamuno frente a las demás mujeres, y aun su temor o su antipatía, aunque sea cortés, ante ellas, y seguramente sea la razón y causa de que las que surgen en las páginas de sus novelas, parezcan sólo bosquejos superficiales, que no le interesó concluir. A este grupo pertenecen Marina y Clarita - Amor y Pedagogía -; Eugenia y Rosario - Niebla -; Helena y Antonia - Abel Sánchez -; y otras muchas de menos importancia.

Tal vez el psicólogo pudiera penetrar y explicar cumplidamente esta visión de la mujer. A la luz del pensamiento de Freud sería posible hablar de una manifestación parcial del complejo de Edipo en este buscar a la madre en la esposa y fundir a ambas en la segunda. Por lo demás, como el propio Freud señala: "podemos concluir que el hombre normal ha pasado también en su desarrollo, a trau

vés de las perversiones y revestimientos de objetos característicos del complejo de Edipo, constituyendo éste el camino evolutivo normal y no presentando los neuróticos sino una ampliación de aquellos que el análisis de los sueños nos revela igualmente en los hombres de completa salud." (5) Normal y frecuente resulta que el hombre busque en su mujer a su propia madre, y desee en ciertos momentos sentirse frente a aquélla niño y de ella recibir la ternura maternal que aún adulto necesita.

En las historias imaginadas son escasísimas las descripciones de las mujeres. Sin embargo, es de señalar se la constancia con que se refiere a sus ojos y como gusta hacer que los protagonistas se contemplan en ellos. Apolodoro se ve en los de Clarita (6) y Augusto Pérez en los de Rosario (7). Son también los ojos de Eugenia las estrellas que fugazmente brillan en el cielo sin luz de Augusto (8) y los ojazos de luto de Gertrudis los que arrastran a Ramiro en su deseo de poseerla (9). Si algo vio Unamuno de la mujer fueron sus ojos. En ellos encuentra lo más característico y profundo de sus mujeres, y mirándolos vislumbra el amor, la sencillez y el misterio que pueden encerrar sus almas.

Pese a su indiferencia por lo femenino, y a su actitud ajena a todo erotismo, en la Vida de Don Quijote y Sancho, Unamuno abandona su acostumbrada postura de moralista, para justificar y aun admirar la generosidad de

las mozas de partido, que en la historia del hidalgo manchego aparecen. "Pobres mujeres que sencillamente, sin ostentación cínica, doblan la cerviz a la necesidad del vicio y a la brutalidad del hombre, y para ganarse el pan se resignan a la infamia! ¡Pobres guardadoras de la virtud ajena, hechas sumideros de lujuria, que estancándose mancharía a las otras! Fueron las primeras en acoger al loco sublime; ellas le ciñeron la espada, ellas le calzaron la espuela, y de sus manos entró en el camino de la gloria." (10) La lujuria es del hombre y de él la culpa, que en la mujer por amor o por instinto la encontramos siempre justificada.

La mujer "es un remedio a la concupiscencia" (11) y como tal adquiere ante los ojos castos de Unamuno un valor, y hasta arranca de este hombre áspero notas de ternura y conmiseración.

De toda la galería de figuras femeninas, destaca por su verdad humana, la de Gertrudis, protagonista de La tía Tula, novela escrita en 1922 y en donde por primera vez pone en pie a una mujer y la hace vivir.

Tula, guiada por las normas rígidas de la moral convencional y también por miedo a manchar su pureza de vírgen, por temor al hombre, frustra su vida de mujer. Huye una y otra vez de ese amor que lleva dentro de sí, queriendo acallar su voz y su significado; trata de darle sustitutos, en último término ineficaces, hasta que,

con la fatalidad de lo irreversible de la vida, admite su fracaso.

Gertrudis, aun sin confesárselo, ama a su cuñado pero lo rechaza pese a que su hermana al morir le pidió que a él y a sus hijos dedicara la vida. Gertrudis quiere ser madre de esos niños, y lo es, pero hay una barrera última que la distancia del hombre. ¿Motivos? He aquí los dichos por Tula: "Sí, me dijo que yo había de llegar a ser la madre de su hombre, su otra mujer - se decía - pero no pudo creer eso, no, no pudo quererlo... yo, en su caso, al menos, no lo habría querido.....¿De otra? ¡No! No se puede ser más que de una.....¡No pudo querer eso! Porque cuando él estuviese a mi lado, arrimado a mí, carne a carne, ¿quién me dice que no estuviese pensando en ella? Yo no sería sino el recuerdo... ¡algo peor que el recuerdo de la otra!" (12)

¿Soberbia? ¿Celos? ¿Rencor por no haber sido ella la primera elegida? Tal vez, pero sobre todo, miedo. "Una vez hablabas de santos que hacen pecadores. Acaso he tenido una idea inhumana de la virtud. Pero cuando lo primero, cuando te dirigiste a mi hermana, yo hice lo que debí hacer. Además, te lo confieso, el hombre, todo hombre, hasta tú, Ramiro, hasta tú, me ha dado miedo siempre; no he podido ver en él sino el bruto. Los niños sí; pero el hombre...He huído del hombre" (13)
Y huye efectivamente del hombre, para ser madre espiri-

tual de hijos ajenos, base y eje de una convivencia doméstica, donde trata de sofocar su amor de madre y de mujer, en un hogar todo pureza. Vive, bajo el mismo techo que su cuñado pero lo obliga a distanciarse de ella. No quiere mancharse. ¿Para qué?

"En La tía Tula Unamuno descubre los últimos velos que ocultan la verdad de esa peligrosa y angustiante pureza, contenida en los principios de una falsa moral sexual, que aniquila en el individuo la responsabilidad de su existencia." (14)

Y para que la frustración vital fuera lograda, es ella misma, Tula, la que la siente en su carne. La muerte del hombre que no fue nunca suyo la dejó sola, con su pureza virginal, a pesar del amor de sus niños, del calor del hogar, siempre tibio sin el hombre. La ausencia de Ramiro la sume en soledad y desde ella contempla el fracaso de su vida de mujer. Ahí, frente al pasado y mirando el vacío porvenir, surge una auténtica mujer, un ser humano que contempla la tragedia de la vida que no permite rectificaciones. Es la inexorabilidad de nuestro existir temporal, piedra de toque del drama humano; el no poder volver atrás y comenzar de nuevo para vivir en plenitud, cuando con lágrimas se ha aprendido que el supremo valor es el de la vida. Y así Gertrudis, deja pasar el amor y da a su hombre el primer beso cuando entre sus brazos muere.

Triste virtud, triste pureza la de esta mujer auténtica, valerosa frente a los demás y cobarde ante ella misma. A la hora de su muerte ve con verdad lo que fue su vida, y dice a los suyos: "Pensad bien, bien, muy bien, lo que hayáis de hacer, pensadlo muy bien....que nunca tengáis que arrepentiros de haber hecho algo y menos de no haberlo hecho...Y si veis que el que queréis se ha caído en una laguna de fango y aunque sea un pozo negro, en un albañal, echaos a salvarle, aun a riesgo de ahogaros, echaos a salvarle...que no se ahogue él allí...p ahogaos juntos...en el albañal; servidle de remedio, sí, de remedio...¿qué morís entre légamo y porquería?, no importa...Y no podréis ir a salvar al compañero volando sobre el ras del albañal porque no tenemos alas, no, no tenemos alas...o son alas de gallina, de no volar...y hasta las alas se mancharían en el fango que salpica el que se ahoga en él...No, no tenemos alas, a lo más de gallina..., no somos ángeles..., lo seremos en la otra vida...idonde no hay fango ni sangre! Fango hay en el Purgatorio, fango ardiente, que quema y limpia...fango que limpia...sí...En el Purgatorio les queman a los que no quisieron lavarse con fango...sí, con fango...Les queman con estiércol ardiente...les lavan con porquería..." (15)

Gertrudis es una mujer cuyo ser más íntimo vivió oculto por el ansia de pureza. Quiso una maternidad espiritual, cuando de sus entrañas nacía el deseo de dar

vida a un hijo, y a la realidad de su ser humano le impuso la falsedad de lo que creyó ordenaba la virtud.

Y así, frustró su vida, y con ella la de Ramiro, condenado a querer a una mujer intocable y a convivir con ella.

"Tula es fundadora de una comunidad doméstica que se prolonga después de ella; su vida, de tan fuerte personalidad, no está destinada a nutrirse de si misma, sino a realizarse en la convivencia de la casa; y por eso quizá queda tan subrayada la última soledad en que Gertrudis vive, aquella soledad de la que extrae la intimidad necesaria para la vida común de los demás," (16) escribe Julián Marías. Efectivamente, la protagonista de la novela es Tula, aunque su vida se vaya llenando con la de otros, en el círculo del hogar. De él brotan, sobre todo Ramiro y Rosa, pero también los niños y Manuela.

Sin embargo, y pese a la circunstancia humana en que se mueve y parcialmente se logra Tula, íntimamente se alza su figura que en trágica soledad nos muestra una auténtica vida de mujer.

No puede extrañar al lector la tragedia personal y el desasosiego último de Tula. Aun cuando el autor parece alabar la ejemplar virtud de la tía y lo puro del amor espiritual hacía los suyos, la vida de Gertrudis tenía que alcanzar la indigencia característica de todo existir humano. No puede haber vida lograda, en

el sentir de Unamuno, dentro de la temporalidad forzosa a que está condenada. Por ello, ni la virtud, ni el amor, ni la caridad podrán dar a los hombres un vivir feliz, mientras no sepan penetrar el más profundo significado de la muerte y eliminar la fatalidad del tiempo.

En la concepción filosófica de Unamuno, no cabe la dicha de vivir. Y así Gertrudis, con su áspera bondad, es sólo una pobre mujer que vio tarde que su ser más íntimo sólo con un hombre muy suyo, podía haberlo compartido, eliminando la angustiosa soledad de su vivir.

Esta soledad de los personajes de Unamuno tiene su razón de ser en la ausencia del amor. Ni en Niebla, ni en Abel Sánchez; ni en La tía Tula, ni en Amor y Pedagogía, los protagonistas llegan a compartir sus "yo" íntimos con un ser amado, único modo de conjurar la soledad. Aunque, como ha señalado Julián Marías, las individualidades de los protagonistas, en un principio aisladas, las haya ido rodeando, poco a poco el autor, de la circunstancia humana, en último término surge el hombre separado del mundo que lo rodea. "Desde la vida cotidiana colectiva que sondeó en Paz en la guerra, va pasando a la individualidad abstracta, fundada en ideas (Amor y Pedagogía); luego, abandonando estos asideros, el histórico o el ideológico, afirma la realidad de ficción como tal, y crea personajes que van adquiriendo per

sonalidad; hasta tal extremo, que los descarna, los desnuda y - con evidente error - los aísla; Abel Sánchez y Nada menos que todo un hombre son ejemplos extremados de ello; por último, siente la insuficiencia del hombre aislado, su irrealidad fundamental, y vuelve a la convivencia. Pero esta convivencia de La tía Tula, es muy distinta a la de su primera novela; en ésta se trataba de una vida comunal, mínimamente personal; en La tía Tula la vida cotidiana es trivial en los demás, pero es rigurosamente auténtica, dramática, íntima y solitaria en Gertrudis. "Es la persona en su mundo; en un mundo mínimo, familiar, de relaciones internindividuales, pero al fin un mundo Unamuno ha dado un paso hacia delante en la comprensión de la vida humana tal como es. Todavía será menester un paso más; el círculo familiar habrá de romperse; será menester la inserción de la persona en un mundo también social y abierto hacia la trascendencia; es lo que nos dará su última y capital novela: San Manuel Bueno, Mártir" (17)

Pero la tragedia vital de la tía Tula, como la del sacerdote incrédulo, es que pese a la circunstancia humana en la que quieren vivir, con generosa donación, la soledad íntima los envuelve. En Tula es la frustración de su amor de mujer, en San Manuel Bueno su negación trascendente, pero ambos son dos seres aislados que recorren la vida en lucha, con sus profundas realidades auestas, exclusivamente suyas, y por tanto solos.

Unamuno captó en su novela, con indudable acierto, esta radical soledad del hombre contemporáneo, que en última instancia procede de la lejanía del amor - como dación - respecto a la vida. El obrar heroico, resorte de acción por amor a otros, es cada vez menos frecuente, y el hombre que vive para sí se encuentra en imposibilidad de compartir el propio yo, y cae en esa soledad destructora, donde no logra dar sentido a su obrar y a su vivir.

Así, en su individualidad aislada, con el dramatismo de su vida rota, es Gertrudis toda una mujer de carne y hueso: la única que auténticamente vive en la novela de Unamuno.

2.- Maternidad.- Si la esencia del hombre es su deseo de perduración personal en el tiempo, y tal es el resorte vital de los que creó Unamuno en la novela, sus mujeres se mueven a impulso del instinto de perpetuarse, de partirse en otras vidas e inmortalizarse en los hijos. Son siempre de menor espiritualidad que los hombres; pero buscan en agonía la resurrección de la propia carne en la carne de los hijos.

En Del sentimiento trágico de la vida (18) se lee: "El amor de la mujer, sobre todo, decía que es siempre en su fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir con el deseo.....Y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del hombre, y más valiente, y más largo". Concepto que años an

tes había expresado en la Vida de Don Quijote y Sancho con parecidas palabras. (19)

Esta idea de la mujer madre recorre la obra toda de Unamuno y sucede con ella lo que con los grandes temas de su pensamiento; queda profusamente iluminada la mujer en cuanto madre, aunque reste en la oscuridad otras realidades indudables de la personalidad femenina, especialmente sus relaciones con el hombre.

En el sentir de Unamuno la mujer quiere siempre con amor maternal. Así lo expresó muchas veces; en el ensayo A una aspirante a escritora (20) por ejemplo dice: "Quiere al amante o al marido con amor maternal, y su amor crece cuando le siente débil, cuando siente que es preciso defenderle, por muy fuerte que en otros aspectos aparezca. Se dice que las mujeres se enamoran de los hombres fuertes, pero creo adivinar que se enamoran de los hombres fuertes por alguna debilidad que en ellos descubran, por alguna debilidad que sólo ante ella, ante la amante, dejan traslucir."

Desde luego en su novela se reitera el concepto de la mujer-madre. Ya en Paz en la guerra aparece vivo en la figura de Josefa Ignacia que en la serenidad y monotonía de su existir cotidiano siente por su marido y luego también por su hijo ese amor maternal, apacible y bondadoso, nacido de sus entrañas y brezado en la costumbre. Josefa Ignacia, antes que cualquiera otra de las

mujeres figuradas por Unamuno, responde a la imagen que él nos legó de su esposa.

Es Josefa Ignacia la que recatadamente y sin mover los labios oraba a Dios pidiéndole la gracia de un hijo (21), ella también la que llora con resignada religiosidad el dolor de su muerte y da al pobre hombre suyo la ternura y el cariño de su amor de madre. Representa dentro de la vida colectiva que en la novela se nos narra, ejemplo vivo de ese amor maternal que estudió Unamuno en los ensayos y es sin duda en él donde el autor muestra, como en pocos temas, su ternura rara vez manifestada.

Si frente a la mujer, el tono de Unamuno es siempre frío, desdeñoso, el cariño callado y prudente de la madre derrite ese hielo de la incomprensión y lo mueve a escribir prosa de auténtica ternura.

La desdibujada Marina de Amor y Pedagogía, muertos sus hijos, concentra su amor maternal en el pobre pedagogo, (22) quien olvidando la ciencia cae en brazos de su mujer y del amor.

Avito Carrascal reaparece furtivamente en Niebla, ya curado de su manía pedagógica y en coloquio con Augusto nos da esta visión de Marina, acorde en todo con la de la mujer - madre unamuniana." - Ah, mi mujer! - exclamó Carrascal, y una lágrima que se le había asomado a un ojo pareció irradiarle luz interna - ¡Mi mujer!

ila he descubierto! Hasta mi tremenda desgracia no he lo que tenía en ella. Sólo he penetrado en el misterio de la vida cuando en las noches terribles que sucedieron al suicidio de mi Apolodoro reclinaba mi cabeza en el regazo de ella, de la madre, y lloraba, lloraba, lloraba. Y ella, pasándome dulcemente la mano por la cabeza, me decía: "¡Pobre hijo mío!, ¡pobre hijo mío!" nunca, nunca, ha sido más madre que ahora....." (23)

También en Niebla, con rasgos semejantes, evoca Augusto a su madre muerta. Es la mujer triste y callada, siempre de negro, con sonrisa de lágrimas, que fue el amparo, la vida, la paz del pobre Augusto, hasta que la muerte la arrancó para siempre de su lado.

La madre es con frecuencia la tranquilidad de lo cotidiano, la seguridad del amor y la ternura, siempre la misma, como puente en la vida entre ayer y mañana.

En esta madre viuda de Augusto Pérez, silenciosa y triste, recreó tal vez Unamuno la figura de la suya propia, que sola lo crió en su niñez huérfana. Es de señalarse, sin embargo, que Unamuno, tan dado a hablar de sus experiencias vitales y que tan frecuentemente recordó su infancia, no nos haya dejado evocaciones de su madre. Habla de vagos recuerdos del padre que perdió antes de cumplir los seis años, y luego del hogar y de la familia, mas no se halla una especial visión de la

madre. Tal vez ello se deba a que el hombre adulto había fundido en una sola las figuras de la madre y de la esposa.

El tema de la mujer - madre es el central en dos por lo menos, de las historias intercaladas en Niebla. Desde luego, la de Víctor Goti, quien años después de casado, al nacer su hijo, descubre en su esposa a su propia madre. También en la trágica historia de amor y celos de Don Antonio, éste encuentra en el regazo de la mujer el calor olvidado del amor maternal.

Joaquín Monegro - el Caín unamuniano - halló a la madre en su pobre Antonia (24). En ella buscó en vano paz y olvido de su pasión de vida, y no la amó, a pesar de su bondad, porque de haberla querido hubiese salido del abismo de odio que llenaba las entrañas de su alma. Antonia (25) es también dentro de la galería de mujeres unamunianas, la madre; para ello había nacido, y con ternura maternal se desdibuja en la novela en la que toda la luz se dirige a descubrir el fondo del alma del odiador.

La maternidad es un instinto tan avasallador en la mujer que cuando no tiene hijos de su carne puede derramar su amor de madre en los ajenos, prohiéndolos verdaderamente, haciéndolos suyos.

Este tema se encuentra tratado sobre todo en La tía Tula y en Dos Madres. Raquel y Gertrudis, tan

distintas entre sí, se hacen madres de hijos ajenos, y sacian de este modo su maternidad frustrada.

Gertrudis empieza a frecuentar el hogar de su hermana cuando nace el primero de sus sobrinos, y consciente o inconscientemente trata de suplantar a la madre. Desde ese momento la tía es quien se encarga de cuidar al niño y como Rosa tiene pronto otro hijo y queda embarazada de un tercero, Tula es cada vez más la madre de los pequeños, tanto que Ramiro se pregunta en la novela cual de las hermanas es la madre de sus hijos. Al morir Rosa a consecuencia del último parto, Gertrudis va a vivir a casa de su cuñado, para siempre ser la madre de los tres huérfanos. Y se estremecen sus entrañas, conmovidas por su maternidad de espíritu, quiere amamantar al pequeño recién nacido en sus pechos yermos, mientras Rosa agoniza (26). Tula vive en fiebre su maternidad virginal, y uno tras otro recibe a los hijos del hombre que la ama, y entre todos reparte el caudal de ternura, que sólo ante los niños descubría, hurtándola celosa de los ojos del hombre, al que gusta de llamar hijo, para cubrirlo también a él con la castidad del amor maternal.

El amor a sus hijos espirituales hace - unido a otros factores que en páginas anteriores quedan analizados - que Tula no quiera tener hijos de su carne. Y así, ante la insistencia de su cuñado que la quiere como

mujer, exclama: "Eso nunca, te he dicho; no me expondría a que unos míos, es decir, de mi vientre, pudiesen mermar me el cariño que a éstos tengo." (27)

Gertrudis es madre ejemplar de todos los hijos de Ramiro. A su alrededor se va desarrollando la vida, ella sola constituye la base del hogar y en su recuerdo descansa la unidad de la comunidad familiar, después de su muerte, siendo sobre todo la niña que no llevaba su sangre la continuadora de su obra espiritual.

También sobre el tema de la maternidad, pero bien distintas a La tía Tula, son dos narraciones cortas publicadas en el tomo "Tres novelas ejemplares y un prólogo". Las llamó Dos Madres y El marqués de Lumbría y en ellas aparecen dos mujeres, las protagonistas, que en su papel de hembras infringen las normas morales de su sociedad, para satisfacer su avasalladora pasión de perpetuarse.

En ambas historias los hombres son devorados sin piedad por las protagonistas, una vez cumplida su función de machos en la reproducción, Unamuno recuerda con frecuencia, cómo en algunas especies del reino animal las hembras matan al macho después de ser fecundadas, y en estas dos novelas cortas los hombres no juegan otro papel.

El autor ha reducido la mujer a hembra, y él, tan casto, tan apegado a la moral convencional de su época, no tiene inconveniente en crear ese mundo, cercano al animal, regido por la suprema ley de la reproducción. Mas

no hay que olvidar que estas trasgresiones morales, tan desusadas en su obra, se las permite y aun las justifica porque nacen del ansia de inmortalidad, esencia y fundamento ontológico del hombre.

Por descontado queda que en estas descarnadas narraciones, ningún papel juega el amor. Ni siquiera el placer sexual. La mujer atrae al hombre porque necesita de él para ser madre, y por tanto poder partirse en nuevos seres y no morir del todo al vivir en otros.

La lucha, la agonía de estas mujeres, es por su inmortalidad carnal y esa fuerza avasalladora las dirige en su vivir y obrar.

Raquel, la protagonista de Dos madres, mujer violenta, de una poderosa personalidad con perfiles bíblicos, es infértil, y logra que su amante se case y tenga una hija, para con una serie de vilezas, hacerla suya. El hombre muere, pues que su función de macho habíase cumplido, y Raquel satisface su maternidad en la hija ajena. Aquí como en La tía Tula, se trata de una madre frustrada, pero tal vez por eso, el instinto adquiere y despliega toda su fuerza.

¿Es acaso una mujer, Raquel? Como acontece siempre en los relatos de Unamuno, queda iluminada profusamente una parte de la realidad. Ahora pone en pie a un ser primario, animal si se quiere, pero dentro de esa condición auténtico.

Pocas veces, el arte de novelar la vida se mostró en Unamuno más descarnado que en esta narración. Raquel y su maternidad insatisfecha provoca nauseas, tanta es su animalidad. Pero la problemática queda en todo su rigor planteada y llega a sus últimas consecuencias.

En *El marqués de Lumbría*, Carolina, la mayorazga, seduce al novio de su hermana y concibe de él un hijo. Su padre la ahuyenta de la casa, pero a su muerte, cuando también ha fallecido su hermana, vuelve Carolina a la casa señorial y despoja al hijo legítimo de su título para que lo goce el suyo. Descubre con placer a los ojos del mundo su maternidad ilegítima, y con orgullo ostenta la infracción cometida a las normas morales que rigen la vida de la ciudad.

También en este caso, el hombre, Tristán, es sólo el medio de que se vale la mujer en provecho de su maternidad. Y así puede decir Carolina: " - ¿Nuestro pecado? ¡El tuyo, no, Tristán; el tuyo no! ¡Fuí yo quien te seduje, yo! ella, la de los geranios, la que te regó el sombrero, el sombrero, y no la cabeza, con el agua de sus tiestos, ella te trajo acá, a la casona; pero quien te ganó fui yo. ¡Recuérdalo! Yo quise ser la madre del marqués....." (28)

Nada tiene que ver el amor en esta trágica historia. Carolina siente despertar su carne, quiere tener un hijo que sea mayorazgo, y para ello seduce al hombre

que tiene más a mano, sin importarle el dolor que pueda ocasionar a su hermana o a su padre, (29) ni la opinión del mundo que la rodea.

Nuevamente asistimos en este relato al devoramiento de un hombre en beneficio de la maternidad de una mujer. Este Tristán de la historia tiene asignado el papel de zángano, y sólo como tal se le atribuye una función que cumplir cerca de la mujer. El único vínculo que los une es de estricto significado biológico.

De estas dos novelas ha escrito Serrano Ponce-la "Si en alguna ocasión el instinto de reproducción de la especie se proclama con su máxima arbitrariedad frente a los frenos y defensas culturales es en ésta, y Unamuno se despoja de su cogullo de moralista para patrocinar la entraña que se fecunda en un aparente acto gratuito y desprovisto de necesidad, sólo comprensible si tenemos en cuenta algo que apuntamos al principio: el instinto de maternidad como instrumentación del ansia de inmortalidad." (30)

En El marqués de Lumbría, novela escueta y trágica sin concesiones, Unamuno trata, además del tema del ansia de maternidad, otro, de resonancia bíblica, también grato a su sensibilidad, que años más tarde será el principal de su Abel Sánchez: la envidia. Carolina lucha con Luisa su hermana y le arrebató las primicias conyugales al seducir a su novio y concibir de él a su hijo.

La envidia no desaparece con la muerte de una de ellas, por el contrario, surge de nuevo entre los hijos de ambas, el marquesito y el ilegítimo, que su madre proclama mayorazgo.

En Una historia de amor, novela corta que había aparecido en el Cuento Semanal, en 1911, publicada tardíamente en 1933 con la vida de San Manuel Bueno, Mártir, se halla la figura de Liduvina, quien tras una noche de amor con su novio de muchos años, profesa en un convento donde añora la maternidad de su carne y vive del recuerdo de su huída. "Más de una vez - dice el autor - tendida la pobre hermana Liduvina al pie de una imagen de la Virgen Madre, le decía: "¡Madre, Madre! ¿Por qué no conseguiste del Padre de tu Hijo, de Nuestro Señor Todopoderoso, que mi Ricardo me hubiese hecho madre?" (31) La mujer que la tía bajo el hábito quería un hijo (32) Y no es tampoco en este caso la concupiscencia de la carne, sino simplemente y llanamente el instinto de perpetuarse, de partirse dando vida.

La fuerza de la maternidad se manifestaba en aquellas mujeres, apartadas del mundo, que mostraban su amor maternal, acunando, vistiendo y adorando al Niño Jesús, y aun mostrando su ternura a los pequeños que desde su soledad alcanzaban a ver." (33)

No es en esta narración, como ya señalado queda con respecto a otras, el amor al hombre - espiritual o

físico - el móvil de acción. No es la pasión por compartir la vida, ni cariño a un ser que complete y logre el de la mujer. No surge la precariedad del existir femenino que busca en su varón al compañero, al amigo, al amante, para en él y con él fundirse, sino sólo el ansia de tener un hijo lo que justifica el amor y aun sin amor, la entrega al hombre.

En Una historia de amor - tanto como en Dos madres o en El marqués de Lumbría - la seductora es la mujer. Ella es quien propone la fuga, quien alienta a su novio a romper las reglas morales del medio social, en busca de una felicidad soñada que no llegaba a sus vidas, metidas en la costumbre.

Y lo raro es que no hallemos para tales actitudes femeninas un solo reproche de su autor. El, siempre lejano al amor físico, que con frecuencia en ensayo y novela proclamó su castidad y su asco no sólo por la pornografía mas también por lo sexual, cuando se trata de la mujer, rompe los diques de esa formación moral española, y crea a sus hembras devoradoras de hombres, revolucionarias, valientes, amorales, pero siempre ejerciendo sus artes para atraer al varón, no por él mismo, sino para lograr saciar su apetito maternal, que es sólo una manifestación del hambre de inmortalidad, para Unamuno esencia misma del ser del hombre.

Aun Angela, (34) la narradora de la vida de San

Manuel, siente palpar sus entrañas maternas ante el dolor inconfesado del sacerdote y su castísimo amor por él llenaron los días de esa mujer sola en su virginidad. Y así Angela, siente infinita compasión por su padre espiritual que vive la íntima tragedia de la incredulidad y ese amor es en ella maternal, pues que Unamuno no concibió en la mujer otro tipo de auténtica pasión.

El culto indudable que rindió Unamuno a la mujer madre se patentiza también en la devoción y la ternura con que a su obra asoma la *Virgen María*. La Madre del Cristo agonizante simboliza en este cristiano no sólo el dolor de la madre, sino también el de los hombres todos que en un momento contemplan la tragedia de su vivir finito, y absortos y solos restan ante la muerte, eterno misterio de nuestro último destino. En La agonía del cristianismo, dejó escritas estas palabras: "Hay en mi patria española, en mi pueblo español, pueblo agónico y polémico, un culto al Cristo agonizante; pero también le hay a la *Virgen de los Dolores*, a la *Dolorosa*, con su corazón atravesado por siete espadas. Que no es propiamente la *Pietà italiana*. No se rinde culto tanto al hijo que yace muerto en el regazo de su madre, cuanto a ésta, a la *Virgen Madre*, que agoniza de dolor con su hijo entre los brazos. Es el culto a la agonía de la madre." (35)

El indudable y siempre vivo sentimiento cristiano de Unamuno, se manifestó en ese culto a la *Virgen Ma-*

dre que concibió al Hombre, esperanza suprema de su vida atormentada.

Es en esta Madre de Cristo donde simboliza lo profundo de su veneración a la madre, y en ella, al amor y ternura que hallarse puedan en la vida con mayor pureza. (36)

Y así Tula, inspirada siempre por su afán de virtud, es, entre todas las mujeres de su obra, la que busca en la castidad de María ejemplo y aliento cristianos, (37) para su vida de soledad.

3.- Paternidad.- La inmortalidad de la carne no sólo es alcanzada por la mujer; también al hombre le es dado contemplar en los hijos su pervivencia y ver en ellos la continuidad de la propia vida. Por esta razón, Unamuno, infatigable buscador de inmortalidad, gustó profundizar en el tema de la paternidad y escudriñar las raíces de esa continuidad terrena de la carne y aun del espíritu, del padre en los hijos.

Cierto es que no era ésta la eternidad deseada, pero en ella vió un hecho cierto, irrefutable, aunque parcial, y su fragmentaria verdad le atrajo. En el matrimonio del P. Jacinto a que se refiere en La agonía del cristianismo, halla no sexualidad sino "paternidad furiosa, deseo de asegurar la resurrección de la carne." (38)

Habla en dicha obra del dolor de los hombres y de las mujeres que no se perpetuaron en la carne (39) y

por ello no alcanzaron el goce de la continuidad del existir, que, precariamente, representan los hijos.

De ahí, la angustia total del Don Fulgencio de Amor y Pedagogía, a quien la ciencia no podía consolarlo de su falta de fe en la inmortalidad y que tampoco la contemplaba en los hijos de su carne. Por ello exclama, en su angustioso monólogo con Apolodoro " - Sí, déjame que sueñe, ¿No heredamos de nuestros padres facciones, órganos, raza, especie? Pues lo heredamos todo; llevamos a nuestro padre dentro, sólo que sus más menudos rasgos, sus más personales peculiaridades están sumergidas en lo más hondo de nuestros abismos subconscientes..... Y así, cuando entre los nietos de nuestros nietos surja el hombre espíritu, cuando sea todo él conciencia, conciencia refleja su organismo todo, cuando la tenga de la vida de la última de sus células y del espíritu de ésta, entonces resucitarán en ellos sus padres y los padres de sus padres, resucitaremos todos en nuestros descendientes....." (40)

Triste consuelo de inmortalidad y sin embargo, tan reiteradamente hallado en la obra del rector salmantino. El hombre, cada hombre resume una eternidad de pasado y de él arranca una eternidad de porvenir. Mas sólo hasta esta sombra de inmortalidad - y la de la obra - llegó la razón de Miguel de Unamuno, y de ella gustó con el afán de su desesperanzada esperanza de ser por siempre.

Don Fulgencio, por el contrario, tiembla ante la idea de su muerte, pues ni siquiera le es dado contemplar la continuidad de su vida en los hijos o en la obra que hubiere realizado, ¡Pobre Don Fulgencio! ¡Cuánto late en él la angustia de su creador! Y así puede gritar en su agonía vital: "Aquí me tienes, Apolodoro, aquí me tienes tragándome mis penas, procurando llamar la atención de cualquier modo, haciéndome el extravagante, Aquí me tienes, meditando en la eternidad día y noche, en la inasequible eternidad, y sin hijos.....sin hijos, Apolodoro, sin hijos....." (41)

En Niebla, Víctor Goti, expone la idea de que el padre entrega a su hijo todo un legado de eternidad pasada, para así vivir por siempre en los descendientes, por los siglos de los siglos.

Y también Joaquín Monegro siente crecer su envidia por Abel, al saber que éste tendrá un hijo. "Una obra suya, de carne y sangre y hueso" (42) mientras él no lo ha podido hacer todavía. Envidia por la inmortalidad que con su arte y por su hijo alcanzaba su odiado amigo, mientras él se consideraba condenado a morir.

La venganza mayor del Caín unamuniano es arrebatarse el hijo a Abel y formar lo, ser su maestro, su amigo, su padre espiritual, ser admirado y venerado por el joven Abel, ocupar en su alma el lugar de su padre logra Joaquín Monegro, mas ni con ello desaparece la envidia cainita, que

arraigada en su alma no puede ya abandonarla.

Y Don Quijote, que por timidez acaso - apunta el comentarista - no engendró hijos de su carne en Aldonza, se lanzó al mundo de la sinrazón en busca de la inmortalidad que pudiera hallar en los que su espíritu creara en el transcurrir de la historia. E hijos del Caballero de Fe son los hombres que han recreado en su intimidad o en su acción el vivir heroico del hidalgo manchego. ¿Qué otro sentido, si no tiene el quijotismo? El significa ante todo revivir, resucitar el alma de aquel padre generoso que de derrota en derrota, finalmente, venció a la muerte, puesto que ganó la inmortalidad en la tierra.

NOTAS DEL CAPITULO V

- 1.- Pág. 11.
- 2.- " - ¡Claro está! Y añade ese interesantísimo y casi desconocido ginecólogo que la mujer tiene mucha más individualidad, pero mucha menos personalidad, que el hombre; cada una de ellas se siente más ella, más individual que cada hombre, pero con menos contenido." Niebla - Pág. 136.
- 3.- " - Pero ¡si estoy encantado, señora, encantado! ¡Si esta recia independencia de carácter, a mí, que no le tengo, es lo que más me entusiasma!; ¡si es ésta, ésta, ésta y no otra mujer que yo necesito!" - Niebla Pág. 56.
- 4.- Pág. 957.
- 5.- Freud Sigmund - Introducción al Psicoanálisis - Teoría General de las Neurosis - Pág. 137.
- 6.- "----Hoy te he visto, Apolodoro.
¡Hoy me ha visto!; ¡que me ha visto hoy!; ¡pero qué buena es este ángel de Dios!; ¡hoy me ha visto, me ha visto con esos ojos sin mancha; hoy he estado en ellos; chiquitico, patas arriba, acurrucadito en las reconditas niñas de sus ojos virginales!" - Amor y Pedagogía - Pág. 90.
- 7.- " - ¡No los cierres, Rosario, no los cierres, por Dios! Abrelos. Así, así, cada vez más. Déjame que me vea en ellos, tan chiquitito...
Y al verse a sí mismo en aquellos ojos como en un espejo vivo, sintió que la primera exaltación se le iba templando.
- Déjame que me vea en ellos como en un espejo, que me vea tan chiquitito...Sólo así llegaré a conocermeviéndome en ojos de mujer....." Niebla - Pág. 140.
- 8.- "Me habían llevado allí sus ojos, sus ojos, que son refulgentes estrellas mellizas en la nebulosa de mi mundo." - Niebla - Pág. 31.
- 9.- "Llenáronsele los grandes ojazos, aquellos ojos de luto, serenamente graves, gravemente serenos, de lágrimas, y apretando a su seno a los dos pequeños, apretó sus mejillas a cada una de las de ellos.- La tía Tula - Pág. 47.
La seriedad de aquellos serenos ojazos de luto le

concentró la sangre toda en el corazón." La tía Tula
Pág. 29.

10.-Pág. 39.

11.-"El Apóstol Pablo no conocía mujer (I, Cor., VII, I) y recomendaba a los que fueran de ello capaces de abstenerse de ella. Gracias a esta contingencia pudo engendrar en Cristo Jesús por el Evangelio (I, Cor., IV, 15) no hijos de carne, sino hijos de Dios (Rom., IX, 8), hijos de la mujer libre y no de la sierva (Gal., IV, 23). A los que tenían mujer les recomendaba vivir como si no la tuviesen (I, Cor., VII, 29). Pero para el que se sentía débil, para el que no hacía el bien que quería, sino el mal que no quería (Rom., VII, 19), no la voluntad del espíritu que viene de Dios, sino la gana de la carne hija de la tierra, más le valía casarse que abrasarse (I, Cor., VII, 9), y la mujer es un remedio a la concupiscencia."
"¡Un remedio a la concupiscencia! ¡Pobre mujer! Ella a su vez, se salva haciendo hijos (I, Tim. II, 9), si es que no sabe hacer otra cosa. Porque el hombre no viene de la mujer, sino la mujer viene del hombre (I, Cor. XI, 9, Efes., V, 23), puesto que Eva fue hecha de una costilla de Adán. Sin embargo, la Virgen Madre, de la cual el viril Apóstol de los gentiles no habla jamás, claro está, no nació de una costilla del Cristo, sino éste, el Cristo, nació de una mujer."
(Gal., IV, 4). - La agonía del cristianismo - Pág. 75.

12.-Pág. 70.

13.-Pág. 97.

14.-Serrano Poncela, Op. Cit. Pág. 183.

15.-Pág. 134.

16.-Op. Cit. Pág. 119.

17.-Op. Cit. Pág. 120.

18.-Pág. 852 - Ensayos Aguilar.

19.-"Toda caridad de mujer, todo beneficio, toda limosna, que rinde, lo hace por sentirse madre. Con alma de madres preguntaron las mozas del partido a Don Quijote si quería comer. Ved, pues, si las adoncelló con su locura, pues que toda mujer, cuando se siente madre, se adoncella." Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 36.

Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre; la mujer prohija a quien ama." Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 236.

- 20.- Ensayos Aguilar - Pág. 701.
- 21.- "Todas las mañanas, con el alba, iba a misa a su parroquia y cuando en el viejo devocionario de márgenes mugrientos y grandes letras, libro que, hablándole en vascuence, era el único al que sabía entender, llegaba al hueco de la oración en que decía que se pidiese a Dios la gracia especial que se deseara obtener, sin mover los labios, de vergüenza, mentalmente hacía años en que día por día pedía un hijo a Dios." - Pág. 14.
- 22.- "¡Hijo mío!" -- ¡Madre! -- gimió desde sus honduras insondables el pobre pedagogo, y cayó desfallecido en brazos de la mujer. El amor había vencido." Amor y Pedagogía - Pág. 124.
- 23.- Pág. 79.
- 24.- "-Antonia, Antonia... - suspiró con un hilito de voz apagada.
¡Pobre hijo mío! - exclamó ella abrazándole.
Y le tomó en su regazo como a un niño enfermo, acariciándole." - Abel Sánchez - Pág. 47.
- 25.- "Antonia había nacido para madre; era todo ternura, todo compasión. Adivinó en Joaquín, con divino instinto, un enfermo, un inválido del alma, un poseso, y sin saber de que, enamoróse de su desgracia. Sentía un misterioso atractivo en las palabras frías y cortantes de aquel médico que no creía en la virtud ajena." - Abel Sánchez - Pág. 37.
- 26.- "Déjame, te he dicho. Vete a verla morir; a que entre en la otra vida en tus brazos; ¡vete! ¡Déjame!" Ramiro se fue. Gertrudis tomó a su sobrinillo, que no hacía sino gemir, encerróse con él en un cuarto y sacando uno de sus pechos secos, uno de sus pechos de doncella, que arrebolado todo él le retemblaba como con fiebre, le retemblaba por los latidos del corazón - era el derecho - puso el botón de ese pecho en la flor sonrosada pálida de la boca del pequeñuelo. Y éste gemía más estrujando entre sus pálidos labios el conmovido pezón seco." La tía Tula - Pág. 49.
- 27.- Pág. 63.

28.- Pág. 89.

29.- "Te compadezco! Tú despertaste mi carne y con ella mi orgullo de mayorazga. Como nadie se podía dirigir a mi sino en forma y por medio de mi padre..... como yo no iba a asomarme como mi hermana al balcón, a sonreír a la calle..., como aquí no entraban más hombres que patanes del campo o esos del tresillo, patanes también de coro...Y cuando entraste aquí te hice sentir que la mujer era yo, yo, y no mi hermana ...¿Quieres que te recuerde la caída?" - El marqués de Lumbría - Pág. 89.

30.- El pensamiento de Unamuno - Pág. 198.

31.- Pág. 154.

32.- "Liduvina miraba en silencio y con el corazón oprimido aquella rivalidad ingenua de madres marradas. ¡Y ella que pudo tener un hijo, pero un hijo verdadero, un hijo vivo, un hijo de carne! ¡Oh!, ¿por qué, por qué fue estéril aquella escapatoria? Así, estéril como fue, resultaba ridícula; tenía razón Ricardo. ¡Pero si hubiese florecido, no! Si hubiese fructificado en un niño, en un hijo del amor. Entonces--pensaba Liduvina--, el amor habría renacido, ¡no!, se hubiese mostrado; porque ellos se querían, si, se querían, aunque el egoísmo, la vanidad de Ricardo se empeñase en no reconocerlo. Si hubiesen tenido un hijo, Ricardo no lo habría sacrificado a aquella vocación." - Una historia de amor - Págs. 153 y 154.

33.- "Tenía cada una en su celda su niño Jesús, un lindo muñeco al que vestía y desnudaba y adornaba. Poníanle flores, le besaban, sobre todo a hurtadillas; alguna lo brezaba sobre sus rodillas como a un niño de verdad. Rodeábanle de flores." - Una historia de amor - Pág. 153.

34.- "Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio y le dije:
---En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.
Y salimos de la Iglesia, y al salir se me estremecían las entrañas maternas." - San Manuel Bueno, Mártir - Pág. 46.

35.- Pág. 23.

36.- "Y para compensarlo hacía falta la Madre, la Madre

que perdona siempre, la Madre que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado Padre, la Madre en cuyo regazo se busca como consuelo una oscura remembranza de aquella tibia paz de la inconsciencia que dentro de él fue el alba que precedió a nuestro nacimiento, y un dejo de aquella dulce leche que embalsamó nuestros sueños de inocencia, la Madre que no conoce más justicia que el perdón ni más ley que el amor." - Vida de Don Quijote y Sancho - Pág. 268.

- 37.- "Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas." - Santa Teresa de Jesús citado en La tía Tula - Pág. 10 - Prólogo.
- 38.- La agonía del cristianismo - Pág. 127.
- 39.- "Pero los vírgenes y las vírgenes del Señor viven angustiados por el instinto de paternidad y de maternidad." - La agonía del cristianismo - Pág. 99.
"Sufren de que su carne, la que lleva al espíritu, no se perpetúe, no se propague. Cerca de la muerte, al fin del mundo, de su mundo, tiemblan ante la esperanza desesperada de la resurrección de la carne." La agonía del cristianismo - Pág. 25.
- 40.- Pág. 110.
- 41.- Pág. 109.
- 42.- "¿Ves? ¡Hasta es más hombre que tú! El, él que con su arte resucita e inmortaliza a los que tú dejas morir por tu torpeza, él tendrá pronto un hijo, traerá un nuevo viviente, una obra suya de carne y sangre y hueso al mundo, mientras tú...Tú acaso no seas capaz de ello.....¡Es más hombre que tú!" - Abel Sánchez - Pág. 46.

CAPITULO VI

LA CREACION FIGURATIVA DE LA MUERTE.

Non possiamo comprendere la vita, se in qualche modo non ci spieghiamo la morte. Il criterio direttivo delle nostre azioni, il filo per uscir da questo labirinto, il lume, insomma, deve venirci di là, dalla morte.

Pirandello.

1.- El tema de la muerte.- La muerte es en rigor el hecho que mueve al Unamuno agónico. Es realidad su llegada forzosa a cada vida, que tiene por ello como hemos señalado, un carácter precario. Mas en todo caso, el significado que alcance el vivir humano depende de lo que la muerte sea en verdad. De ahí la enorme importancia de conocer su "ser", de desvelar el misterio que la encubre.

Fue éste, sin duda, el mayor afán de Unamuno, heredero de otros hombres, y aun de todos que, sabios o ignorantes, religiosos o incrédulos, se han asomado perplejos a su arcano, sin lograr jamás saber con certeza la indudable realidad que oculta. La historia de la cultura nos enseña como el hombre ha arrancado a la naturaleza sus secretos, creando todo un mundo a su servicio; las fuerzas naturales, un día incontrolables, han sido hechas paso a paso esclavas del dominador, pero ante la muerte continúa absorto, ignorante, impotente, pese a que todos llegan un día a conocerla y a penetrar en su incóg

nito ser.

Pero hasta ese momento, fin de la propia vida, el morir es algo ajeno, una "cosa" que contemplamos, a veces con infinito dolor en los demás, y ante la que impotentes para entender y saber su última verdad, tenemos que detenernos.

De ahí el respeto y el temor que inspira la muerte y a que desde antes de la historia el hombre haya luchado por vencerla, por conocerla, por dominarla, por ahuyentarla siquiera, y por expresar - sobretodo en el arte - el sentimiento que le produce.

El profesor salmantino, ansioso de inmortalidad, quiso desentrañar el eterno misterio que encierra ese fin, no sólo para justificar su afán de existir siempre, sino también para dar sentido a la vida, que de ser la muerte su negación total carecería el nacer de causa trascendente. Y en los escritos del vasco, resuena la queja eterna del Eclesiastés. "Si al morírseme el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirle de mi mismo que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconciencia de que brotara, y como a la mía les acaece a las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajado linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y el humanitarismo lo más inhumano que se conoce." (1) - escribió rebosante de angustia ante la

muerte propia en Del sentimiento trágico de la vida.

Por ser el meollo del pensamiento unamuniano la eternización de la vida, de la conciencia personal única, adquiere un lugar primario la meditación sobre la muerte, y lo mismo sus ensayos, que su poesía o sus novelas se encuentran impregnados de este pensamiento. (2)

La vida se cumple en la muerte. Al fallecer el curso de la existencia queda acabado y en cuanto el hombre tiene conciencia de tal fin, surge el hambre de inmortalidad, que en su plenitud es la anulación de la muerte. (3)

Pero, ¿qué es la muerte? Unamuno se rebela contra la ciencia y la razón cuando éstas afirman que morir significa el fin de la vida personal, de la conciencia del individuo; que la destrucción del cuerpo acarrea la del yo personalísimo, la del alma, y se pregunta, en agonía: "¿Cómo un hombre que crea de veras en su propia existencia va a creer en su propia muerte, en su muerte existencial?" (4) Y niega ciencia y razón en busca de una fe, que en lucha, le proporcione una esperanza, envuelta en dudas, de su eternización. Huye de esa nada que le horripila, pues con ella el vivir es un absurdo en su finitud temporal. "El hombre quiere todas las tierras y todos los siglos, y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo, en lo infinito y en la eternidad." (5)

De modo señero en los ensayos, como queda expuesto en páginas anteriores, Unamuno afirmó una y otra vez, la insuficiencia de la razón para penetrar en el auténtico y último sentido de la vida, de la muerte y de la inmortalidad. Así, una vez planteado el problema de lo que la muerte sea, más que tratar racionalmente de resolverlo, de elaborarlo intelectivamente, lo vive, con máximo verismo, agudeza e intensidad.

Unamuno no contempla la muerte como algo ajeno, como una cosa de la que objetivamente pueda hablarse, olvidando que con certeza ese algo ha de ser realidad en la propia vida. Por el contrario, ella se encuentra presente, conscientemente presente en su obra, puesto que encierra en su ser el sentido del existir humano.

Miguel de Unamuno no es teorizante de los diversos significados que a la muerte puedan atribuirse, aunque hable de ellos, y los analice. Fundamentalmente, y tal vez sea éste uno de sus grandes aciertos, nos enfrenta, con la muerte y su problematicidad, pero desde un punto de vista vital. Es, no la muerte considerada en abstracto, sino la suya propia y la nuestra, la de cada hombre, la que concretamente le interesa. En Del sentimiento trágico de la vida, medita sobre la inmortalidad del alma - a la helénica, como gustó decir - y la resurrección de la carne - a la judaica -; pero de inmediato, huye del pensamiento filosófico para imaginar lo que pue-

den ser su muerte y supervivencia personales, las del hombre de carne y hueso que él era. Hay siempre la referencia concreta al hombre autor, pues es su propia vida la que tiene que conocer subjetivamente la realidad del morir. Y cuando con la ayuda de la razón no puede llegar a entender y a conocer esa realidad, movido por el temor a la nada, proclama su irracionalismo y busca entre dudas la fe que le exige la vida para alcanzar sentido trascendente, y por ello veracidad y ser auténtico.

Unamuno, pues, vive la problemática de la mortalidad desde su vida y ansía que su esperanza cristiana en la resurrección sea la solución final. Mas ese anhelo vital siempre ajeno a su razón, en lucha con ella - con toda la carga de energía que tiene en su obra -, no llega a ser creencia, convencimiento, fe. Es máximo deseo, exigencia de la que no quiere prescindir, pero sólo eso. Con dolor no puede imaginarse como no existente, y esa angustia de la conciencia y la incapacidad para llegar a concebir la propia aniquilación, hacen surgir su esperanza de inmortalidad.

Si es indudable la presencia de la muerte en toda obra de Unamuno, es sin duda en la novela y en la poesía donde el tema adquiere su más acertada expresión. En el ensayo, como queda dicho, nos pone en inmediato contacto con la propia muerte, llama la atención del

lector para que medite sobre ella, puesto que en forma ineludible tendrá que vivir su verdad. En la novela, por el contrario, crea figurativamente la vida y la muerte de sus entes de ficción y así, la previve, ya que, hecho impar en el existir de todo hombre, no es posible revivirla.

2.- La muerte en la novela.- En todas las novelas de Unamuno se da la muerte. Se asoma a ella una y otra vez, desde Paz en la guerra hasta San Manuel Bueno, Mártir. Y a lo largo de los treinta y seis años que separan ambas historias, el autor insiste reiteradamente, con curiosidad nunca decreciente, en adentrarse en el misterio siempre repetido y siempre nuevo, que es el fin de la vida.

"Cada novela es para Unamuno - escribe Julián Marías (6) un intento de vivir la muerte, de pasar a través de ella, de dejarla llegar, entrar en su ámbito helado y quedar, a pesar de ello, para verla desde el otro lado, es decir, consumada, para mirar ansiosamente detrás."

Y así es, efectivamente, como desde dentro del personaje, desde la vida, ve llegar a la muerte, mas cuando esta se realiza, Unamuno tiene que salirse fuera y contemplar, bien a su pesar como espectador, el hecho fatal en el que no le es dado penetrar.

En Paz en la guerra, la primera novela unamu-

niana, que vió la luz en 1897, se suceden una serie de muertes, pero desde sus primeras páginas aparece también la "meditatio mortis". Es Pachico Zabalbide, personaje tan cercano a su autor, quien reflexiona en estos términos (7): "Sintiendo el desencanto de la última novedad, y hastío por decir lo mismo que todos, volvíase a lo antiguo y eterno. Apagaba la luz para darse a meditar, y cuando no le hendía al punto el sueño, atormentábale el terrible misterio del tiempo. Aprendida o hecha una cosa ¿qué le dejaba?, ¿Qué era él más que el día anterior? ¡Tener que pasar del ayer al mañana sin poder vivir a la vez en toda la serie del tiempo! Tales reflexiones le llevaban en la oscuridad solitaria de la noche la emoción de la muerte, emoción viva que le hacía temblar a la idea del momento en que le cogiera el sueño, aplanado ante el pensamiento de que un día habría de dormirse para no despertar. Era un terror loco a la nada, a hallarse solo en el tiempo vacío, terror loco que sacudiéndole el corazón en palpitaciones la hacía soñar que, falto de aire, ahogado, caía continuamente y sin descanso en el vacío eterno, con terrible caída. Aterrábale menos que la nada el infierno, que era en él representación muerta y fría más representación de vida al fin y al cabo."

En esta meditación de Pachico hallamos ya tres de las ideas que acompañarán el pensamiento de Unamuno

sobre la muerte en el resto de sus obras. La primera es el comparar la muerte con la inconsciencia absoluta del sueño profundo, sin ensueños de vida. ¿Será esa su verdad?, se pregunta con máxima angustia toda su vida el novelista. Y así no sólo la vida es sueño - como que dó subrayado en páginas anteriores (8) - sino también la muerte, pero sueño este último sin conciencia de ser.

El segundo pensamiento de la meditación de Pachico, - Unamuno, ampliamente reiterado con posteridad a Paz en la guerra, es la soledad suprema de la muerte. Los hombres vivimos dentro de una circunstancia humana, convivimos con los demás y la muerte significa el máximo ensimismamiento, la ausencia del mundo en el que la vida se hace.

Por último, este personaje de Paz en la guerra, se aterroriza, con la angustia de su autor, ante la idea de la nada. Unamuno, con iguales palabras, expondrá más tarde - en Del sentimiento trágico de la vida y en Recuerdos de niñez y mocedad - que nada podía atemorizarlo más que la idea de la nada misma, e insiste que desde niño el infierno no lograba asustarle, pues que el dolor presupone vida, conciencia, sensibilidad, y en último término ser.

Unas páginas después de esta meditación de Pachico, acaece en la novela la primera muerte. Es la de doña Micaela, y sucede cuando la guerra y el sitio de

Bilbao habían roto el vivir cotidiano del pueblo. La pobre enferma vive aterrorizada por el estruendo bélico, y así logra la muerte poner fin a la angustia que la envolvía. Unamuno nos describe, desde dentro del personaje, sus últimos momentos de vida: "Pasó un silencio supremo, en cuyo vacío se oía el fatigoso anhelo de la enferma, que sentía preñada su mente de cosas que decir de despedida, pero sin acordarse de ninguna entonces, llena de sueño. "¿Cuándo acabará esto?", pensaba. Al momento de silenciosa angustia siguió una trepidante detonación que pareció bambolear la casa. La enferma extendió los brazos aterrada, y dando un grito, el último, cayó en la almohada." (9)

Ante la presencia de la muerte, Doña Micaela no puede ya albergar a su creador, quien tiene que limitarse a contemplar desde la vida a algo ajeno, distinto, aún cuando esté ahí mismo, frente a sus ojos. Mas en su afán por imaginar ese ser extraño, nos dice el novelista: "Habíasele quebrantado el corazón, había muerto el mundo para ella, y con él se le desvanecieron de la pobre cabeza, tan martillada, los temores y ansiedades, fantasmas que turbaron el agitado sueño de su vida, y así pudo descansar por fin en la eterna realidad del sueño inacabable." (10) La muerte es la ausencia del mundo, total soledad de la circunstancia.

La intuición de la muerte como sueño de paz

inacabable no se encuentra en el resto de la producción novelística del profesor vasco. Por ello, con acierto Carlos Blanco ha visto en Paz en la guerra, la manifestación del espíritu contemplativo de Unamuno.

Después del fallecimiento de Doña Micaela, sucede la de Don Miguel, el viejo solterón que gustó de la vida solitaria. También su muerte es callada, soñolienta, silenciosa. "Medio amodorrado, sentía fuera los pasos de su sobrina, y luego, al empezar las exhortaciones el agonizante, inmóvil y silencioso, comenzó a sentir con escalofríos una inmensa tristeza de haber vivido, y un tardío arrepentimiento de aquel miedo a la felicidad que le había hecho perderla. Quería volver a la vida pasada, sintiéndose solo en medio de un mar. Y todo esto lo imaginaba sereno, en confusa visión, sin poder domear la modorra que le ganaba poco a poco. Por fin se rindió en sopor, entrando algún tiempo después en reposada agonía. Cuando Rafaela vió que la miraban inmóviles y secos aquellos ojos, los cerró....." (11)

Hay en estas narraciones una cierta serenidad de Unamuno frente a la muerte, muy diferente de la característica desesperación que aparece en el resto de sus novelas. En el párrafo transcrito, habla incluso de reposada agonía, mientras que las que luego describe están llenas de angustia, de guerra, de lucha entre contrarios irreconciliables.

En paz también, pese a su violencia, llega la muerte a José Ignacio. Es un irse derritiendo la realidad circundante en un sueño tranquilo y sereno. "Sentíase desfallecer por momentos, que se le iba la cabeza, liquidándosele la visión de las cosas presentes, y luego una inmersión en un gran sueño. Cerráronse, por fin, sus sentidos al presente, se desplomó su memoria, se recogió su alma, y brotó de ella, en visión espesada, su niñez, en brevísimo espacio de tiempo.....Llegó a aquellas otras en que, en camisa y de rodillas sobre su camita, rezaba con su madre, y cuando en esta visión murmuraban en silencio sus labios una plegaria, la moribunda vida se le recogió en los ojos y desde allí se perdió dejando que la madre tierra rechupara la sangre al cuerpo, casi exagüe. En su cara quedó la expresión de una calma serena, como la de haber descansado, en cuanto venció a la vida, en la paz de la tierra, por la que no pasa un minuto" (12) Y fuera de Ignacio, el mundo, en guerra, sigue su marcha. Los soldados contemplan a los muertos que en tierra yacen y absortos ante el eterno misterio, inquietan "¿Qué eran aquellos hombres menos que un dormido? ¿Qué pasaba en sus entrañas? ¿Qué sentían entonces?" (13) Pero la incógnita, avara de su impenetrabilidad, no les revelaba la última verdad de su ser.

Unamuno no se limitó a ver la muerte como fin

del que se va. También penetra en el dolor de los que se quedan, en soledad, y analiza el vacío que la ausencia de los seres queridos deja en los demás. Así don Juan Arana siente el hueco que el partir de Doña Micaela origina en la vida familiar y en la suya íntima y Pedro Antonio sufre el dolor de la ausencia del hijo, dolor que le quemaba las entrañas.

Muere también Josefa Ignacia, con muerte resignada, indolora, callada, como reflejo y fin de una vida hecha con la monotonía de los días siempre iguales. Y su marido, ante el espectáculo llora su separación de la compañera de tantos años, pero de inmediato siente renacer en él la voluntad de vivir, pese al vacío que dentro de sí dejaba la ausencia de su mujer (14)

En Amor y Pedagogía, Don Avito Carrascal, hombre que todo quiere explicarlo con la razón y la ciencia contempla con serenidad, que provoca angustia en el lector, la muerte de su hija. ¡Qué sencillo resulta al científico, que no al hombre, hablar de la muerte! Y sin embargo, ¡cuánto dolor encierran estos razonamientos del pobre pedagogo!

" - Aunque el individuo haya muerto como tal, continúa la sustancia viviendo. Si ahora le aplicáramos una corriente galvánica se movería. No se han coagulado aún los albuminoideos, no están las células reducidas a su mayor concentración, no ha llegado la rigidez cadavé-

rica. La concentración es la muerte, la expansión la vida: fíjate en esto, Apolodoro, y no te concentres, expansionate. ¿Qué es eso, lloras?"

"- Sí, por tí, padre."

"-¿Por mi? Pues no lo entiendo. Y aún rígido el cadáver, seguirán las cejas vibrátiles conservando su actividad normal y seguirán viviendo los glóbulos blancos o leucocitos, estas células amiboideas. No hay un momento preciso en que la vida cese para empezar la muerte; la muerte se desenvuelve de la vida, es lo que llaman los fisiólogos la necrobiosis, la muerte de la vida de ese Don Fulgencio." (15)

El concepto biológico de la muerte era el que horrorizaba a Unamuno. Si detrás del misterio existe la nada, la aniquilación de toda conciencia, ¡qué le importaba a él, que buscaba su inmortalidad personal, la transformación de la materia, fuente de nueva vida orgánica!

La descripción de Don Avito, su serenidad ante la muerte de la hija, hacen patente que en este personaje creó Unamuno lo que él llamó "un estúpido del sentimiento", hombre todo razón y por tanto sombra, caricatura de lo que es un hombre auténtico.

Sin embargo, sacudido por el suicidio de Apolodoro, que significaba el fracaso de la pedagogía, recobra don Avito su categoría humana. El amor había vencido a la ciencia, y el hombre de razón pudo al fin llorar

y sentir, no ya pensar, la vida y la muerte.

Apolodoro, cuando decide suicidarse, justifica esa máxima actitud, diciéndose: "Ahora sabré a dónde va mos.... ¡cuánto antes mejor! Aunque sólo fuese por curio sidad, por amor a saber, era cosa de hacerlo. Así se sa le antes de dudas respecto al problema pavoroso. ¿Y si no hay nada?" (16) El afán de conocer la verdad de la muerte, y también el temor ante la posible nada, son característicos en la obra unamuniana, pues que tal saber fue máximo problema vital para su autor.

En Niebla reitera el profesor vasco su afán cognoscitivo de la muerte, y vuelve a crearla imaginativamente. Así nos describe la de la madre de Augusto Pérez, "Aquella muerte lenta, grave y dulce, indolorosa, que entró de puntillas y sin ruido, como un ave peregrina, y se la llevó a vuelo lento, en una tarde de otoño. Murió con su mano en la mano de su hijo, con los ojos en los ojos de él. Sintió Augusto que la mano se le enfriaba, sintió que los ojos se inmovilizaban. Soltó la mano después de haber dejado en su frialdad un beso cálido, y cerró los ojos. Se arrodilló junto al lecho y pasó sobre él la historia de aquellos años iguales." (17)

En el diálogo que entabla Unamuno con el protagonista al final de la novela se plantea el problema de la resurrección del ente imaginario, que es semejante a la del hombre de carne y hueso. Augusto, ya muerto, se

le aparece en sueños al novelista, y le advierte la imposibilidad de resucitarlo, porque no puede soñarse dos veces el mismo sueño. La vida es una y única para el hombre y para el personaje. Y sin embargo, Unamuno, moviéndose siempre en la dialéctica de contrarios, pudo contestar afirmativamente a la pregunta de Augusto que envuelve toda una negación "¿Cree usted posible resucitar a Don Quijote?" ya que para esa fecha él había recreado ya la historia del caballero manchego. (18)

Augusto Pérez muere en rebeldía franca contra su creador, al que pronostica su falta de realidad última pues que también él - su dios - está, como cualquier otro hombre, condenado a la muerte. (19)

El personaje de Niebla vivió en soledad íntima; por ello, a su muerte es un perro quien reflexiona sobre su ausencia. Orfeo, el confidente mudo del existir de Augusto, medita así ante el misterio de la vida humana: "¡Pobre amor mío!, ¡pobre amor mío! Esto que yace aquí, blanco, frío, con olor a próxima podredumbre, a carce de ser comida, esto ya no es mi amo. No, no lo es. ¿Dónde se fue mi amo? ¿dónde el que me acariciaba, el que me hablaba?... ¡Qué extraño animal es el hombre! Nunca está en lo que tiene delante." (20)

Orfeo, el perro, creyó a Augusto inmortal, un dios inmune al tiempo, pero su experiencia de dolorosa soledad, le enseñó que la muerte es un hecho indiscutible y

cierto en toda vida; es más, que se encuentra en cada momento del existir humano y se hace presente en cualquier (21) Y a semejanza de la falsa creencia de Orfeo, el hombre vive con frecuencia olvidando su destino final, queriendo borrar la certeza de su temporalidad y finitud y la indigencia necesaria del existir humano. Unamuno se propuso a través de su obra despertar a sus lectores a esa realidad y moverlos dentro de sus afanes trascendentes. Por esto desde sus páginas grita a los hombres para que tomen conciencia de tal verdad indiscutible, e ineludible también, que es la propia muerte; para que mediten en ella, no como en algo ajeno, que se da en los demás, sino viéndola en su verdadera realidad vital de cada hombre y de los hombres todos.

En Abel Sánchez aparece la muerte de los rivales amigos. Abel, para estar de acorde con la historia bíblica, muere a manos de Joaquín, quien en un momento de exaltación de su odio lo ataca, pese a que conoce su padecimiento cardiaco. Recordando el crimen acaba sus días Joaquín, fatigado de su lucha vital, harto del odio que le impidió amar. No quiere vivir más: "¿Para qué? - se pregunta - ¿Para llegar a viejo? ¿A la verdadera vejez?...La vejez egoista no es más que una infancia en que hay conciencia de la muerte. El viejo es un niño que sabe que ha de morir..." (22)

Joaquín no fue un creyente; su profesión y su

odio lo condujeron a la negación, aunque en algunos momentos aparezca la duda sobre el último destino humano. Sin embargo, a la hora de la muerte no quiere sino el olvido. Siente horror hacia la eternización de su dolorosa vida, que transcurrió en continua enajenación, en querer ser otro, sin dejar de ser el mismo. Esa fue la agonía del Caín unamuniano, que en sus últimos momentos de vida recuerda con horror el camino recorrido, y dice: "Se me murió teniéndole yo en mis manos, cojido del cuello. Aquello fue como un sueño. Toda mi vida ha sido como un sueño. Por eso ha sido como una de esas pesadillas dolorosas que nos caen encima poco antes de despertar, al alba, entre el sueño y la vela. No he vivido ni dormido... ¡ojalá!, ni despierto. No me acuerdo ya de mis padres, no quiero acordarme de ellos, y confío en que ya, muertos, me hayan olvidado. ¿Me olvidará también Dios? Sería lo mejor, acaso, el eterno olvido. ¡Olvidarme, hijos míos!" (23)

Unamuno había escrito, en Del sentimiento trágico de la vida, que sólo una conducta apasionadamente merecía la eterna perduración. "A contrario sensu", una vida impregnada de odio y de envidia, debía ser perecedera, no alcanzar la trascendencia de la inmortalidad, sino el olvido en Dios y en los hombres. Esta es seguramente la razón de que uno de sus más señeros personajes suplique el olvido en el momento de la muerte y bus

que la nada final, como remedio a su dolorosa vida.

De sus novelas agónicas, sin duda fue en La tía Tula, donde Unamuno creó mayor número de veces imaginativamente a la muerte. Mas aun, son episodios fundamentales en la narración esa serie de decesos de los personajes.

El primero que aparece es el de Rosa, hermana de Gertrudis y esposa de Ramiro, quien va perdiendo apetito de vivir, sintiéndose envuelta en niebla, en constante mareo, como en sueños. La muerte irrumpe así (24): "Tendida en el lecho que había sido campo de donde brotaron tres vidas, llegó a faltarle el habla y las fuerzas, y cogida de la mano a la mano de su hombre, del padre de sus hijos, mirábale como el navegante, al ir a perderse en el mar sin orillas, mira al lejano promontorio, lengua de la tierra nativa, que se va desvaneciendo en la lontananza y junto al cielo; en los trances del ahogo miraban sus ojos, desde el borde de la eternidad, a los ojos de su Ramiro. Y parecía aquella mirada una pregunta desesperada y suprema, como si a punto de partirse para nunca más volver a la tierra, preguntase por el oculto sentido de la vida. Aquellas miradas de congoja reposadas, de acongojado reposo, decían: "Tú, tú, que eres mi vida, tú, que conmigo has traído al mundo nuevos mortales, tú que me has sacado tres vidas, tú, mi hombre, dime: ¿ésto, qué es?.....Llególe por último el supremo

trance, el del tránsito, y fue como si en el brocal de las eternas tinieblas, suspendida sobre el abismo, se aferrara a él, a su hombre, que vacilaba sintiéndose arrastrado. Quería abrirse con las uñas la garganta la pobre, mirábale despavorida, pidiéndole con los ojos ai re; y luego, con ellos le sondeó el fondo del alma y, soltando su mano, cayó en la cama donde había concebido y parido sus tres hijos."

Por amor habían unido sus dos vidas Ramiro y Rosa, ambos en abrazo íntimo engendraron tres hijos; pe ro la muerte misma no puede compartirse, es absolutamen te personal, incomunicable, única. Por ello, al moribundo puédesele acompañar mientras alienta; después sur ge la soledad para el que ha cumplido su destino.

La narración de la muerte de Rosa es una de las mas sagaces que respecto al tema se encuentran en la novela unamuniana.

La ausencia de su mujer deja en soledad a Ramiro y también con acierto indudable, describe el autor la incomprensión y el dolor - poco a poco apaciguado - que la muerte engendra en los que siguen viviendo, privados para siempre del ser a quien se sintieron íntima y profundamente unidos. Más todavía, es después de la muerte de Rosa cuando Ramiro y Gertrudis se dan cuenta de lo mu cho que la habían querido. (25)

Tras de Rosa muere Ramiro. Momento drámático

en el que Gertrudis se da cuenta de la frustración de su vida, ante la pérdida del hombre a quien ama. Pero el constante devenir hacia la muerte, sin posible retorno, cierra para ambos la posibilidad de realizar la unión de sus existencias. La muerte desvela la verdad de esas almas en vida alejadas, y se manifiesta en ellos el ansia de amarse, cuando es imposible ya toda convivencia.

Así nos describe Unamuno el fin de Ramiro: "Y poco después, cogido de una mano a otra de Gertrudis, y susurrando: "¡Adios mi Tula!", rindió el espíritu con el último huelgo Ramiro." (26)

Tula, ya sola, "cerró los ojos al muerto, no sin decirse: "¿Me estará mirando todavía"... "Le amortajó como lo había hecho con su tío, cubriéndole con un hábito sobre la ropa con que murió, y sin quitarle ésta, y luego, quebrantada por un largo cansancio, por fatiga de años, juntó un momento su boca a la boca fría de Ramiro, y repasó sus vidas, que era su vida." (27)

La muerte de Ramiro hace subir a flote el amor de Tula, pero aún entonces, Unamuno subraya que amortajó a su hombre, como había hecho con el tío, sin quitarle la ropa, con un último y definitivo alejamiento de la carne y del cuerpo masculino, del que siempre huyó, aún después de la audacia de haber besado sus labios yermos.

Al fin de Ramiro sucede el de Manuela, la criada hospiciaria, quien "murió como había vivido, como una

res sumisa y paciente, más bien como un enser" (28) Gertrudis creyó entender esta vez mejor que en las anteriores, el sentido del enigma. Ahora su soledad frente a los hijos es absoluta y el camino que eligió en la vida se puede ver, como una línea recta hasta el horizonte: criar a los niños y darles hogar y calor de madre. Le conmovía la muerte de Manuela, a quien sólo ella acompañó en el trance. "Y luego se figuraba que aquella pobre hospicihana, cuyo sentido de la vida no comprendía, le quitó Dios la vida de un beso, posando sus infinitos labios invisibles, los que se cierran formando el cielo azul, sobre los labios, azulados por la muerte de la pobre muchacha, y sorbiéndole el aliento así." (29)

Vida expósita la de Manuela, hueca de amor ¿qué sentido para ella tuvo la muerte?, y en la eternidad, ¿seguirá siendo hospicihana? (30) Pero es al describirnos el fin de esta pobre mujer cuando Unamuno habla con sentimiento poético de Dios, que sorbe de un beso el aliento de vida. Dios acompaña a la solitaria y desventurada criatura en su desamparo de amor, como no lo había hecho con los otros personajes, que sintieron en ese postrero instante su vinculación amorosa al ser que junto a ellos compartía el dolor de la partida.

Por último, es Gertrudis la que se va. Cumplida su misión maternal y definitivamente frustrada la de la mujer, se despide de aquellos hijos tan suyos y con

dulce agonía "se apagó, como se apaga una tarde de otoño cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en las aguas serenas de un remanso del río....." (31) Ya en el capítulo anterior quedó asentado como esta ejemplar mujer unamuniana pecó por pureza y espiritualidad, que pecar es alejarse de la vida fecunda que dentro de sí ansiaba y que un hombre le ofrecía.

También en San Manuel Bueno, se suceden las muertes. Primero se cuenta la de la madre de Angela, la narradora del relato, luego la del santo, y por último, la de Lázaro su confidente.

Don Manuel muere en su incredulidad, mas rogando a Lázaro y a Angela el cuidado de su pueblo, para que conserve la fe mientras viva; que crea en la resurrección de la carne y en la vida perdurable, pues que llegada la muerte acabará su sueño de vida y nada verá (32) Ni ante su fin cercano, se debilita la negación del sacerdote. Su muerte es pública, espectacular, ejemplar, desea que ella rubrique ante los feligreses su vida de amor y sacrificio, modelo acabado de obrar cristiano. Quiere que el pueblo reafirme su fe en la inmortalidad, fe que él en el fondo de su alma no compartía, pero que ansió aumentar y fortificar en los pobres hombres, sus prójimos. Así crea Unamuno la muerte de su santo mártir: "- Muy pocas palabras, hijos míos, pues apenas me siento con fuerzas sino para

morir. Y nada nuevo tengo que deciros. Ya os lo dije todo. Vivid en paz y contentos y esperando que todos nos veamos un día, en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, sobre la montaña.....Luego, con el crucifijo que tenía en la mano dió la bendición al pueblo, llorando las mujeres y los niños y no pocos hombres, y enseguida empezaron las oraciones que don Manuel oía en silencio.....Primero el Padrenuestro...y por último el Credo. Y al llegar a la "resurrección de la carne y la vida perdurable", todo el pueblo sintió que su santo había entregado su alma a Dios. Y no hubo que cerrarle los ojos porque murió con ellos cerrados." (33)

Y así, hasta el último de sus momentos, vivió en martirio San Manuel, y también en santidad. Vida y muerte del santo unamuniano son testimonio de la enajenación por amor, de donación del propio existir a los demás, y en último término de apego al máximo precepto cristiano: "Ama al prójimo como a ti mismo."

Ya en 1905, había escrito en la Vida de Don Quijote y Sancho: "A la luz de la muerte es como hay que mirar la vida" (34) pues que "en la muerte se revela el misterio de la vida, su secreto fondo" (35) Es ese último tránsito el acto que completa el vivir humano. Y Unamuno lo contempla como un hecho que acaece en el existir del hombre, que se da en él; la muerte es algo

ignoto pero no simplemente dejar de vivir, porque de ser así fácilmente llégase a la nada. Por eso en la novela existencial o personal de Unamuno en la que trata de crear vidas humanas, surge la muerte como fin y coronación de esas vidas íntimas, auténticamente personales.

3.- La muerte suprema soledad. - "Porque los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad" (36) escribió en La agonía del cristianismo. Y este pensamiento así expresado, recorre todas las creaciones que de la muerte hallamos en la novela unamuniana.

Para el hombre autor y creador, la radical esencia, el ser de la muerte, es la soledad. De ahí que no sea posible compartirla y cada cual se asome solo, en la experiencia única y sin reiteración posible, a su arcano.

Al hablar de la ontología vital de Unamuno que do señalado esa última e íntima soledad que es el vivir humano. Mas si es indudablemente cierta la existencia de ese "yo", intransferible, fondo de la personal, no lo es menos que la existencia propia se comparte - en grado máximo por amor - y que el hombre vive y se hace dentro de una circunstancia que lo rodea.

La soledad suprema, absoluta, es la de la muerte. Ni por amor puede compartirse el morir ajeno, aunque en verdad entonces la soledad no es sólo para el que se

va, sino también para el que vivo resta en soledad del muerto. Así Ramiro sintió el vacío de su Rosa, y al morir ésta, también para él acabó esa vida en común, pero única, de dos seres cuyos existires fueron entretejiéndose para formar una unidad.

Por eso el novelista le hace decir: "Pero, ¿mu-
rió acaso Rosa? ¿Se murió de veras? ¿Podía haberse mueru
to viviendo en él, Ramiro? No; en sus noches, ahora so-
litarias, mientras se dormía solo en aquella cama de la
muerte y de la vida y del amor, sentía a su lado el rit-
mo de su respiración, su calor tibio, aunque con una cono
goja sensación de vacío. Y tendía la mano, recorriendo
con ella la otra mitad de la cama, apretándola algunas
veces." (37)

Unamuno tuvo en su creación de la muerte sagau
ces intuiciones. No quiere decirse que antes que él no
se hubiese hablado de la soledad que lleva aparejada. Pou
cos años antes, Bécquer, había señalado, estremecido por
su cercanía, lo solos que los muertos quedan. Pero Don
Miguel de Unamuno, que quería conocer su realidad, al reu
crear una y otra vez imaginativamente la muerte, profun-
dizó y subrayó ese ser de la muerte de máxima soledad.
Por eso, los protagonistas de las novelas de Unamuno,
sintieron el significado de la muerte como una visión de
alejamiento del mundo y las cosas. Así, Ignacio (38) y
también Don Miguel de Arana (39) en Paz en la guerra.

En la Vida de Don Quijote y Sancho escribió al respecto: "Estás solo, mucho más solo de que tu te figuras, y aun así no estás sino en camino de la absoluta, de la completa, de la verdadera soledad. La absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni aun consigo mismo. Y no estarás de veras completa y absolutamente solo hasta que no te despojes de ti mismo, al borde del sepulcro. ¡Santa soledad! (40)

Y es la soledad la que origina el dolor que acompaña a la muerte. Es que - como ha visto Ortega - nos quedamos los vivos en soledad de nuestros muertos. No nos es dado acompañarlos, guardarlos, compartir con ellos nada, pues que definitivamente se fueron de este vivir y es forzosa la separación. De ellos sólo resta el recuerdo, muy vivo al principio y que poco a poco, va perdiendo intensidad y dolor.

Es así como, con curiosidad nunca agotada, Miguel de Unamuno, se asomó en vida a la muerte, llevado por su afán vital de penetrar su secreto. Más que emoción estética, hay en ello siempre deseo de conocer, de saber su significado para dárselo al vivir humano.

NOTAS DEL CAPITULO VI

- 1.- Pág. 43.
- 2.- "Mil veces y en mil tonos se ha dicho cómo es el culto a nuestros antepasados lo que enceta, por lo común, las religiones primitivas, y cabe, en rigor decir que lo que más al hombre destaca de los demás animales es lo de que guarde, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todo paridora; es un animal guardamuertos. ¿Y de qué los guarda así? ¿De que los ampara el pobre? La pobre conciencia huye de su propia aniquilación, y así que en espíritu animal, desplacentándose del mundo, se ve frente a éste y como distinto de él se conoce, ha de querer tener otra vida que no la del mundo mismo. Y así la tierra correría el riesgo de convertirse en un vasto cementerio, antes que los muertos mismos se remueran.
Cuando no se hacía para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruído, elevábanse túmulos para los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no las de los vivos; no las moradas de paso, sino las de queda. Este culto, no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones. En el delirio de la destrucción, Robespierre hace declarar a la Convención la existencia del Ser Supremo y "el principio consolador de la inmortalidad del alma", y es que el Incorruptible se aterraba ante la idea de tener que corromperse un día." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 42.
- 3.- "La cultura helénica, por su parte, acabó descubriendo la muerte, y descubrir la muerte es descubrir el hambre de la inmortalidad." - Del sentimiento trágico de la vida - Pág. 57.
- 4.- Plenitud de Plenitudes. - Pág. 574 - Ensayos - Aguilar Tomo I.
- 5.- El secreto de la vida. - Pág. 842 - Ensayos Aguilar - Tomo I.
- 6.- Op. Cit. - Pág. 57.
- 7.- Pág. 51.
- 8.- Véase Cap. III. - El mito del sueño.

- 9.- Pág. 151.
- 10.- Pág. 152.
- 11.- Pág. 174.
- 12.- Pág. 191.
- 13.- Pág. 193.
- 14.- "Vinieron luego las recomendaciones del alma, que la moribunda apenas oía, y que aterraban a Pedro Antonio; y al amanecer quedó exánime la pobre, tras de breve agonía. Quedóse el hombre un rato mirando aquellos ojos que, inmóviles, le miraban con paz desde la muerte; los cerró; amortajó a la difunta, y lloró en silencio después, sintiendo que en su conciencia volvía a levantarse el oleaje que la agitara durante la jura, y que de nuevo se le robustecía la voluntad de vivir, de vivir para el goce de esperar la hora en que habría de reunirse a su hijo y su mujer. Recogió piadosamente el gastado devocionario de Josefa Ignacia. En adelante, duróle largo tiempo el desasosiego por la falta de su Pepiñasi; ¿dónde estaba?, ¿qué era de ella?, ¿por qué no había venido ya, como otros días a comer?, ¿iban a estar esperándola así?. Algo le faltaba, algo había roto el nexo de su vida humilde. Y cada vez que se presentaba a su mente, asociada a la falta de su mujer, la imagen de la muerte, se le ablandaba el pecho." - Paz en la guerra - Pág. 243.
- 15.- Amor y Pedagogía - Pág. 120.
- 16.- Pág. 122.
- 17.- Pág. 45.
- 18.- "Sí, a un ente de ficción, como a uno de carne y hueso, a lo que llama usted hombre de carne y hueso y no de ficción de carne y de ficción de hueso, puede uno engendrarlo y lo puede matar; pero una vez que lo mató no puede, ¡no!, no puede resucitarlo. Hacer un hombre mortal y carnal, de carne y hueso, que respire aire, es cosa fácil, muy fácil, demasiado fácil por desgracia...matar a un hombre mortal y carnal, de carne y hueso, que respire aire, es cosa fácil, muy fácil, demasiado fácil, por desgracia...pero ¿resucitarlo?, iresucitarlo es imposible!

- ¡En efecto - le dije -, es imposible!
- Pues lo mismo - me contestó -, exactamente lo mismo sucede con eso que usted llama entes de ficción; es fácil darnos el ser, acaso demasiado fácil, y es fácil, facilísimo matarnos, acaso demasíadamente demasiado fácil, pero ¿resucitarnos?, no hay quien haya resucitado de veras a un ente de ficción que de veras se hubiese muerto. ¿Cree usted posible resucitar a Don Quijote? - me preguntó. " Niebla - Pág. 181.

19.- " - Pues también Unamuno es cosa de libros... Todos lo somos... ¡Y él se morirá, sí, se morirá, se morirá también, aunque no lo quiera... se morirá! - Y esa será mi venganza ¿No quiere dejarme vivir? ¡Pues se morirá, se morirá, se morirá!" - Niebla - Pág. 178.

20.- Niebla - Pág. 183.

21.- "Tenía experiencia de otras muertes, había olido y visto perros y gatos muertos, había matado algún ratón, había olido muertes de hombres, pero a su amo le creía inmortal. Porque su amo era para él como un dios. Y al sentirle ahora muerto sintió que se desmoronaban en su espíritu los fundamentos todos de su fe en la vida y en el mundo y una inmensa desolación llenó su pecho." - Niebla - Pág. 183.

22.- Pág. 151.

23.- Pág. 150.

24.- Pág. 56.

25.- "Ahora, ahora que se había quedado viudo era cuando Ramiro sentía todo lo que sin él siquiera sospechar lo había querido a Rosa, su mujer." La tía Tula - Pág. 51.

"Hasta que ha muerto tampoco yo he sabido lo que la quería. Lo sé ahora en que cuido a sus hijos, a vuestros hijos. Y es que queremos a los muertos en los vivos." - La tía Tula - Pág. 60.

26.- Pág. 99.

27.- Pág. 100.

28.- Pág. 101.

29.- Pág. 102.

33.- Pág. 33.

34.- Pág. 281.

35.- Pág. 281.

36.- Pág. 35.

37.- La tía Tula - Pág. 57.

38.- "Voy a quedarme solo", pensaba Fernando, mientras tanto día la soledad su alma. Solo, solo entre tanta gente, abandonado de todos como un naufrago, sin que nadie le tendiese una mano amiga. Se estaban matando sin quererlo, por miedo a la muerte; un terrible poder oculto les cegaba, anegándoles en el profundo sufrimiento, para deshacerlos a los unos contra los otros."
Paz en la guerra - Pág. 191.

39.- "Al mediodía llegó don Miguel, que se quedó mirando un rato a la muerte, y se enjugó unas lágrimas, antes de irse, diciendo luego escalofríos al pensar en su última hora. Retirado a un rincón, sacó su baraja, y se puso a

sacar un solitario espiando a su sobrina, y pensando en lo solo que quedaría al morirse." - Paz en la guerra - Pág. 152.

40.- Pág. 22.

E P I L O G O.

Miguel de Unamuno es un auténtico producto de su mundo. De España - a la que se sentía tan profundamente ligado por vínculos afectivos -, y de Europa. Tal vez en este ser español y europeo a la par, hallara el ilustre vasco una manifestación más de las contradicciones que anidan en todo hombre y que él, con agrado, subrayó constantemente.

Afirmar lo anterior conduce a nuevas aseveraciones. Ese mundo en el que se hizo la vida temporal del rector salmantino entraba en una de las grandes crisis históricas. Pero el fenómeno no se percibió conscientemente hasta 1920, cuando en tres pensadores europeos - Ortega y Gasset, .H. G. Wells y Huizinga - surge la idea de que se vive una época de crisis.

España buscaba nuevos valores, nuevos rumbos y caminos para su vivir colectivo, despertando angustia da por la última gran derrota sufrida en tierras americanas, que significaba el fracaso de un sueño imperial de siglos, y también por la actitud de una generación crítica - a la que sin duda pertenece Unamuno - que siente en grado máximo la problemática nacional.

Europa en el campo del pensamiento había iniciado la crítica a la filosofía de la época - idealismo, racionalismo, positivismo - e iba en pos de valores que, como acontece en toda crisis, pudieran en verdad sustituir

a aquéllos en los que ya no se creía, por lo menos en la forma como fueron aceptados por la generación precedente.

Desde mediados del siglo XIX había surgido en Dinamarca la figura solitaria de Sören Kierkegaard criticando el idealismo de Hegel y buscando en el hombre concreto, en el sujeto, éste de aquí y de ahora, el objeto de su filosofar. Frente al sistema acabado de Hegel, el asistematismo e irracionalismo vital.

Kierkegaard fue entre los pensadores europeos que precedieron a Unamuno, de los que más lo atraieron, a tal grado que, como él mismo nos cuenta, para leerlo aprendió danés.

Sin embargo, y sin que esto reste validez a la afirmación asentada en párrafos anteriores respecto a la íntima relación de Unamuno con su mundo, su pensamiento filosófico tiene hondas raíces en la historia.

Hace algo más de veinte años, escribió Joaquín Xirau estas palabras: "Según los pensadores y las épocas, cambia el predominio y el interés por cada una de estas direcciones del espíritu. Existen filósofos para los cuales el sistema se halla en primer término. Así en Aristóteles. Así en Hegel. En otros se esquiva y se emboza en un trasfondo apenas perceptible. No es fácil hallar el esquema de una construcción asistemática en lo que nos queda del pensamiento de Sócrates. No hay que decir que desaparece en Montaigne, en Pascal, en Nietzsche,

en Carlyle, en Unamuno." (1) Juan David García Bacca, (2) manifiesta que el evidente carácter asistemático del pensamiento de Miguel de Unamuno no le resta valor filosófico a su obra, pues estima que "la exposición técnica" no es "ni siquiera una condición necesaria para pertenecer con plenos derechos a la clase de filósofo."

Así pues, por lo que a su asistematismo se refiere, es venerable la tradición en que el pensador vasco bebe. También lo es por lo que respecta al irracionalismo y a colocar como objeto de su filosofar al hombre.

Miguel de Unamuno buscó afanosamente en obras ajenas - surgidas de otros hombres en ellas vivos - fundamento para sus inquietudes espirituales. Y con avidez, hasta con amor, trata de trabar contacto con aquéllos que siente cerca de sí, aunque lo separen de estos pensadores la muerte y el tiempo. Son sus hermanos, porque encuentra en ellos los mismos afanes que a él lo movieron a vivir y a obrar.

El estudioso de la obra unamuniana halla, sin fatigas, los precedentes de su pensar y las simpatías intelectuales y sentimentales por filósofos, con quienes se sintió afín, y a veces también su rencor contra los que de él disentían.

Por lo que se refiere a la posición irracionalista es notorio el afán con el que el rector salmantino se acerca a Blas Pascal para con deleite encontrar que

también el francés estimó que la sola razón no era suficiente para explicar la vida. Y no sólo es Pascal el hombre a quien se siente unido por haber expresado esas inquietudes vitales, pues renovadas las halló también en el Sócrates nórdico, en el excéntrico solitario, angustiado por el sentimiento del pecado, y comprende a través de siglos el grito de Tertuliano: "creo, porque es absurdo", y la razón de la sinrazón que movió a Don Quijote en su vida de heroísmo.

El tema del hombre, como centro de la Filosofía despierta mayor interés en unas épocas que en otras. Fundamental fue ya en las escuelas éticas que arrancan de Sócrates. El mismo imperativo, "conócete a tí mismo", es un llamado a la intimidad, a la interioridad, al subjetivismo. Y así Unamuno, colocado en esa línea de pensamiento, se alejará del hombre idea, para acercarse al que vive, sufre y muere: al concreto, al real.

De este modo, entronca con la filosofía de la existencia y tiene con ella íntimos contactos, influencias y a su vez ideas precursoras, que el pensamiento de nuestros días ha recogido. De ahí la actualidad, de la obra unamuniana.

Hoy se ha profundizado en muchos de los temas que proféticamente planteó Unamuno, y en varios de ellos tiene que reconocerse su genial visión precursora.

En forma general podríamos decir que la filosofo

fía de la existencia y de la vida humana, es una reacción contra la de las ideas y la de las cosas, y si éstas se alejaban del hombre concreto, en busca de "objetos", aquélla huye de todo lo que no sea el "sujeto" vivo y la vida misma, en sí. Kierkegaard, que aunque tardía, tanta influencia ha tenido en el pensamiento existencialista posterior, "se levantó contra el sistema de Hegel, el sistema absoluto, sistematización del sistema, al que opuso la existencia absoluta" (3) Unamuno, sin duda alguna, queda inserto en esta orientación, en la que manifiesta su vibrante personalidad de creador.

Frente al vivir burgués, aparentemente tranquilo y confiado del siglo XIX, y al optimismo científico y económico, surge, con profundas raíces en esa misma centuria, la angustia, la "agonía", la desazón, la crisis - social, política y personal - de nuestra época, y con ella la filosofía existencialista.

Sin embargo, - como queda subrayado a lo largo de este trabajo -, la preocupación de Unamuno es sobre todo trascendente, y si quiere penetrar en la verdad es con el afán primordial de fundamentar la vida eterna. Por eso su pensamiento debe situarse dentro de la rama del existencialismo cristiano, no del ateo, que forzosamente es arrastrado hacia la nada y el absurdo total. Más cercano a Unamuno está Gabriel Marcel que Sartre. Aquél, entre la angustia y la desesperación, atribuye

a la esperanza un papel principal; éste, sin Dios, cae en la náusea y en un nihilismo irremediable. (4)

La precariedad que otorga Unamuno al existir humano condenado a morir, el drama de la temporalidad de toda la vida, es problemática existencialista, aunque la forma de plantearlo sea diversa, en los distintos autores. Su "sentimiento trágico" es la expresión de esa dramaticidad que ha recogido toda la filosofía existencial, sea o no cristiana.

La soledad íntima de todo hombre, es asimismo temática del pensamiento existencialista. Aun para Gabriel Marcel "estamos solos delante de una inmensidad, en el seno de un todo" (5) Y es que, como acontece a los personajes de Unamuno, cada quien vive su vida, única, intransferible, vida que concluye en una muerte no compartida, irreductiblemente personal. La única solidaridad es ese común destino mortal, sin excepción posible.

Enlazándose a esta visión de la vida como soledad hallamos otro interrogante que Unamuno trató con creciente curiosidad y profundo sentido actual. Es el relativo a las relaciones entre "yo" y el "otro", expuesta con precursor sabor sartriano. La relación entre "yo" y el "otro" implica un problema de libertad, porque es dominar o ser dominado, poder o esclavitud. (6)

El tema del "otro" aparece ya en Niebla, se

afirma en Abel Sánchez y con mayor profundidad, está tratado en una de las últimas obras escritas por Unamuno: el drama "El otro", donde la pasión cainita - tan atractiva para el autor -" se une al deseo de identificar "yo" y el "otro", y la enajenación de la personalidad en la locura de penetrar al ser ajeno. Y es que, para el existencialista, aprehender al "otro" es objetivarlo, en cierta forma matarlo, como hacen en verdad el personaje del drama unamuniano y Joaquín Monegro - el Caín de la novela - con el propósito de poseer a los "otros".

La esencia del existir humano es para estos pensadores, angustia, drama, - congoja la llamó Unamuno - Mas la actitud que adoptan no es la ataraxia, no es un quietismo, sino por el contrario, este hombre herido se lanza a la lucha y especialmente nuestro autor hace de esa lucha - "agonía" - la esencia de la vida auténtica. El hombre no sólo se enfrenta al mundo, sino a sí mismo; lucha contra el destino y contra los muchos contrarios que dentro de él viven. Refiriéndose a este pensamiento dice Mounier: "La vida espiritual del existente es una continua tempestad de antinomias, cuyos términos tan pronto se estrellan unos contra otros como se separan entre sí hasta la ruptura; el existente tiene que mantener los contrarios unidos a él en un esfuerzo de tensión dolorosa, jamás resuelta." (7) ¿No es esta, acaso, la posición agónica de Unamuno? Tanto así, que su pensamiento

va a discurrir entre contrarios, dialéctica que ya Kierkegaard había explícitamente propuesto. Frente a la síntesis de Hegel surge la lucha de dualidades que jamás logran en lo humano la armonía de la unidad ideal.

Refiriéndose a Kierkegaard, escribió Fernando Vela en el Prólogo a la edición española del libro de Harold Höffding, sobre el solitario danés (8) "su pensamiento es dialéctico, pero la marcha dialéctica no llega nunca a término resolutivo como en Hegel; se queda en la segunda fase del movimiento hegeliano: la antítesis." Utilizando este método, como se ha examinado en los capítulos de este trabajo, transcurre y discurre el pensamiento de Unamuno, en plena guerra de contrarios, sin buscar la superación de las dualidades, pues cree haber hallado en ellas la realidad de la vida y del hombre. De ahí el valor que tanto Kierkegaard como Unamuno concedieron a la paradoja y la afición de ambos por el diálogo, que el primero hizo práctica de su vida, y el segundo estilo de su prosa novelística.

Y la congoja de Unamuno, ese llegar por el dolor hasta el fondo mismo del ser, para conocerse, esa vía dolorosa que con tanta maestría ha estudiado el Dr. García Bacca, es la angustia del existencialista. A la duda metódica, racional de Descartes, que no fue sentida, trágica, contraponen Unamuno y el existencialismo la duda vital, la angustia, la desesperación, la congoja.

Angustia y desesperación son consecuencia inexorable del hecho de existir; mejor dicho, son el existir mismo. En consecuencia, tanto más auténtico se es cuanto más consciente se sea de la desesperación; sólo la angustia y la desesperación nos permiten rozar el enigma del ser. (9) Y Unamuno por la vía dolorosa llega hasta su Dios inmortalizador, que es persona, y no idea. En Kierkegaard la angustia aparece por el hecho de vivir, porque vivir implica el pecado, y la congoja de Unamuno surge porque su razón, no afianza la fe en la inmortalidad, porque le horroriza la idea de dejar de ser. Es la dramaticidad de no poder penetrar en el sentido de la muerte, la falta de fe racional en la inmortalidad cristiana, la tragedia vital del filósofo español.

Pero la ontología humana de Unamuno - precariedad, hombre finito y consecuentemente pobre en su limitación - está cercana a la del existencialismo. Para Sartre la existencia es el fracaso y semejante aparece en Jaspers. Es el universo que hallamos en El proceso o en El castillo de Kafka "marcha interminable y agotadora hacia un objetivo, del que cada paso nos aleja." (10)

Unamuno busca al hombre dentro de sí mismo, huye de la objetivización que sólo le daría una idea y aspira a penetrar en la verdad de la vida y en el sentido de su temporalidad. También en este aspecto es heredero de otros hombres que profundizaron en su intimidad. En-

tre ellos destaca San Agustín, en quien encontró Unamuno un apasionado cristiano que lo seducía.

Para el racionalismo, el mundo no lo era delante de nadie, sino pura objetividad sin sujeto. El existente subraya por el contrario la importancia del hombre y de la vida.

Ortega, que ha estudiado con saber este tema, nos dice que frente al mundo objetivo existe el sujeto que lo capta. Sin sujeto no hay objeto. "Así, es evidente - escribe - que vivir es encontrarme en un mundo... Mundo es, pues, lo que hallo frente a mí y en mí derredor cuando me hallo a mí mismo, lo que para mí existe y sobre mí actúa patentemente." (11)

Unamuno en su novela pasó del hombre sin mundo, o en el mundo de la niebla, al que vive no sólo en su circunstancia, sino más aun, vive para ella, colocándose así en un sentir filosófico coincidente con el de Ortega y Gasset.

Verdad para la Filosofía de la existencia es la que surge de la vida; desea unir vida y verdad. Por ello, con entusiasmo se apodera Kierkegaard de la famosa frase de Lessing: "Si Dios tuviera en la mano diestra toda la verdad y en la izquierda la aspiración siempre viva hacía la verdad, elegiría la mano izquierda, puesto que la eterna verdad no es para un ser finito." (12)
Verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar, decía

Unamuno y en busca de esa verdad vital - no exclusivamente racional - verdad que es lucha por alcanzarla, escribe su obra, toda ella filosófica. Las verdades objetivas que carecen de significación para una vida, carecen también para ella de validez.

En el fondo de estas filosofías existenciales se advierte el terror a la objetividad y la pasión por lo subjetivo.

Unidos a estos temas de ontología vital aparecen los temas trascendentes y como en este estudio se ha expuesto, Unamuno se acerca a la muerte, en la que no se ve un accidente, sino muestra suprema posibilidad. Vivir es ser para la muerte. Morir es algo que nadie puede hacer por otro, porque cada deceso es el hecho más personal, más individual, de toda existencia.

El existencialismo - y en esto también Unamuno está dentro de su filosofía - quiere evitar el olvido de la muerte, enfrentarnos a ella y subrayar el hecho indiscutible de su presencia en todos los momentos de la vida como su más cierta verdad. Para el pensador cristiano, estas reflexiones conducen al tema de la inmortalidad y a Dios. Y con Platón y Pascal, Unamuno busca el riesgo hermoso de ser inmortales, y hace de esa pasión de vida el centro de su obra literaria.

El pensamiento de Miguel de Unamuno es un humanismo trascendente de honda raíz cristiana, expresado

en un lenguaje de pasión y siempre con un sabor de verdadera intimidad personal.

Tal vez son estos rasgos los que más contribuyen a conservar la lozanía de la obra de Unamuno. Y es que sólo profundizando en lo humano logra la obra literaria no envejecer y desafiar al tiempo, esencialmente destructor. Pero sobre todo, porque el hombre de hoy lucha, "agoniza" - colectiva e individualmente - vive en el recuerdo, como él tanto ansió, con la precaria inmortalidad del nombre y de la fama, Miguel de Unamuno, un español que quiso no morir.

NOTAS

- 1.- *El pensamiento vivo de Juan Luis Vives* - Pág. 33.
- 2.- *Op. Cit.* Pág. 95.
- 3.- *Emmanuel Mounier - Introducción a los Existencialismos* - Pág. 4.
- 4.- "En el existencialista no cristiano, la contingencia de la existencia no toma el carácter de misterio incitador, sino de irracionalidad pura y de absurdo brutal. El hombre es un hecho desnudo, ciego. Está ahí, así, sin razón alguna. Es lo que Heidegger y Sartre llaman su facticidad. Cada uno de nosotros, a su vez, se encuentra ahí (*Befindlichkeit*) ahí; ahora; por qué ahí y no aquí, no se sabe, es idiota. Cuando se despierta a la conciencia y a la vida, ya se está ahí, sin haberlo pedido. Es como si lo hubiesen arrojado ahí - ¿quién?, nadie -, ¿por qué?, por nada." - Mounier, Emmanuel, *Op. Cit.* Pág. 40.
- 5.- *Mounier Emmanuel - Op. Cit.* - Pág. 65.
- 6.- Véase sobre este tema el artículo de Carlos Blanco publicado en la *Revista de Occidente*. - Octubre 1964.
- 7.- *Op. Cit.* - Pág. 51.
- 8.- Pág. XXIV.
- 9.- Fernando Vela, en el prólogo a la obra citada de Höfding - Pág. XIII.
- 10.- Mounier, *Op. Cit.* Pág. 145.
- 11.- *¿Qué es Filosofía?* - Pág. 246.
- 12.- Höfding, *Op. Cit.* - Pág. 83.

OBRAS DE UNAMUNO

- Unamuno, Miguel de Abel Sánchez - Colección Austral - Buenos Aires, 1946.
- Unamuno, Miguel de Del sentimiento trágico de la vida Colección Austral.
- Unamuno, Miguel de Amor y Pedagogía - Colección Austral - Madrid 1956.
- Unamuno, Miguel de - Ensayos - Aguilar, 1951.
- Unamuno, Miguel de La agonía del cristianismo - Colección Austral - Buenos Aires, 1942.
- Unamuno, Miguel de La tía Tula - Colección Austral - Buenos Aires, 1952.
- Unamuno, Miguel de - Niebla - Colección Austral - Buenos Aires 1945.
- Unamuno, Miguel de - Obras completas - Afrodiseo Aguado - Madrid, 1961.
- Unamuno, Miguel de - Paz en la guerra - Colección Austral - Madrid, 1960.
- Unamuno, Miguel de - San Manuel Bueno, Mártir, Colección Austral - Madrid 1963.
- Unamuno, Miguel de - Tres novelas ejemplares y un prólogo - Colección Austral - Buenos Aires, 1945.
- Unamuno, Miguel de - Vida de Don Quijote y Sancho - Colección Austral - Buenos Aires, 1938.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Barja, César - Libros y autores contemporáneos - Madrid 1935.
- Blanco Aguinaga Carlos - El Unamuno contemplativo - Nueva revista de filología hispánica - El colegio de México - 1959.
- Bolaño e Isla, Amancio - Estudios literarios - Editorial Porrúa - México 1960.
- Brunn, Geoffrey - The world in the twentieth century - Boston.
- Cassou, Jean - Retrato de Unamuno - Obras completas de Miguel de Unamuno - Afrodiseo Aguado - Madrid, 1961.
- Cela, Camilo José - Cuatro figuras del 98 - Barcelona, 1961.
- Cervantes, Miguel de - El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha - Nueva edición crítica dispuesta por Francisco Rodríguez Marín - Ediciones Atlas - Madrid, 1948.
- Collins, James - El pensamiento de Kierkegaard - Fondo de cultura económica - México, 1958.
- Escladas, Agustín - Miguel de Unamuno - Editorial Juventud - Argentina - Buenos Aires, 1947.
- Ferrater Mora, José - Unamuno, bosquejo de una filosofía - Editorial Losada. Buenos Aires, 1944.
- Freud, Sigmund - Introducción al psicoanálisis - Teoría general de las neurosis - Obras completas - Editorial Ixtaccihuatl - México.
- García Bacca, Juan David - Nueve grandes filósofos contemporáneos - Caracas.
- Höfding, Harold - Kierkegaard - Revista de Occidente, Madrid, 1949.
- Huzinga, J. - Incertitudes. Essai de diagnostic du mal de notre temps - Paris 1939.
- Kierkegaard, Sören - El concepto de la angustia - Colección Austral - Buenos Aires, 1943.

Lain Entralgo, Pedro - La generación del noventa y ocho - Colección Austral - Buenos Aires, 1947.

Lipson, E. - Europe in the nineteenth century - London, 1948.

Marías Julián - Aquí y ahora - Colección Austral - Buenos Aires, 1954.

Marías Julián - El tema del hombre - Colección Austral - Madrid, 1960.

Marías Julián - Miguel de Unamuno - Ed. Espasa Calpe - Madrid, 1943.

Marx, Karl - La sagrada familia y otros escritos filosóficos de la primera época - Ed. Grijalbo - México, 1960.

Mounie, Emmanuel - Introducción a los existencialismos - Ed. Revista de Occidente - Madrid 1947.

Ortega y Gasset, José - Esquema de las crisis - Revista de Occidente - Madrid 1942.

Ortega y Gasset, José - ¿Qué es la filosofía? - Editado por Revista de Occidente - Madrid.

Pascal, Blas - Pensamientos - Colección Austral - Madrid 1962.

Platón - Fedón, o la inmortalidad del alma - Colección Austral - Buenos Aires 1964.

Revista de Occidente - Número extraordinario de homenaje a Unamuno - Madrid - Octubre de 1964.

Revista "La Torre" de la Universidad de Puerto Rico - Número de homenaje a Unamuno - San Juan - Número 35 y 36 - Julio - Diciembre, 1961.

Sartre, Jean Paul - La náusea - Editorial Diana - México, D.F.

Serrano Poncela, S. - El pensamiento de Unamuno - Fondo de cultura económica - México, 1953.

San Agustín - Confesiones - Colección Austral - Madrid 1962.

Wells H.G. - El nuevo orden del mundo - Editorial Claridad - Buenos Aires.

Xirau, Joaquín - El pensamiento de Juan Luis Vives - Ed. Losada - Buenos Aires, 1944.

INDICE

	<i>Página</i>
<i>Semblanza del hombre Miguel de Unamuno</i>	1
<i>Capítulo I.- La teoría de la novela</i>	18
1.- <i>Realismo y realidad</i>	25
2.- <i>La novela personal</i>	37
3.- <i>La creación de la muerte</i>	42
<i>Capítulo II.- La agonía en el vivir</i>	
1.- <i>El concepto de la agonía en Unamuno</i>	52
2.- <i>La vida humana</i>	56
3.- <i>El mito del sueño en la novela</i>	72
4.- <i>El hombre de carne y hueso</i>	80
5.- <i>Amor, dolor, odio</i>	86
<i>Capítulo III.- Ser y ser por siempre</i>	
1.- <i>El afán de la inmortalidad</i>	115
2.- <i>Dios, Cristo, Cristianismo</i>	138
3.- <i>Razón y fe - Ciencia y poesía</i>	153
<i>Capítulo IV.- La inmortalidad del nombre</i>	
1.- <i>Razón de ser</i>	178
2.- <i>Creador y criaturas</i>	181
3.- <i>El hombre de carne y hueso y el ente de ficción</i>	184
4.- <i>El ente de ficción en pos de la gloria</i>	187
<i>Capítulo V.- La inmortalidad de la carne</i>	
1.- <i>La mujer</i>	197
2.- <i>Maternidad</i>	209
3.- <i>Paternidad</i>	222
<i>Capítulo VI.- La creación figurativa de la muerte</i>	
1.- <i>El tema de la muerte</i>	231
2.- <i>La muerte en la novela</i>	236
3.- <i>La muerte, suprema soledad</i>	254
<i>Epílogo</i>	262
<i>Bibliografía</i>	274